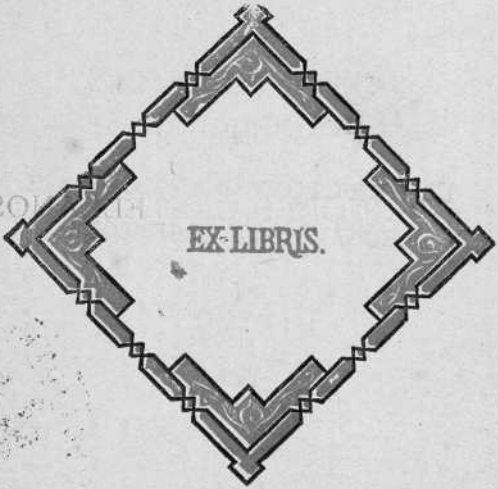
3853

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS


EX·LIBRIS.

OBRAS SUELTAS

DE

LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

I

687

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del.. . . . . 1 al 50.
10 » en papel China, del. . . . . 1 al X.

OBRAS SUELTAS

DE

LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

COLECCIONADAS É ILUSTRADAS

por

EL CONDE DE LA VIÑAZA

Tomo I

OBRAS DE LUPERCIO LEONARDO

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M.

Don Evaristo, 8

1889

MINISTERIO DE FOMENTO
0.030
DEPÓSITO DE LIBROS

PRÓLOGO.

La actividad intelectual de los españoles de nuestro siglo de oro fué ciertamente maravillosa. Tal vez sobrepuje la facultad del humano entendimiento el abarcar y describir en toda su plenitud las fuerzas vivas que desarrolló el ingenio español en aquella edad memorable y los adelantos con que acreció el acervo común de la cultura europea. Aquellos varones insignes, á la vez que agregaban á la Corona de Castilla extraños reinos y vírgenes continentes, enriquecían el espíritu del hombre con no menos preciados tesoros, abrillantando y ennobleciendo sus facultades, cultivando todos los ramos del saber sin temores ni exclusivismos, y conquistando los dominios de la inteligencia con la misma generosidad y gallardía con que dominaban en todos los puntos de la tierra. De esta actividad

del ingenio resultó un número infinito de libros, en los cuales campea la grandeza y variedad de los asuntos al par que la hermosura y elocuencia del lenguaje.

Por desgracia, los monumentos literarios de tan gran siglo van ya escaseando; de las obras que se llegaron á imprimir, cada día que pasa puede decirse que se pierde alguna; de las que quedaron manuscritas, ha desaparecido parte muy considerable: con cuánto daño para las patrias letras, no hay por qué encarecerlo.

Á remediarlo dirígese el amor que se ha despertado recientemente en nuestros eruditos por el conocimiento de la cultura intelectual del más glorioso período de nuestra historia, amor que ha dado origen á sociedades ó empresas, las cuales, secundando los aislados esfuerzos de diligentes literatos, se dedican con empeño á la publicación de tales joyas. Las colecciones de *Libros raros y curiosos* y de *Libros de antaño*, las de los *Bibliófilos españoles* y *andaluces* y la *Biblioteca de escritores aragoneses*, son testimonio clarísimo del entusiasmo que mueve el espíritu de estas sociedades, á la vez que la *Biblioteca de autores españoles*, de D. Manuel Rivadeneyra, pregona con elocuentísima voz cuánto puede hacer el esfuerzo individual cuando lo encamina y aconseja el afecto sincero por las glorias patrias. Gracias á estos esfuerzos,

los primeros ensayos de la musa castellana, menospreciados hasta fines del pasado siglo, han logrado la atención de los doctos y el lujo de los editores: así se ha puesto á la cabeza de nuestras creaciones poéticas el *Romancero español*, que fué juzgado un tiempo obra de vulgares trovadores; así nuestro teatro clásico, desdeñado por los críticos del siglo XVIII, constituye hoy una de las manifestaciones más espléndidas de la civilización moderna; así, en fin, todo lo que se escribió en las doradas fechas de la hispana literatura, desde el libro grave y abultado hasta la epístola sencilla y familiar, ha conseguido atraer la voluntad, dar suave solaz á la fantasía y enriquecer y adoctrinar el entendimiento.

En esta empresa, parte muy principal del fin que se propusieron los editores de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS, venimos á ser humildes cooperadores. Fíjase nuestra atención en Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, sobre quienes publicamos hace pocos años un breve ensayo, y de los cuales no hemos dejado desde entonces de rebuscar noticias de sus vidas y los rasgos más insignificantes de sus ingenios. Por buena fortuna, no alcanzada por muchos de sus contemporáneos ilustres, casi todo lo que estos dos ingenios escribieron ó de que se tiene noticia ha llegado á

nuestras manos, si bien muchas de sus poesías y sus breves obras en prosa yazgan olvidadas en raros impresos y más raros manuscritos.

La primera edición de los versos de los Argensolas apareció en Zaragoza, salida de la imprenta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, publicada por el hijo de Lupercio, D. Gabriel Leonardo de Albión, tres años después de la muerte de Bartolomé, esto es, en 1634 [1]. Era D. Gabriel sujeto de fino gusto literario, y á fuer de celosísimo por la fama de su padre y de su tío, formó una colección selecta y escogida, «aunque no con la diligencia que podía haber puesto,» según lo advirtió en su tiempo el cronista Andrés de Ustarroz [2]. Así, pues, habiendo el dicho editor desconocido muchas preciosas rimas, algunas es-

1 Falleció el 4 de febrero de 1631, según consta en su partida de óbito, inserta al fol. 615 del tomo III, año indicado, de los libros parroquiales de San Miguel de la Seo, de Zaragoza. Yerran, por consiguiente, los que, como Pellicer *(Biblioteca de traductores. Noticia biográfica de Bartolomé Leonardo)*, han escrito que murió el 26 de aquel mes. Se equivoca también el autor de dicha *Biblioteca*, y cuantos hasta el día le han seguido, cuando dice que Lupercio nació en 1563 y Bartolomé en 1564; pues el primero vino al mundo el 14 de diciembre de 1559 y el segundo el 26 de agosto de 1562, como respectivamente se lee en los folios 90 vuelto y 127 vuelto del tomo II del libro de bautizados de la parroquial de Barbastro.

2 Cap. III de la vida de Lupercio, *Segunda Parte de los Progresos de la Historia en el reino de Aragón*. Ms. de la Academia de la Historia.

critas ó impresas medio siglo antes del 1634, plácenos completar aquella edición príncipe [1] con otras composiciones de los dos aragoneses, ya esparcidas en libros viejos, ya publicadas por eruditos como Estala, Castro y otros, ya existentes en códices de las Bibliotecas Nacional de Madrid, del Museo Británico y del señor Conde de Benahavis [2]. Entre ellas se leerán poesías que bien pudieran disputar su puesto á las mejores de los Argensolas; tales, por ejemplo, son las tres sátiras de Bartolomé, en especial la del *Incógnito*, salvo la libertad con que reprende, y la epístola descriptiva de Lupercio al Dr. Vengochea. Y si bien haya algunas que pudieran ser tenidas por meras cu-

1 Fueron dos las ediciones que, en el año de 1634, hizo de las *Rimas*, de los Argensolas, la misma imprenta de Zaragoza, si bien son casi iguales. Distinguense en que la que lleva el frontis grabado, además de la portada impresa, tiene, en la aprobación de Don Lorenzo Vander Hammen, indicado el año con sólo sus dos últimos números, mientras que en la que no lleva más que la portada impresa se lee 634; en los preliminares de aquélla, siempre que se repite el año, se ve escrito cuatro con *q* y no con *c*, como en ésta; las páginas 268 y 269 de la primera están numeradas por error 262 y 263, y lleva también entre los preliminares laudatorios un soneto de D. Francisco Diego de Sayas, que no se halla en la segunda.

2 Los citados Mss. los distinguiremos, en las referencias que de ellos se hagan al pie de página, con las abreviaturss siguientes: B. N. M-250, B. N. M-251 (que son las signaturas que llevan en el catálogo de la Biblioteca Nacional), M. B. y C. B.

Algunas notas indicarán las fuentes bibliográficas á que pertenezcan otros trabajos, ya en prosa, ya en verso; y en ellas asimismo se esclarecerán en lo posible varios puntos de erudición.

riosidades bibliográficas, no dejan con todo de ofrecer interés histórico para las vidas de sus autores, ni de mostrar excelentes indicios de la corrección y tersura á que arribaron en sus más bellas producciones; no de otra suerte que en los primeros ensayos debidos al lápiz de Velázquez ó al cincel de Alonso Cano, vemos rasgos felicísimos que hacen presentir el cuadro de las Lanzas y la efigie de Nuestra Señora de Lebrija.

Es notorio no haberse incluído tampoco en la dicha edición las tres tragedias del mayor de los Argensolas, intituladas: *Filis*, *Isabela* y *Alejandra*. En aquella sazón caminaba el gusto del público por derroteros en todo contrarios á los que había seguido su autor consultando el modelo de la clásica antigüedad; imperaba el teatro de Lope, el poeta más espontáneo y genial del universo; y, aunque aquellas obras dramáticas habían sido ensalzadas por Cervantes en el capítulo XLVIII de la primera parte del *Quijote*, aconsejóse prudentemente D. Gabriel de la afición que en sus días dominaba, no dándolas á la estampa, bien que esto ha sido causa de que la *Filis* se perdiese. Pero si el descendiente de los vates de Barbastro pudo obrar con cordura, no menos acertada determinación fué la de López de Sedano, siglo y medio más tarde, al publicar en

el tomo VI de su *Parnaso* [1], año de 1772, las dos tragedias que pudo encontrar. Teniendo en cuenta que hay eruditísimo historiador de nuestro teatro que se lamenta de que estas tragedias no sean más conocidas, y recordando el juicio que merecieron á Espinel y Agustín de Rojas, además del de Cervantes, hoy las reproducimos conformándonos con el texto de Sedano, pero notando al pie las variantes que existen en un códice que fué de la Biblioteca de Osuna [2] y en otro de D. Marcelino Menéndez Pelayo [3], de letra de principios del siglo XVII, que contiene sólo la *Isabela*. Don Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado dice en su magnífico *Catálogo del teatro antiguo español* (página 211), y han repetido otros eruditos, que Sedano se valió de copias no muy fieles; mas, haciendo honor á la verdad, debe decirse que si este literato adoleció de gran precipitación al imprimir su *Parnaso*, si cometió graves yerros sobre los Argensolas [4], en

1 La *Isabela* ha sido reimpresa por D. E. de Ochoa en el tomo I del *Tesoro del teatro español:* París, 1838.

2 Hoy en la Biblioteca Nacional. Lleva la signatura Yy-173, y contiene además otras poesías publicadas é inéditas, algunas de los Argensolas, otras de distintos autores.

3 Las distinguiremos anteponiendo las siglas O y M respectivamente.

4 Atribuyéndoles la epístola moral del capitán Hernández de Andrada y la brillante canción real de Mira de Amescua, y afirmando en el tomo VI que la edición príncipe de las *Rimas* fué hecha

esta ocasión, como puede verlo el lector curioso, anduvo bien aconsejado, presentando un texto más correcto á veces y más puro que el del Ms. de Osuna, á pesar de ser éste copia hecha, á mediados del siglo XVIII, del original que existía en el Colegio de los Escolapios de Barbastro, según se dice en una advertencia preliminar y en unos tercetos dirigidos por D. Pedro Espinosa y Fuertes al Duque de Osuna. De esta manera, pues, se publica hoy el texto verdadero de estas tragedias [1], que si no ofrecen bellezas y atractivos de primer orden, son documentos que no deben desaparecer, antes han de ser muy diligentemente consultados por quien desee conocer en toda su transcendencia la historia de la dramática española.

Preciosas é interesantes son todas las obras en prosa de esta colección: ahora sean las sá-

el año 1615, bien que en el tomo III dejó sentado que no existía impresión anterior á la de 1634.

1 De dicho texto solamente se ha ocupado D. Tomás Sebastián y Latre (que tuvo en su poder el Ms. original de Lupercio, por habérselo franqueado los Escolapios de Barbastro) en su *Ensayo sobre el teatro español:* Zaragoza, 1772. Pero no hace más que indicar tres versos de los muchos que faltan en la *Alejandra*. Uno de ellos (existente también en el Ms. de Osuna), por errata de imprenta, se ha omitido en la edición presente; y es en la última línea de la pág. 231, donde después de

Mujer amada,

debe leerse:

Tanto como tu celo y bondad dice,

tiras literarias de Bartolomé, que se titulan *Menipo*, *Demócrito* y *Dédalo*, en las cuales parece que el espíritu de Luciano Samosateno escribe con la pluma de Juan de Valdés, Villalobos ó Hurtado de Mendoza; ahora sean las consultas que sobre las comedias y otros asuntos pidieron á entrambos hermanos el monarca ó sus secretarios; ya los discursos que en una célebre Academia de Zaragoza pronunció Lupercio, ó las relaciones de fiestas notables y la información sobre las cualidades que han de adornar á un cronista, del Rector de Villahermosa; ya, en fin, sus cartas eruditas y familiares, en las que brillan su vasta cultura y el conocimiento práctico que tuvieron de todos los secretos de la lengua castellana.

Por razón de tal abundancia de materiales, esta colección constará de dos tomos, incluyéndose por separado en cada uno de ellos las respectivas obras en prosa y verso de cada cual de los hermanos. Y aquí debemos hacer notar que si la excesiva longitud de las dos tragedias, que van en este primer volumen, pudiera quitar alguna amenidad al conjunto, desde luego aseguramos á los lectores amantes de los Argensolas que se verán compensados en el segundo tomo, ya que la suerte ha favorecido nuestro rebusco con más obras y más variadas del Canónigo cesaraugustano.

Un mérito propio y particular tienen estos ensayos, sobre el que conviene decir breves palabras. Los *Anales de Aragón*, la *Conquista de las Malucas*, las *Relaciones de los sucesos de Zaragoza en* 1591 *y* 92, nos dan idea del exquisito espíritu de investigación de ambos ingenios y de su grande alteza de miras para escribir la historia; las *Rimas* nos muestran su talento poético; de sus conocimientos arqueológicos nos hablarían con elocuencia, sin duda alguna, los perdidos *Anales de Celtiberia*, de Lupercio: todas estas obras nos regalan con la erudición escogida, con la suavidad del estilo y con la corrección y propiedad del lenguaje; pero la personalidad literaria de los autores, la parte que les corresponde en la cultura aragonesa y en la general de España, el respeto que impusieron á todos, la estimación de que gozaron, campean en estos discursos, diálogos, cartas eruditas y opúsculos varios por manera tan singular, que claramente se ve en ellos haber sido los Argensolas los primeros literatos de Aragón, en aquellos años felices en que la cultura intelectual de este reino llegaba á su grado más alto de prosperidad y grandeza.

No hubo de suceder esto sin grandes contratiempos y dificultades, según que andaban los ánimos de los aragoneses, en el último tercio del siglo XVI, movidos é inquietos por distin-

tas causas, entre las que contábanse como principales y precursoras de trastornos y convulsiones terribles el nombramiento de Virrey extranjero, las revueltas del condado de Ribagorza, los pleitos del fisco con los señores de Ariza y de Ayerbe y las sanguinarias discordias entre moriscos y montañeses. Todas éstas fueron las premisas del patrocinio que en su día concedieron las turbas al maquiavélico Antonio Pérez y del tremendo drama que presenció la plaza del Mercado de Zaragoza la mañana del 20 de diciembre de 1591 con la muerte del desdichado Lanuza. En estos acontecimientos intervinieron muy de cerca Lupercio y Bartolomé [1], y no menos su hermano el religioso agustino Fr. Pedro; y á pesar de esto, no abandonaron el trato con las musas ni desoyeron los consejos de Minerva, siendo verdaderamente admirable que en medio de aquellas

1 Véanse sus declaraciones en los procesos que se formaron y se hallan en el Archivo de la Academia de la Historia, procedentes del Monasterio de Poblet. En el vol. V, al fol. 818, comparece Lupercio como testigo, y en el vol. XXXVI, al fol. 310, declara en Madrid á 17 de noviembre de 1598, y á los folios 329-330 lo hace Bartolomé á 24 de marzo de 1599. Véanse asimismo los fragmentos de cartas escritas por los dos hermanos y las muchas referencias que de ellos se hacen en los *Comentarios de los sucesos de Aragón en los años* 1591 *y* 1592, escritos por el Conde de Luna y publicados por su heredero el último difunto Duque de Villahermosa, D. Marcelino, el año 1888: Madrid, imprenta de Pérez Dubrull.

inquietudes y de los vientos tan revueltos que reinaron durante largos años, florecieran en nuestro reino, como nunca, las ciencias y las letras.

No faltaron para ello á los Argensolas estímulos poderosos. En la Universidad de Huesca pudieron escuchar de los labios de sus profesores, de los cuales salía «libre la ciencia y la virtud triunfante,» lecciones de humanidades, filosofía y leyes, que completaron después en la de Zaragoza, donde no menos resplandecía el virtuoso y continuo trabajo de la cátedra en los varones que la desempeñaban. Allí Juan Lorenzo Palmireno y Pedro Simón Abril enseñaban los idiomas y los preceptos clásicos con regocijo de la filología y de la retórica; allí Fr. Diego de Espés, el Dr. Llorente y el cardenal Javierre realzaban la ciencia de Dios y de la naturaleza; allí encontraban la del foro y de los cánones eximios representadores en Miravete de Blancas, Serveto de Aniñón, Pedro Calixto Remírez, Jerónimo Portolés y D. Martín Carrillo; allí se empeñaban en difundir sus conocimientos en la medicina los Dres. Valderrama y Juan Sala, quien, á la vez que á Esculapio, quemaba incienso en los altares de Apolo en la buena compañía de Jerónimo Vidal y Gregorio J. Palacios; allí, en fin, otros muchos ingenios, en varias cien-

cias peritísimos, completaban el cuadro de profesores, entre los que ocupaban preeminente lugar el flamenco Andrés Escoto y el español Fr. Luis de Aliaga, más simpático por haber sido maestro de San Vicente de Paul [1] que por su talento y ambición y su arte para ejercitar la intriga. Á casi todos ellos tratarían sin duda los Argensolas, ya como discípulos, ya como amigos; de algunos, como Escoto, se acordaron siempre con agradecimiento; con otros, como D. Bartolomé Llorente, mantuvieron largas relaciones literarias, según de ello da prueba esta colección.

Aleccionada por tales maestros la florida juventud que frecuentaba las aulas zaragozanas, competía en las lides del talento con los magnates, el clero y el pueblo, ennobleciendo con su inteligencia las justas y fiestas literarias que se celebraban en la antigua Salduba y probando su entusiasmo y bien guiados estudios por alcanzar la palma del ingenio. Entonces, ya en los últimos años del siglo XVI, ya en los primeros del siguiente, celebráronse en la ciudad cesaraugustana certámenes á Feli-

1 Léase el cuadro de la Universidad de Zaragoza trazado por el Dr. Hernández Fajarnés en su reciente y precioso libro sobre *San Vicente de Paul*, donde con razones graves y convincentes reivindica para la villa de Tamarite de Litera (provincia de Huesca) la gloria de haber dado cuna al Apóstol de los pobres.

pe II, á la elección de Inquisidor general en la persona de Fr. Luis de Aliaga, á Cerbuna, á la beatificación de Santa Teresa y á otros asuntos; entonces el célebre manco sano, el herido en Lepanto, el príncipe de los ingenios, amigo ilustre de los Argensolas, concurría, juntamente con Fr. Pedro Leornardo, por los años de 1595, con unas quintillas enviadas desde Sevilla, á la justa poética que á la canonización de San Jacinto [1] se celebraba en el Convento de dominicos, aumentando así el honor de nuestra patria, de cuyos caballeros hubo de decir más tarde que eran los primeros del mundo.

En tales días no faltaron tampoco en la tierra aragonesa espíritus nobles y bien intencionados que, invirtiendo sus ratos de ocio en el cultivo de las letras, dieran con sus amenas y honradas tareas paz al espíritu, satisfacciones al corazón, luz al entendimiento. La hermosura contribuía á darles realce y estímulo á los que se aprestaban á luchar en el campo del talento: así, en 1608, se erigía, por las Condesas de Guimerá y de Eril, la *Pítima de la ociosidad*, á la cual dotaron estas damas de estatutos, y en la que se admitían individuos de ambos sexos y cultivábanse las cien-

1 La describió el cronista Jerónimo Martel y fué impresa por Lorenzo de Robles, en Zaragoza, año *ut supra*.

cias y las humanidades [1]; así se había fundado antes de aquella fecha otra academia presidida algún día por Lupercio Leonardo, en la que pronunció dos discretas y eruditas arengas, y á la cual dedicó ausente la fábula de Apolo y Dafne [2].

Á semejanza de éstas de Zaragoza tenía también Huesca sus literarias asambleas, como la que en 1610 vió reunidos á hombres doctísimos [3], y fué precursora de la que más tarde se congregó en la casa de D. Vincencio Juan de Lastanosa, el Médicis aragonés, uno de los caballeros más sabios é ilustres de la España de su tiempo, según testimonio de propios y extraños [4]. Al calor de estas reuniones, que tenían lugar en la vetusta Osca ó en las márgenes del caudaloso Ebro, debieron de germinar ó desarrollarse amistades que fueron de tanto honor y beneficio para la patria literatura, de las cuales no es posible dejar de mencionar la que existió entre el carmelita Fr. Jerónimo de

1 Bib. Nac.—Ms. M, 35.

2 Dice Latassa que D. Joaquín Traggia poseía dicha fábula; pero no se halla entre los muchos volúmenes Mss. que de este escolapio posee la Academia de la Historia.

También existieron en Zaragoza otras academias (que se indicarán en otro lugar), y cuya antigüedad puede remontarse á los días de los Argensolas.

3 Bib. Nac.—Ms. Cc, 57.

4 Chap. XXXIII, *Voyage d'Espagne:* Cologne, Pierre Marteau, 1666. (Su autor, Van Aarsens de Sommerdyck.)

San José y los dos insignes poetas de Barbastro, y que se ostentó con toda la lozanía de los respetos y afectos que los unieron, en la frecuente correspondencia epistolar sostenida por el Canónigo con el autor amabilísimo del *Genio de la Historia.*

Y aquí bueno es advertir que estas academias literarias, cuyas tareas trazaba Lupercio con delicada mesura, modestia y elegancia, si en ciertas ocasiones los que asistieron á ellas llegaron á malograr sus ingenios cantando ó hablando sobre asuntos triviales, nunca debieron de adolecer de aquella enfermedad que atacó á casi todas las sociedades de igual índole, y en las que los arrojamientos y menosprecios, las demasías y pendencias mancharon frecuentemente los laureles conquistados en honrosas lides, según puede colegirse de las mismas palabras de Lupercio.

Fuera tal vez impropio, y largo para ser tratado en este sitio, el recordar los muchos colegios y casas de estudios que acrecían en aquel tiempo la cultura de las ciudades aragonesas y los sujetos de todas condiciones que, compitiendo en letras, ciencias y artes, arrojábanse á coger «del agua de Castalia y Helicona,» y se envanecían con la docta y amigable conversación de los Leonardos; mas no es posible pasar en silencio el empeño que tenían la

mayor parte de los ingenios de su tiempo en honrar sus escritos con algún rasgo de los Argensolas. Así, cuando un prócer como D. Martín de Bolea y Castro daba á la estampa en 1578 su poema de *Orlando determinado*, buscaba para sus preliminares la buena compañía de estos ingenios, á pesar de sus verdes años; cuando un famoso poeta como Micer Andrés Rey de Artieda coleccionaba y publicaba en 1605 sus *Discursos, epístolas y epigramas*, anhelaba que el panegírico de su obra lo hiciera la pluma de Lupercio; cuando, por último, cualquier escritor componía una obra en prosa ó verso, no la entregaba á la imprenta sin haberla consultado antes con nuestros célebres Leonardos. Y más: los diputados del reino de Aragón no intentaban cosa que con la historia y la literatura en general se rozase sin consultarlo particularmente con sus cronistas, los Argensolas, á quienes colmaban de honores y distinciones.

La misma autoridad gozaron los dos hermanos fuera de su patria nativa y aun fuera de España. Ahora eran el épico Juan Rufo, el novelista Vicente Espinel, el capitán Medina Barba ó el P. Fr. Bartolomé Ponce, quienes solicitaban sus elogios; ahora era en Italia donde se admiraba la bizarría de sus ingenios, en las frecuentes sesiones que celebraba en el

palacio del virrey de Nápoles la Academia de los Ociosos, y cuyo programa hacía por lo común el secretario de Estado y Guerra del Conde de Lemos, nuestro Lupercio, adiestrado ya en las academias de Zaragoza y en la Imitatoria de Madrid. No era menor la honra que merecían de hombres sabios de otras naciones, como Justo Lipsio, con el cual sostuvieron larga correspondencia en la lengua de Cicerón, manejándola con igual soltura y elegancia que la propia y nativa [1].

Vióseles á estos hijos de Barbastro, en todo momento, rodeados de prestigio y autoridad. Cervantes, Lope, Valdivielso y otros cien ingenios los ensalzaban y ponían en la primera fila entre los varones insignes de su tiempo. Los ministros del Rey los llamaban á sus consejos; y cuando en los días de Felipe III un detentador de los derechos de la Corona conducía á su ruína la ingente España de Car-

1 De buen grado hubiéramos reproducido las cartas que se cruzaron entre Lipsio y los Leonardos, acompañadas de una versión en nuestra lengua; pero no les damos cabida, porque llamándose esta Colección de ESCRITORES CASTELLANOS, creemos que sólo debe publicarse en ella lo escrito en lengua de Castilla. Los curiosos podrán gustar de las bellezas de forma que abrillantan esas epístolas, en la *Biblioteca de traductores* de Pellicer (páginas 74-82, 131-133), donde se hallan impresas; y convendrán en que no nos ciega el amor de patria si decimos aquí que las cartas de los aragoneses superan en bizarría y elegancia sintáxica á las de su amigo el sabio extranjero.

los V; cuando hervía la corte en intrigas y favoritismos, y vendíanse los destinos públicamente y los más terribles corsarios para el oro que venía de las Indias navegaban á placer en la capital del reino, unidos sus esfuerzos á los de otras plumas valentísimas, contribuían á detener á aquella sociedad que caminaba hacia su ruína y acabamiento. Así, á la austera voz del P. Juan de Mariana, que clamaba contra tales desórdenes, y á la profunda ironía del gran Quevedo, juntábase la palabra reposada y elocuente de Bartolomé Leonardo emitiendo luminosos informes sobre los remedios que podían aplicarse contra los vicios y enfermedades que minaban la corte, y escribiendo aquellas sátiras en que, revestido del espíritu de Juvenal, quitaba la máscara al hipócrita disfrazado de prudente, al avaro ruín, al ocioso cobarde, al ridículo petimetre, al fatuo y presuntuoso hidalgo.

De esta suerte aparecen en la historia general y en la particular de Aragón los Argensolas, como modelos de buenos patricios y de buenos literatos: tales los demostrará asimismo la lectura de estas obras sueltas que hoy publicamos. Por los cargos públicos que desempeñaron, por las tremendas crisis sociales en que tomaron parte, por el ejemplo de integridad y honor que dieron al mundo, no les fal-

TECA PUBLIC

tó nunca el respeto y la veneración de sus conciudadanos; por su rica y varia cultura, por sus aptitudes y facultades peregrinas en cuantos géneros literarios se ejercitaron, granjeáronse el respeto de los varones más doctos de su siglo; por su vida honrada y provechosa al bienestar común, por los monumentos que dejaron de su ingenio, por su memoria de todos bendecida, fueron modelo de caballeros, aliento de los estudiosos, emulación de los sabios, ornamento de Aragón, gloria de España.

Muchos años han transcurrido desde su muerte; muchas doctrinas y sistemas se han presentado en el teatro del mundo; gran diferencia corre entre las ideas que prevalecen hoy en día y las que privaban en los tiempos de los Argensolas; pero, á pesar de tanta distancia de años y de ideas, la estimación que nos merecen estos varones no sólo no ha menguado, sino que se ha apurado y aquilatado con el tiempo, al revés de otras celebridades y renombres que, si brillaron un día, han caído ya en la sima del olvido. Y la razón de esto es porque, atenidos los Argensolas á cultivar en sus escritos el ideal de la eterna hermosura, consiguieron traspasarla á sus obras, y estas obras los han colocado en el templo de la inmortalidad para que sirvan de modelo á cuantos cultivan la belleza artística. El arte litera-

rio tiene, como toda arte, mucho de concreto, limitado y relativo; pero mucho también de ideal y absoluto. No basta que la palabra brote espontánea y brillante como el cristal de las claras fuentes: es preciso además, para que llegue á su perfección, que el escritor logre darle una forma bella y exquisita, y esto no se consigue sino con el bien encaminado estudio, con el trabajo perseverante y tenaz, y emulando la gloria de aquellos autores que ofrecieron en sus escritos ejemplares de perfecta hermosura. Esto hicieron los Argensolas, y por esto viven y vivirán eternamente en la memoria de los hombres; por esto serán modelos perdurables á cuantos deseen en España cultivar el arte de la belleza literaria; por esto, al par de Garcilaso, y León y Cervantes, se citarán siempre aquellos dos ingenios, tan hermanos en la sangre como en el entendimiento, que, al decir de Lope de Vega, fueron de Aragón á Castilla á reformar la lengua castellana.

El Conde de la Viñaza.

Zaragoza, 21 de febrero de 1889.

POESIAS LIRICAS

SONETOS

I.

Á VICENTE ESPINEL [1].

Quien duda que pudiese del infierno
Suspender las tormentas y la ira,
Al dulce son de la famosa lira
(Publicando su pena), un pecho tierno.
Oya tu canto Píndaro moderno
(Á cuya emulación ninguno aspira),
Y verá que hace más, que á Febo admira
Trocando de sus cosas el gobierno:
Que está ya mudo el lauro, que solía
(De los casos futuros adivino)
Dar al mundo respuestas tan confusas:
Y por templar de muchos la osadía,
Su santa voz ha puesto en un Espino,
Y espinas son defensa de sus Musas.

1 Se lee, entre las poesías encomiásticas, en el libro: *Diversas rimas de Vicente Espinel... con el Arte Poética, y algunas Odas de Oracio* (sic), *traduzidas en verso castellano. Madrid, Luis Sánchez, M.D.XCI.* 8.º, 16 hojas prels. y 166 fols.

II.

AL CAPITÁN

D. DIEGO GONZÁLEZ DE MEDINA BARBA [1].

Burlóse del filósofo elocuente
Aníbal, cuando quiso en su presencia
Enseñar (ostentando su gran ciencia)
Lo que hacer debe un capitán prudente:
Porque esto no se alcanza solamente
Con estudio continuo y diligencia,
Si el valor falta propio y la experiencia,
En que tan grave peso se sustente.
Pero si á tí, Señor, en quien Medina
(Renombre antiguo) nueva fama cobra,
Oyera en este tiempo el Africano,
Admitiera, admirado, tu doctrina,
Pues en tí, lo que al otro faltó, sobra,
Valor, ingenio y aprobada mano.

1 Va al frente del libro titulado: *Examen de fortificación, hecho por D. Diego Gonçález de Medina Barba, natural de Burgos. Dirigido al rey nuestro señor D. Felipe III.* (Escudo de armas imperiales.) *Con privilegio, en Madrid, en la imprenta del Licenciado Varez de Castro. Año de M.D.XC.IX años.* (Al dorso de la portada el escudo de armas del Autor.) 8.º, 6 hojas prels., 221 páginas y 6 de tabla. Una lámina suelta al fin, y numerosos grabados intercalados en el texto.

III.

Á MICER ANDRÉS REY DE ARTIEDA [1].

El vulgo vano (siervo de la fama
Que de estatuas y títulos se admira),
Á la ganancia vil atento aspira,
Y á todo lo demás vanidad llama:
El sabio la virtud sin prendas ama,
Por los títulos vanos no suspira,
De la ganancia infame se retira
Y sólo así se alumbra con su llama.
Desto nos dejas admirable ejemplo,
Oh Diógenes nuevo, no rendido
Al favor de Alejandros ó Mecenas.
En tí dos graves Scévolas contemplo,
Uno del justo Marte favorido,
Otro de la que dió su nombre á Atenas.

1 Está entre los sonetos encomiásticos que se encuentran al principio del libro: *Discvrsos, epistolas y epigramas de Artemidoro. Sacados á luz por Micer Andrés Rey de Artieda. Çaragoça, Angelo Tauano*, 1605. 4.°, 8 hojas prels. y 128 págs.

IV [1].

Porque de sus donaires no me río,
Y [2] arrojo por la boca y ojos llama,
Cual otro Mongibel, dice una dama
De corte que soy muy [3] necio y frío.
Y si fuera el *oprobio* [4] sólo mío,
Pasara fácilmente por tal [5] fama;
Mas como toca tanto á [6] quien me ama
Y *es* [7] llamar á su gusto desvarío,
Respondo por entrambos que no crea
En *aquellos efectos y* [8] apariencia
Que *á los ojos se ofrecen* [9] solamente,
Porque [10] no es necio quien saber desea,
Ni tras *seis* [11] años de rabiosa ausencia
Es frío quien se abrasa y está ausente.

1 Lo publicó D. Adolfo de Castro (cuyo texto reproduzco) entre las poesías de los Argensola, en la *Colección de Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, tomo II.—Tomo 42 de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra.

En los Mss. C. B. y M. B. se leen las variantes indicadas á continuación.

2 Ni—3 (Dama de corte) que soy—4 agravio—5 Nunca yo me agraviara desta—6 Pero como es ofensa de—7 *(No existe aquella palabra.)*—8 su imaginación, ni en la—9 se ofrece á la vista—10 Y que—11 tres

V.

Á UN MANCEBO Y Á UNA DONCELLA NOBLES,

QUE SE HABÍAN CRIADO JUNTOS DESDE NIÑOS, HASTA EDAD MAYOR, EN QUE PODÍA TENER PELIGRO 1.

Silvio, en tu edad ningún peligro hay leve:
Ya comienzas á hablar con voz escura,
Y á extender sombra el bozo en tu blancura
Sobre ese labio superior se atreve.
Y en tí, Drusila, de sutil relieve
Ya el pecho sus dos bultos apresura,
Y en cada cual, sobre la cumbre pura,
Vivo forma un rubí su centro breve.
Sienta vuestra amistad leyes mayores
De hoy más, que en la sencilla inadvertencia
Cubre amor con silencio su veneno.
Fiel ha sido hasta aquí vuestra frecuencia;
Mas si áspides admite un suelo ameno,
Con razón pierden crédito sus flores.

1 Ms. M-251 de la B. N., en el cual se lee también el soneto que va á continuación del presente.

VI.

AL DESEO.

Qué obligación me corre de cumplirte
Deseo traidor, si desde que te trato
No he podido jamás de cruel é ingrato
Á que me lo agradezcas, persuadirte?
Pierdo cuanto bien tengo, por seguirte,
Pensando á veces que me estás barato:
Si no te cumplo, mátasme, y me mato;
Y si te cumplo, al punto tienes de irte.
Si resuelvo el cumplirte, por matarte,
Por vengarme de tí, de mí me vengo,
Pues habré de morir de arrepentido.
En fin, ni sé tenerte, ni dejarte;
Pues para te matar, á morir vengo,
Porque mueres y matas de cumplido.

VII [1].

DESCUIDADO del lauro que ennoblece,
En una choza pobre se aposenta,
Con mesa no dorada se sustenta
Y de pequeños bienes se enriquece.
Los miembros al descanso alegre ofrece,
Y de solas sus redes tiene cuenta:

1 Ms. M-250 de la B. N.—En el mismo se hallan todos los sonetos siguientes.

Como curiosidad bibliográfica los reproducimos ahora; no como modelos literarios, pues si el códice de donde proceden no nos ofreciere motivos para atribuírselos con algún fundamento al secretario de la Emperatriz, podrían la sintaxis violenta y los versos incorrectos que á veces se notarán, convencernos de que no habían brotado de la misma pluma que escribió aquellos sonetos que comienzan:

—En vano se me oponen las montañas,
—Si acaso en la frente Galatea,
—Si amor quiere que siga sus antojos.

En el mismo Ms. se leen también otros más atribuídos á Lupercio, que empiezan de esta manera:

—Doña Antonia los campos eliseos,
—El tiempo y la fortuna derribarme,
—La piel en que con sangre de el Cerbero,
—Por sólo un lance y sin hacerle estaba,
—Si entre esas blandas plumas mejicanas;

pero su estilo afectado ú obscuro, además de que se halla mendaz alguno de ellos, nos impide publicarlos.

Ni la bélica trompa le amedrenta,
Ni el temor del suceso le entristece,
Ni le aflige el oráculo dudoso,
Ni el envidiado cetro considera,
Si lo ha de arrebatar violenta parca.
¡Oh cien veces Amiclas más dichoso,
Que quien imaginó que obedeciera
El mar á su fortuna y á tu barca!

VIII.

En los brazos de Lamia el viejo amante,
Cremes, cantaba con sonoro acento,
Cual Cisne al despedirse con lamento,
En todo al propio cisne semejante.
Barba y cabeza cana, y el semblante
Que juzgarás que pasa de los ciento;
Mas esto puede amor, que en un momento,
Cual fuego, el hierro enciende en un instante.
Al fin de compasión Lamia movida
Para que de su pecho el fuego puro
Huyendo fuese de la nieve helada,
Por premio le dió un beso enternecida,
Diciendo: por lo menos va seguro,
Que, pues que no es mordaz, no importa nada.

IX.

En sus ligeras alas confiado,
Dícelo así la fama, sale huyendo
El atrevido Ícaro subiendo
Do el sol ardiente á nadie ha perdonado.
Pagó su atrevimiento el desdichado,
Y á Apolo el gran Neptuno obedeciendo,
En sus soberbias olas sumergiendo,
Sepultura le dió en el mar salado.
¿Es menos poderoso el sol ardiente
Que sale de los ojos soberanos
De Laura bella? dí, Lisandro amigo.
¡Pues do subes tan alto! Paso tente,
Y no llames los dioses inhumanos,
Si te dieren de Ícaro el castigo.

X.

Esta fuerza que oprime interiormente,
De mis sentidos la suprema parte,
No es bélico furor del fiero Marte,
Que otra más dulce guerra el alma siente.
Esparce por las venas lentamente
Fuego que engendró el celo de Anaxarte;
Filis, disculpa tienes de abrasarte,
Y tú el pago de ingrata justamente.
Pensamiento glorioso, no os espante
Vivir entre imposibles, que esta gloria
No tiene ley que alcance los sentidos.
Y este amoroso incendio, hecho otro Atlante,
Sufro, pues no se alcanza la victoria
Sino en muerte de amor de los sentidos.

XI.

Hasta cuándo, Babel, piensas que el cielo
Ha de sufrir tu loco atrevimiento?
Retén el curso, enfrena el pensamiento,
Que muy grande caída da un gran vuelo.
Ya tu desdicha pronostica el suelo,
Que sabe que no dura lo violento;
Y la ambición es falso fundamento,
Por más que encubra su dañoso celo.
Escarmienta en las plumas abrasadas
De el sin ventura Ícaro atrevido,
Por quien fundó su padre un templo en Cumas,
Ó en quien, por ver sus glorias levantadas,
Con sus caballos y ellas sumergido,
De Eridano se vió entre sus espumas.

XII.

Ya murió Coridón, Dios le perdone:
Á su mujer consuele en tal trabajo,
Al sucesor le libre de otro tajo
Si las manos en él Vergara pone.
Antes que el triste Kirie el cura entone
Ó que de la md. [1] suene el badajo,
Que bajen el difunto al cuarto bajo
Ó en el barrio su muerte se pregone.
Amor corta las tocas, manto y luto
De la reciente viuda, dando traza
Que al nuevo traje el rostro no desmienta.
Que no quiere que cese su tributo,
Ni le espante las lágrimas la caza,
Ni aun un momento: ved qué extraña cuenta.

1 La abreviatura es, sin duda alguna, del nombre *Merced*, supliéndose el substantivo *Convento* de la...

EPÍSTOLAS

Y POESÍAS VARIAS

Á SU HERMANO

BARTOLOMÉ LEONARDO [1].

Entre esas peñas ásperas y yertas
Con las nieves cubiertas, cuyas cumbres
De escuras nubes siempre están cubiertas,
  Ya reprehendiendo al pueblo sus costumbres,
Ya por él ofreciendo sacrificios,
Tocas las Aras entre sacras lumbres:
  Y ya escuchando sus enormes vicios,
De Juez severo y de padre humano

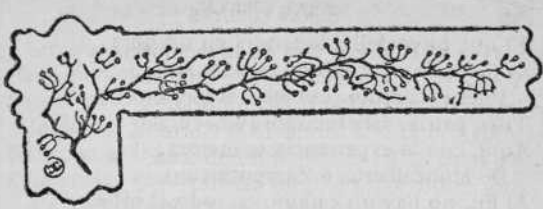
1 Fué en los últimos años del siglo XVI, cuando, hallándose en Madrid Lupercio, dirigió esta carta á su hermano Bartolomé, á la sazón cura párroco ó rector de Villahermosa.

La publicó Pellicer en las Noticias biográficas de Lupercio que van al frente de su *Biblioteca de traductores españoles, Madrid, Antonio de Sancha, M.DCC.LXXVIII*, consignando que la había hallado en un códice antiguo de las poesías de los dos hermanos, que poseía D. Bernardo de Iriarte. Este Ms. es el que fué luego de Salvá y hoy del Conde de Benahavis.—Hállase también la epístola en el Ms. M. B.

Estás ejercitando los oficios:
Y Dios no quiso, dulce y caro hermano,
Que aquel primero y venturoso día
Que vino por tus voces á tu mano,
La pudiera besar en compañía
De los piadosos padres, y ofrecerte
Lágrimas de ternura y alegría:
Ni que de nuestro Pedro, cuando al fuerte
Yugo acabó de echar el postrer lazo,
Que solamente romperá la muerte,
Pudiese recibir el tierno abrazo,
Con que suelen del mundo despedirse
Los que llama la Iglesia á su regazo.
¿Quién viera vuestros pechos derretirse
En amor, cuando os vísteis en Valencia,
Y fué forzoso á cada cual partirse?
¡Qué gozo me quitaste, dura ausencia,
De dos prendas del alma, dos hermanos,
Á cuya edad desmiente la prudencia!
El uno para ungir las sacras manos
En edad ilegítima esperaba
Lo que piden los príncipes romanos;
El otro con saber que se obligaba
Á doblado trabajo, no repara
En ver que un año entero le faltaba.
La casa de sus padres desampara;
Y aunque los mira en el umbral tendidos,
Que le impiden el paso no repara.
Pasa por ellos sordo á sus gemidos,
No con entrañas duras, sino pías,
Luchando la razón con los sentidos.
De dos tales hermanos, tales días

Me quitó el fiero buitre, cuyo cebo
Son cotidiano las entrañas mías.
¿Dónde podré probar, si aquí no pruebo,
El enredo sin fin deste negocio,
Y el amor que á su dueño tengo y debo?
Pues há seis años que un momento de ocio
No gozo, ni he gozado, como digo,
De verte ejercitar el Sacerdocio:
Y ya se cumplen dos que me fatigo
En este laberinto, en esta Corte,
De vanas esperanzas cruel castigo;
Sin poder acarrear cosa que importe
Más que la Flota, que el pasado agosto
Hizo experiencia del rigor del Norte.
Pues mientras en mi pecho hierve el mosto
De todas estas cosas, porque el humo
Ahoga cuando está en lugar angosto,
Aunque me ha de costar trabajo sumo,
Quiérole dar salida por la pluma,
Que há mucho que callando me consumo.
Haré de mis trabajos breve suma;
Verasme en este infierno ó purgatorio,
Para que más en él no me consuma.
Que si del soberano Consistorio
Para el que en el infierno padecía
Tan grande indulto pudo haber Gregorio;
No será temeraria la fe mía,
Si de tu intercesión, hermano, espero
El bien que estoy pidiendo noche y día.
Volviendo al tema, digo que no quiero,
Como si de Madrid hiciese historia,
Poner su descripción aquí primero;

Que tú la tienes viva en la memoria,
Y sólo he de tratar de lo que importe
Para que mi pasión te sea notoria.
Madrid es una funda de la Corte;
No trato della, estese en horabuena;
Sus límites alargue ó los acorte.



AL DOCTOR

DOMINGO DE VENGOCHEA [1].

En esta enfermedad tan importuna
Alivio fué venir á nuestra aldea,
Que cual ella no pienso que hay ninguna.
Porque si, ausente, la ciudad desea

1 Después de la muerte de la Emperatriz Doña María de Austria, hermana de Felipe II, acaecida en Madrid el 22 de febrero de 1603, marchó Lupercio en agosto de igual año á Zaragoza, donde, lejos de los cuidados de la corte, vivió entregado al estudio, á la frecuente comunicación con las musas y al trato de personajes ilustres por su virtud, su talento ó su cuna. Era una de sus amistades más cariñosas la que le unía al insigne Magistrado y Doctor D. Domingo de Vengochea, natural de Teruel, en cuya ciudad y tierra desempeñó los cargos de Asesor y Lugarteniente de Presidente de Capitán, y después en Zaragoza, durante seis años, los de Lugarteniente del Justicia, y miembro como tal del Real Consejo de Aragón en la Audiencia del Reino.

Mas perturbó á Lupercio aquella paz y honradísimas satisfacciones que halagaban su vida, una cruel enfermedad que le puso en peligro de muerte y de la que curó tras larga y penosa convalecencia. Convaleció el poeta en la casa que poseía en el pueblo de Monzalbarba, á orillas del Ebro, una hora distante de la capital; y, á fin de proporcionarle algún rato de distracción y para que

El que huye della, la tendrá en un hora,
Como quien por el campo se pasea.
Pues el camino ¿es malo? si Pandora
Tuvo patria, ésta fué, porque el deseo
Aquí, con la experiencia se mejora.
De Monzalbarba á Zaragoza creo,
Al fin, no hay un camino en todo el orbe
De más comodidad y más recreo.

emitiese su dictamen, envióle entonces Vengochea el manuscrito de un libro compuesto, en honra y exaltación de su orden, por cierto religioso carmelita del convento de San José de Zaragoza, llamado Fr. Valero Ximénez de Embún. Era éste hermano de Don Antonio Ximénez de Embún, que tuvo por mujer á Doña María de Vengochea, prima hermana del Consejero, y, á pesar de que contaba pocos años, tenía los títulos de Maestro en artes y Lector en teología en su convento (recién fundado por los esfuerzos del Provincial Fr. Alonso de los Ángeles y de altos personajes de la metrópoli aragonesa). Por sus virtudes y su ciencia Fr. Valero fué, en edad madura, Obispo electo de Alger en Cerdeña; y el convento cesaraugustano le consideró siempre como uno de sus hijos más preclaros, por lo cual su retrato estuvo expuesto en sus claustros para ejemplo y edificación de todos, hasta que desapareció, por desdicha, en medio del huracán revolucionario que en nuestra patria ha devastado tantas glorias y recuerdos venerandos.

No desmiente la altísima justificación de estos premios y honores que, en vida y muerte, alcanzó Fr. Valero, la opinión que de su libro consignó Lupercio de Argensola en los gallardísimos tercetos dirigidos á su amigo D. Domingo de Vengochea. Así fué que lícita y justamente envanecido el carmelita por tan honrosa censura, la puso al frente de su obra, que impresa lleva este título: *Estímulo á la devoción de la antigua orden de Nuestra Señora del Carmen... Zaragoza, Angelo Tábano*, 1604. La posteridad sólo lamenta que el esclarecido teólogo no le haya legado íntegra la Epístola de su egregio panegirista.

La *Revista de Aragón* la publicó el año 1878, núm. 8, juntamente con un artículo ilustrativo del distinguido poeta y escritor aragonés D. Julio Monreal y Ximénez de Embún.

Sin que á la vista algún objeto estorbe,
Hace margen á un lado el grande río,
Que á veces campos y edificios sorbe.
Invierno, primavera, otoño, estío,
Nunca el avaro labrador consiente
Que vuelva de sus márgenes vacío.
Ya, con espigas rubias, la simiente
Pródigo restituye con usura;
Ya del gran Baco el fruto más ardiente.
La guinda, la ciruela, la madura
Pera, el higo meloso; la manzana,
Dando fe su color de su dulzura,
Á la púrpura antigua y á la grana
Haciendo injuria, y al color afea
Á la etiope gente y africana.
No frutos fugitivos, nadie crea
Que éstos son, como á Tántalo sediento,
Los que en vano se ofrecen y desea.
Privado, con dolor, de tal contento,
Flaco y cerca los leños, entre pieles,
Estaba yo, Señor, á un fuego lento.
Cuando tú, de otro nuevo docto Apeles,
Objeto más hermoso me mostraste,
Que heredó del primero los pinceles.
El gran Monte Carmelo me llevaste,
Con sus padres antiguos, donde Elías
Allanaba las dudas sin contraste.
En regiones ardientes y las frías,
Llenas de monasterios desta gente,
Con mantos blancos, con extrañas pías.
Y como Dios piadoso no consiente
Que el peligro á la fuerza humana exceda,

Y es su socorro cierto y eminente;
Antes con infalible y cierta rueda
Quiere que á los autores de algún vicio,
Algún autor de la virtud suceda.
Que con santo instituto el edificio
Sustente dignamente de su templo,
Con desnudez, con saco, con cilicio;
Con leyes rigurosas, con ejemplo,
Con que el legislador más hace y puede,
Un Domingo, un Francisco aquí contemplo.
No se puede decir que el arte excede
Á la materia aquí, que es Dios, mas luego
Á la materia el arte le sucede.
Condescendiendo amable con mi ruego
El libro me dejaste, y apetito
De añadir su lición á mi sosiego.
Yo pregunté quién era el que había escrito
Historia, que no hay pecho á quien no asombre
El ámbito abarcar de su distrito;
Tú me dijiste que era Embún su nombre,
Del Carmen su instituto, y admireme
Que pueda tanto, en tierna edad, un hombre,
Que á la amigable luz de noche queme
Las pestañas, buscando las liciones
Con que en la santa cátedra se extreme;
Y que, en su religión, de ocupaciones
Cargado, pueda declarar misterios,
Y buscar de la historia los rincones.
¡Oh gran Valerio! Tú de los Valerios,
Que ilustran nuestra patria, y en el cielo
Estrellas son de claros ministerios,
El número acrecientas, y en tu celo

Esperamos los vivos ver sus obras,
¡Tales frutos produce el gran Carmelo!
Y dichoso también, que luego cobras
El premio del trabajo con que tanto,
Á tantos hoy que al mundo asombran sobras.
No sólo porque aquese manto blanco
El premio te promete, merecido
De los que guardan su instituto santo;
Sino por ser aceto y admitido,
Mas antes celebrado del gran Chea [1],
Entre insignes insigne y escogido.
Al fin yo me he salido de mi aldea
Tras este auctor; volvamos, pluma mía,
.....
.....

1 Contracción de Vengochea. No sabemos si Lupercio la usó porque á ello le obligase la medida del verso, ó porque de tal manera nombraran familiarmente sus amigos al ilustre turolense.

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

PROEMIO EN CERTAMEN

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO [1].

Después que al fiero egipcio inadvertido
Á vuelta de los carros y su gente,
Fué en las profundas olas sumergido,
El pueblo amado entonces dulcemente
Comenzó de cantar con voz sonora,
La grande maravilla abiertamente.
Levantad las acciones, pues, ahora,
Varones escogidos, entre tanto
Que la escuadra tartárea gime y llora.
Entonemos nosotros dulce canto,
Cantemos al Señor que con su mano
Nos quiso libertar de eterno llanto;
Derribó la soberbia del tirano
En el profundo mar de su clemencia,
Navegando el del mundo barco humano.
¡Oh suma caridad, eterna esencia

1 Mss. C. B., M. B. y O.

Que, sintiendo los vientos alterados,
Fué mayor su bondad que su violencia!
Que aunque ve remolinos de pecados,
La profunda malicia no le espanta,
Ni los duros caudillos conjurados.
Aunque el mar contra el cielo se levanta
Á veces descubriéndose el arena,
Jamás tuvo temor la nave santa.
Mas antes, cuando el ronco viento suena,
El divino Piloto enamorado
Se asienta con los suyos á la Cena.
Allí su mismo cuerpo les ha dado,
Tan alto, tan inmenso, tan glorioso,
Como al lado del Padre está sentado.
Inmenso Dios, justísimo y piadoso,
Mirad la ingrata turba embravecida
Con grita y alboroto presuroso,
Que en tanto que guisáis esta comida
Os quieren dar, Señor, infame muerte
Aquéllos que buscáis por dar la vida.
Mostrad aquí, Señor, el brazo fuerte,
Pues esta gente pérfida y odiosa
Con tan alta merced no se convierte.
¿Hubo madre jamás tan amorosa
Que teniendo el cuchillo á la garganta
Ó cerca de la llama rigurosa,
La lástima del Hijo fuese tanta
Que entonces se parase á dar el pecho,
Cual hizo aquí la Fénix sacrosanta?
Pues Dios tan gran merced al hombre ha hecho:
El hombre justamente lo pregona,
Que también el decillo es su provecho.

Pues vosotros, varones que os corona
Del lauro vencedor las dignas frentes,
Aquel divino coro de Elicona,
Si á vuestros graves versos y cadentes
No se entregan los premios merecidos
Conforme á sus conceptos excelentes,
No por eso cobardes y encogidos
Os mostréis, que si ahora sois llamados
Alguna vez seréis los escogidos.
Ahora de alabanza iréis premiados,
Que en todo en esta vida hay más y menos
Y grande diferencia en los estados.
No se pueden premiar todos los buenos,
Sino sólo de aquél que los conoce
Y entiende los mineros de sus senos.
Tampoco es bien que el malo el premio goce,
Y donde hay muchedumbre jamás falta,
Que al fin se halló un injusto entre los doce.
Con voluntad se suple nuestra falta,
Que bien basta por premio al más cendrado
Alabar una cosa que es tan alta.

ESTANCIAS [1].

En todo cuanto alumbra y enriquece
Aquel divino sol de amor herido,
Y la herética sombra no escurece,
Ni pone oscuras nieblas al sentido,

1 Ms. C. B. y M. B.

La tierra alegre en torno resplandece;
Y allí, el remoto antípoda escondido,
Ardiendo en nuevo amor, también con fiesta
El gozo de las almas manifiesta.

El inglés, adormido en su cizaña,
De Dios y de esta fiesta está olvidado;
También en muchas partes Alemaña,
Y Francia el culto santo ha derribado;
Italia lo conserva, y nuestra España
Lo acrecienta y coloca en firme estado,
Mostrando pecho fuerte y osadía
Á la ciega cizaña y idolatría.

El monstruo ponzoñoso y su miseria,
Por más que con secreto ha pretendido
Entrar á gobernar á nuestra Iberia,
Tener morada en ella no ha podido:
Mas la libre y famosa Celtiberia
Es aquélla que más le ha resistido,
Pues el santo Fernando, su heredero,
La santa Inquisición fundó primero.

Pues esta gran ciudad do el culto santo
Jamás pudo postrarlo el enemigo,
En tiempo de estrago y triste llanto
Que causó Don Julián á Don Rodrigo,
En santa devoción se extrema tanto,
En el tiempo presente y el antigo,
Que en medio de las bárbaras espadas
Hubo cruces preciosas levantadas.

Entonces á los suyos animando
Les dió su sacro cuerpo por comida,
En solos accidentes disfrazando
Aquella eterna esencia sin medida;

El cómo no hay andarlo especulando,
Pues no es cosa á los hombres concedida,
Y así mandaba Dios, mandato expreso,
No quebrar al Cordero ningún hueso.
Misterio es que á los ángeles espanta
El ver á Dios tan tierno enamorado,
Y los cristianos ánimos levanta
Al dulce sentimiento alborozado:
La madre Iglesia alegre á voces canta
El amor soberano inusitado,
De ropas rozagantes adornada
Y con piedras preciosas coronada.
De los sacros altares despidiendo
Inciensos olorosos, que los vientos
Al cielo poco á poco van subiendo,
Á vuelta de las voces y concentos,
También en acordado y alto estruendo,
Diversas consonancias de instrumentos,
Los ánimos atentos nos elevan
Y á dulce contemplar las almas llevan.
Descubre nuestra madre su tesoro,
Reliquias, piedras, joyas y brocados,
Los vasos de lucida plata y oro,
Con medallas y bultos relevados;
Y con pompa debida y gran decoro,
Con paños de colores matizados,
Las paredes y calles van cubriendo,
Olorosas guirnaldas esparciendo.
También la juventud, en orden puesta,
Movida á las promesas de Bolea,
Ordena en competencia alegre fiesta
Con galas, invenciones y librea;

Y está tan orgullosa, suelta y presta,
Que el más cobarde y tímido desea
Soltar á sus conceptos larga rienda,
Entrando denodado en la contienda.
Las ventanas al punto y corredores
Cubriendo, para ver la alegre fiesta,
Con diversos tapetes de colores,
Dejando la ancha plaza muy compuesta,
Una silla también de mil labores
Estaba para el Rey Divino puesta,
Que en oyendo una voz que subió al cielo
Descendió rebozado con un velo.
Aquí con claras aguas nuestro Ibero,
De fructíferas plantas coronado,
Está besando el templo que es primero
Que cuantos en el mundo se han fundado:
Ni es mucho si ante todos le prefiero,
Pues fué por un Apóstol fabricado,
Por la Virgen electo y escogido
Y por sus pies santísimos medido.
En torno, por el aire revolando,
Ejércitos angélicos gloriosos
Están incienso y mil olores dando,
En vasos esmaltados y preciosos;
Con cítaras dulcísimas cantando
Están los otros versos amorosos,
Cubiertos de purpúreas vestiduras,
Con divinas labores y figuras.
Aquí la innumerable gente unida,
De amor divino armada estuvo fuerte,
Despreciando por Dios la dulce vida,
En cambio de abatida y triste muerte;

Aquí la santa sangre fué vertida,
Y así en color purpúreo se convierte,
Y éste nuestro dichoso y patrio suelo
Hecho llano camino para el cielo.
Por él pasó la Virgen lusitana,
De un clavo en sangre roja coronada,
Despreciando la vida y pompa vana
Con que fué tantas veces convidada;
El arrogancia bárbara tirana
También su tío Lupercio tuvo en nada,
Y el glorioso Lamberto también vino
Por estos mismos pasos y camino.
Pues esta gran ciudad do el fuerte Augusto
Dejó su claro nombre por memoria,
Recibiendo con esto mayor gusto
Que de verse loado en larga historia,
En tan dulce sazón conforme es justo
Haciendo aquí un retrato de la gloria,
Con aplauso decente ceremonia,
Derriba la soberbia Babilonia.
Celebra la memoria de aquel día,
Que ardiendo el sacro pecho en llama ardiente,
Cuando el falso discípulo quería
Entregarlo á la vaga y dura gente,
Ya que el plazo ordenado se cumplía
En que el Eterno Padre Omnipotente
Había de aplacar, y el muro fuerte
Escalar con la cruz sufriendo muerte.
Era cosa admirable ver triscando
Á la entrada del puesto los caballos,
Que á los versos limados gallardeando
Podemos propiamente comparallos;

Estaban las trompetas aguardando,
Que acudan con sus voces á incitallos,
En hileras conformes en la raya
Ninguno se demuda ni desmaya.
La carrera era larga, porque habían
De parar los conceptos en el cielo,
Y á un tiempo que las trompas se sentían,
Batiendo con presteza el duro suelo
Los ligeros caballos afligían,
Y volviendo su curso en presto vuelo,
Á los puestos que lejos tremolaban,
Con pasos presurosos se acercaban.
Por seis octavas rimas convenía
Que sin torcer el paso se corriese,
Y aquél que en el camino se torcía
Estaba decretado que perdiese;
Andaban todos juntos á porfía,
Detrás de su alabanza é interese,
Dejando los conceptos sus pisadas
En discretas memorias estampadas.

ESTANCIAS [1].

Á D. MARTÍN DE BOLEA Y CASTRO.

Un espíritu nuevo, un nuevo aliento
Se requiere á tan alto y viril hecho;
No basta un remontado entendimiento
Que al fin á la ignorancia rinde el pecho:
Ilustre Don Martín, que á tu talento
Tan sólo tú lo dejas satisfecho,
Y así quedará corto el que presuma
De igualar tu alabanza con tu pluma.

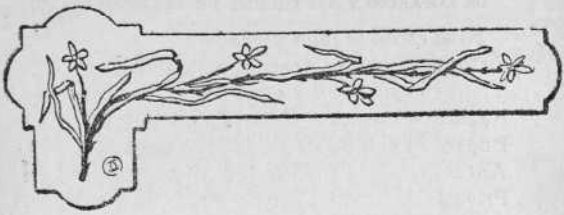
No hay raro entendimiento que no quede
En tu alabanza corto, sin reparo

1 Léense entre las composiciones laudatorias que se hallan al principio de la obra intitulada: *Libro de Orlando Determinado. Que prosigue la materia de Orlãdo el enamorado. Compuesto por Don Martín de Bolea y Castro. Dirigido á la S. C. R. M. del Rey Don Phelipe Nuestro Señor.* (Una laminita que representa un caballero lanza en ristre.) *En Çaragoça, Impresso en casa de Juan Soler, impressor de libros en frente de San Francisco. Año del Señor* 1578. *Con Licencia y Privilegio.* 8.°, 8 hojas prels., 191 fol. más una al final con las señas de la impresión.

Que llegar á tal término no puede,
Y aunque de lo posible es don de avaro:
Que á los humanos límites excede
Tu ingenio peregrino, único y raro,
Y pretendiendo alguno sublimarte
En medio su camino falta el arte.

Del patrio Hibero hasta el egipcio Nilo
Tu sublimada musa se celebra,
Que aun el propio satírico Zoilo
No se atreve á morder la subtil hebra:
Tu rara ciencia, tu encumbrado estilo
Por ningún accidente no se quiebra,
Antes toda la gente se recrea
Celebrando el de Castro y de Bolea.

Esa sangre real que te acompaña,
Á tu estilo tan alto levantado,
Que cuanto ganó Francia das á España
Y á Orlando un nuevo título le has dado:
Tú del moro feroz la antigua saña
Has otra vez con ímpetu domado,
Y Orlando nueva gloria consiguiendo
Su espada con tu pluma está midiendo.



ESTANCIAS [1].

Después que de clarísimos varones
Fué madre la gran Córdoba dichosa,
Hijos que cada cual por mil naciones
Más rica la dejaron y famosa:
Para que no olvidase tantos dones
La mano del muy alto poderosa,
En uno quiso darle todo cuanto
En muchos dividido valió tanto.

En Rufo está cifrada, donde cabe
La ciencia que mil vasos tuvo llenos,
Lo que supieron todos sólo sabe
Y en duda está si todos fueron menos;
La doctrina de Séneca más grave
(Camino tan sabido de los buenos,
Y resplandor de Córdoba y España)
En sus doctas sentencias le acompaña.

1 Esta composición se halla entre las preliminares del libro: *La Austriada de Iuan Rufo, jurado de la ciudad de Cordoua. En Madrid en casa de Alõso Gomez (que haya gloria), impressor de su Magestad, Año de mil y quinientos y ochenta y quatro* (1584). 8.°, 18 hojas prels. y 447 fols.

Ni el estilo le falta verdadero
Del que cantó tus guerras, bella Italia,
Y aquella sujeción y yugo fiero
Nacidos en los campos de Tesalia;
Pues si envidioso deste, mandó Nero
Antes que diese fin á la Farsalia,
Privarle de la vida, ¿qué le diera
Á Rufo si en su tiempo floreciera?

Por eso quiso Dios, como tan justo
Que pues á todos estos les excede,
Y (con tu paz Marón y grato gusto),
Si no mayor, igual á tí ser puede,
En tiempo venga del felice Augusto,
Que Dios este renombre le concede
Al gran Filipe príncipe segundo
En nombre, y el mayor de todo el mundo.

CANCIÓN

Á LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA [1].

Pues el estilo y voz que tiene el suelo,
Virgen del sol vestida, no es bastante
Á cantar las endechas en tu muerte,
Fuente de vida, estrella rutilante,
Lucero que, deshecho el mortal velo,
Descubres tu belleza, escuadra fuerte,
María, á quien la más dichosa suerte
Cupo con plenitud de gracia llena;
Bien será que los cisnes de alas de oro
En su divino coro,
En tanto que mi voz humilde suena,
Á su Reina se humillen, y postrados
Canten al son de varios instrumentos
En tu glorioso triunfo sacros himnos,
Si á decirte alabanza fueren dignos
Del angélico canto los acentos,
Con los cuales verán que van mezclados

1 Ms. de la B. N., M-251.

Los llantos de los hijos desterrados,
Que en tí su libertad restituída
Hallan paz, cobran gracia, alcanzan vida.
Con guirnaldas de estrellas coronada,
Hermosas flores del jardín eterno,
De tu divino fruto, Madre é Hija,
Entre lirios que ignoran el invierno
Tienes la siesta ya no congojada,
Pues no hay deseo ardiente que te aflija,
Hermosa luz que al cielo regocija.
Ya no como la tórtola gimiendo
Suspiras tu divino amado ausente,
Á quien con voz doliente
Enferma de su amor poco há diciendo
Ibas: de el cielo y tierra el más hermoso
¿Dónde estás? ¿Tú la luz del mediodía?
Suene tu dulce voz en mis oídos,
Ocupe tu belleza mis sentidos:
¿Quién alas de paloma me daría
Para llegar con vuelo presuroso
Al sacro tabernáculo precioso
Do moras y das palma de victoria,
Clara luz, sumo gozo, eterna gloria?
Abréviese en la tierra mi morada;
¡Oh si deshechos los mortales lazos,
Libre estuviese ya de estas cadenas
Y eternamente fuese de tus brazos!
¡Oh gloriosas prisiones! Enlazado
Cordero que entre blancas azucenas,
Purpúreas rosas de fragancia llenas,
Enlazas para dar á tus esposas
Guirnaldas, que jamás serán marchitas:

Dime, ¿en qué parte habitas?
Conjuros de Sión, hijas hermosas,
Que me digáis si vísteis á mi amado,
El cual entre millares escogido,
Primero en la hermosura, y sin segundo,
Admiración gloriosa causa al mundo;
Nadie su descendencia ha conocido,
Eternamente fué y es engendrado,
Su divino poder no es limitado,
Termínase en sí propio y de sí nace,
Cría sol, luz produce, estrellas hace.
Mas, aunque el triunfo quita en tu memoria
Este deseo ardiente y amoroso,
Renuévanlo las voces piadosas
Del colegio apostólico lloroso,
Que entre la aclamación de tu vitoria
Abre los ojos fuentes caudalosas,
Que pecho y tierra bañan abundosas.
¡Oh vitorias preciosas y agradables,
Lágrimas te consagren, rica ofrenda!
De su amor cara prenda,
Recojan los ministros admirables
Que á tu servicio asisten y obedecen,
De puridad divina revestidos
Y aquella suavidad que se les pide
Del bálsamo el olor precioso impide,
Más que hermosos ejércitos lucidos,
El cielo de arreboles en belleza,
Y al iris semejantes resplandecen,
Cuando tras lluvia obscura, cual la aurora,
Campos viste, aires pinta, nubes dora.
Los fieles y divinos escuadrones,

Que en un tiempo lo fueron de venganzas,
Togas se visten hoy resplandecientes
Y enristran palmas en lugar de lanzas;
Con sus trompetas, liras y canciones;
Y en vez de fuertes yelmos relucientes
Cubren de olivo las hermosas frentes,
Dan los unos incienso á tus altares;
Los otros, de metal rojo cubiertas,
Del cielo abren las puertas,
Himnos resuenan, óyense cantares,
El mismo Dios al triunfo te convida.
Ven, dice, esposa mía, que el invierno
Su borrascoso curso ha fenecido,
Triunfa de la serpiente del infierno,
Cuya soberbia antigua es oprimida;
Quebrantada á tus pies ya está rendida,
Causándole á Luzbel eterno duelo,
Honra á tí, vida al mundo, gloria al cielo.
Canción, si te notaren de atrevida
Los cisnes á quien hoy te has ajuntado,
Con ronco acento y voz de estilo rudo
De heróica gravedad pobre y desnudo;
Dirás que el sér humilde te ha animado
Á pensar que serías admitida,
Y que el dueño, á quien eres ofrecida,
Te pudo dar acento más suave,
Dulce voz, canto heróico, estilo grave.

OBRAS DRAMÁTICAS

ISABELA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

PERSONAS QUE HABLAN.

La Fama, que hace el prólogo
Alboacén, Rey de Zaragoza.
Audalla, Consejero.
Aja, hermana.
Muley Abenzaide, Privado.
Zauzala.
Azán y criados del Rey de Zaragoza.
Un Alcaide.
Un Portero.
Isabela, dama cristiana.
Lamberto, padre de Isabela.
Engracia, madre de Isabela.
Ana, hermana de Isabela.
Un viejo ciudadano.
Turba de hombres, mujeres y niños cristianos.
Nuncio.
Aludín, criado de Muley Abenzaide.
Adulce, Rey de Valencia.
Selín, criado suyo.
El espíritu de Isabela.

La escena pasa en Zaragoza, metrópoli de Aragón.

PRÓLOGO.

FAMA.

Yo soy la que levanto los ingenios
En medio las miserias de este siglo,
Porque la de 1 virtud *difícil cumbre* 2
Pueda ser de los hombres alcanzada,
De los cuales vulgar y comunmente
Ilustre Fama recibí por nombre.
No soy aquella Fama que Virgilio
Dijo que por ofensa de los dioses
Produjo la primera madre *vuestra* 3,
Á la cual dignamente llamó monstruo.
Por mí sobre la tumba del gran Griego
Lloró, como sabemos, Alejandro,
Y de envidia de ver los hechos de éste,
El Dictador que dió su nombre á *Julio* 4.
Yo con eternas letras registrados
Tengo los famosísimos varones

1 M. y O., para que la—2 O., (difícil cumbre)—3 O., nuestra—4 O., Tulio

Que *tras* 1 de la virtud se remontaron,
Unos por armas y otros por las letras,
Y *los que* 2 por entrambas estas cosas.
Ni vosotras, mujeres, perseguidas
De serpentinas lenguas os quedásteis
(En 3 colosos eternos levantadas)
Sin 4 vuestras merecidas alabanzas;
Y, malgrado del gran Marón, tú, Dido,
Entre las viudas castas te colocas.
Tienen cuidado, pues, los blancos cisnes,
De quien *el Ariosto* 5 dió noticia,
De celebrar con versos numerosos
Los claros hechos de éstos y de aquéllos;
Y los que no son dignos de este canto,
En bocas de los cuervos disonantes
Andan con alabanzas limitadas,
Á cuyas roncas voces no responde
El eco de las doctas opiniones;
Por más que los *cuitados* 6 cuidadosos
Procuran imitarme, poco digo,
Procuran competir con esta trompa,
Por mí tan solamente dedicada
Para cantar los nombres de los héroes.
Siguiendo mi costumbre, pues, agora,
Bien que contra la ley de las tragedias 7,
En los teatros públicos parezco
Á daros alabanzas infinitas,
Como las merecéis todos vosotros.
Podeisme responder que lisonjeo,

1 O., en pos—2 O., cuales—3 M. y O., Sin—4 M. y O., En—5 O., la antigüedad te—6 O., cuidados—7 O., (Bien que contra la ley de las tragedias)

Pues que sin distinción de *vuestros* 1 hechos,
Y sin contar alguno, los alabo.
En mi satisfacción respondo á esto,
Que cuando no tuviera yo noticia
De todo lo que digo, me bastaba
Que 2 de vuestro valor hice experiencia;
Pues publicando yo, que recitaba
Salcedo, no comedias amorosas,
Nocturnas asechanzas de mancebos,
Y libres liviandades de mozuelas,
Cosas que son acetas en el vulgo 3;
Sino que de coturnos adornado,
En lugar de las burlas, *os contaba* 4
Miserables tragedias y sucesos,
Desengaños 5 de vicios, *cosa fuerte*
Y dura de tragar á quien los sigue 6:
Vosotros, *por no ser* 7 amigos de esto,
Venís á ver los trágicos lamentos,
Y la fragilidad de *vuestra* 8 vida:
Evidente señal de que sois tales,
Que discernís lo malo de lo bueno,
Para lo cual *ternéis* 9 materia luego,
Si proseguís á oirme con sosiego 10.

1 O., versos—2 M., Y—3 O., (Cosas que son aceptas en el vulgo)—4 O., contaría—5 O., Desengaño

6 O., ... (cosa fuerte
Y dura de tratar á quien la sigue)

7 O., pues, que sois—8 O., nuestra—9 O., tendréis—10 O. Léese al pie de los versos: *Vase.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

ALBOACÉN.—AUDALLA.

ALBOACÉN.

Ni yo tengo temor á los cristianos
Por verlos tan vecinos *á* 1 mi tierra
Que casi nos podemos dar las manos,
Y puesto que la gente de la sierra
De *pláticos* 2 soldados se refresca,
Queriendo proseguir 3 la *dura* 4 guerra,
No temo de la furia soldadesca
Ver talados mis campos y riberas,
Cual vió (por *nuestro* 5 mal) el Rey de Huesca;
Ni temo de sus máquinas guerreras,
Ni *la gente que junta y* 6 acumula
Debajo sus insignias y banderas;
Ni tanto me fatiga y atribula
Don Pedro, Rey soberbio de Sobrarbe,
Que ya de Zaragoza se intitula;

1 M. y O., de—2 O., prácticos—3 O., Amenazando de seguir—4 M., cruda—5 O., vuestro—6 O., la celosa gente que

Pues sabe que á la vista de un adarbe
Á su padre Don Sancho le dió muerte
La cautelosa flecha de un Alarbe.
Y puesto (según dicen) que 1 es tan fuerte,
El ejemplo que digo será parte
Que con más discreción pruebe 2 la suerte.
Bástale *ver al Rey* 3 en su estandarte
Cuatro cabezas nuestras por trofeo,
Que 4 cada cual tuvimos por un Marte;
Y cuando no bastare (que lo creo)
Aún tengo yo dos 5 *manos* 6, y hay alfanjes
Que puedan reprimirle su deseo.
Ordene sus escuadras y falanjes,
Y prométase ya con vanagloria
La tierra que tenemos de aquí al Ganges,
Que no será tan fácil la victoria,
Aunque suelen decir que 7 *en el extremo*
Y en la dificultad está la gloria 8.
Otro mayor contrario que el Rey temo,
Tan fuerte, que pensando lo que puede,
Unas veces me hielo, *y* 9 otras me quemo.
Concedo que mi mal también procede
De quien *yo sé; mas basta* 10, no se diga:
Mucho mejor será que aquí se quede.

1 O., Que aunque como sabemos—2 O., Para que atienda á no probar—3 O., al Rey el ver—4 O., Que á—5 En el Ms. M. no existe el vocablo *dos*.—6 O., En mi reino hay guerreros—7 En el Ms. M. no existe el vocablo *que*.

8 O., (Aunque suelen decir que en el extremo
Y en la dificultad está la gloria).

9 En el Ms. O. no existe la *y*.—10 O., fué... pero baste

AUDALLA.

Mas antes será bien que se prosiga,
Que con solo nombrar lo que no temes,
No queda descubierta tu fatiga.
¿Será bueno, Señor, que tú te quemes
Y por no descubrir *el* 1 fuego fiero
Huyas el agua, y *del* 2 dolor extremes?
Quien el peligro cierto ve *primero* 3,
Y 4 no busca remedio conveniente
Al daño que sospecha venidero,
Padecerá la pena justamente,
Arrepentido en vano de su falta,
Quedando para risa de la gente.
¿Fáltate juventud? ¿Poder te falta?
¿Ó *belicosa gente*, *la cual* 5 pueda
Romper al Montanés *la* 6 cerviz alta?
Presto verás volver la veloz rueda,
Y derribar fortuna de la cumbre,
Al que piensa tenella fija y queda;
Y si es (como *lo* 7 es) de su costumbre
Favorecer á *osados* 8, yo le mando
Al ciego Rey precisa servidumbre.
No vayas *tú* 9 sospechas dilatando,
Pues quien con prevención sus cosas rige,
Menos tiene después que estar llorando.
¿Dime *que* 10 te da pena?

1 M., al—2 M. y O., el—3 O., y ligero—4 En el Ms. O. no existe la *y*.—5 O., belicoso ejército que—6 O., de—7 En el Ms. M. no existe *lo*.—8 M., todos—9 M. y O., tus—10 M., quien

ALBOACÉN.

Ya 1 yo dije,
Que no tengo temor al Rey Cristiano,
Ni *la propincua* 2 pérdida me aflige;
Mas miro mi contrario tan cercano
Que *en* 3 cualquiera remedio que provea,
El fin de mi trabajo *será* 4 vano.
Un muro comunmente nos rodea
Á mí y al enemigo poderoso,
Que por ocultos términos pelea:
No me separa de él muralla ó foso,
Porque 5 los dos *en medio* 6 Zaragoza
Tenemos nuestras casas y reposo;
Mas antes es él solo quien *la* 7 goza,
Que *yo no la conozco ni* 8 pretendo 9.

AUDALLA.

No puede reposar la sangre moza;
Pero de tus razones comprehendo
Que temes de tus mismos ciudadanos,
Sus ciertas asechanzas entendiendo
Digo de tus vasallos los cristianos,

1 M., Y—2 O., aun la dudosa—3 M. y O. No existe el vocablo *en*.—4 O., será en—5 M., Al fin. En el Ms. O. no existe la palabra *porque*.—6 O., en la mitad de—7 M. y O., lo—8 O., no le hay para mí ni le—9 En el Ms. M. terminan las palabras de Alboacén con este verso más:

Ni puedo reposar la sangre moza.

En cambio Audalla comienza así:

De tus razones solas comprehendo.

Que en medio Zaragoza *los* 1 permites
Vivir y celebrar sus ritos vanos.
No sé quién te detiene que no quites
Un abuso tan grande de tu tierra,
Y que preciso tiempo les *limites* 2:
Ni sé quién es tan bárbaro que *encierra* 3
Los lobos *y* 4 ganado juntamente,
Siendo tan diferentes paz y guerra,
Y no por ser pacífica tu gente;
Pero puesto, Señor 5, que se recela,
No se *puede* 6 librar tan fácilmente.
Esta 7 canalla *torpe* 8 siempre vela,
Y con humildes hábitos y gesto
Á *la secreta guerra* 9 dan espuela.
Con 10 justa causa temes, *Señor* 11, esto,
Pues entre tus ocultos enemigos
(Ocultos, antes claros) 12 estás puesto.
Aquí los tienes *puestos* 13 por testigos
De las cosas de guerra que preparas,
Que aún no deben sabellas los amigos:
¿Y gente dobladiza de dos caras,
Es bien que te descubra tus secretos,
Y nuestras asechanzas haga claras?
En vano pensarás tener quïetos,
Aunque gocen riquezas infinitas,
Á los que llevan nombre de sujetos.
Es muy bueno, Señor, que les permitas
Ese templo que llaman de María,

1 O., les—2 M., permites—3 M. y O., cierra—4 O., y él—5 O., Se descuida más bien—6 O., podrá—7 O., Que esta—8 O., adversa—9 O., secretas venganzas—10 O., Y así con—11 En el Ms. O. no existe *Señor*.—12 O., Ocultos? antes claros—13 M., dentro

En medio de tus Baños y *Mezquitas* [1],
En [2] donde se celebran cada día
Los sacrificios de éstos, *y* [3] sus *cantos* [4],
Con [5] música solemne y *harmonía* [6],
Y digan que su templo sobre cuantos
Celebran los cristianos fué primero,
Fundado por los Ángeles y *Santos* [7],
Y tienen por negocio verdadero
Que vino aquí la Virgen siendo viva,
Y pisó las riberas del Hibero.
Á la soberbia de éstos excesiva,
Juntándose la fe que tienen de esto,
Mira si la cerviz tendrán altiva.
El simulacro, pues, que tienen puesto
Encima la columna venerada,
Nos muestra lo que digo manifiesto;
Y tienen ya por cosa averiguada,
Que si permaneciere su firmeza,
España podrá ser recuperada.
No *creyeron* [8] jamás con tal simpleza
En el palacio bulto los troyanos,
Mostrando contra griegos [9] fortaleza,
Cuanto tienen por cierto los cristianos
Poder con el amparo de su templo
Quitarnos las victorias de las manos;
Y dicen *(por probarlo con ejemplo)* [10]
Que no fué su parroquia jamás nuestra
(En cuya pretensión su fe contemplo) [11].

1 O., Mezquitas?—2 O., A—3 O., con—4 M., santos—5 O., De —6 O., harmonía?—7 O., Santos?—8 O., crecieron—9 O., Para vencer la griega—10 O., por probarlo con ejemplo—11 O., En cuya pretensión su fe contemplo.

Alza, pues, poderoso Rey la diestra,
Haciendo por castigo de su yerro,
De tu poder y su locura muestra:
Manda que cumplan luego su destierro;
(Qué digo desterrallos) 1, es muy leve,
No quede con la vida ningún perro.
¿Por ventura cualquiera no se atreve
A probar contra *nos* 2 su fuerza flaca?
Pues mira si la vida se *la* 3 debe
¿Sabes de su comercio qué se saca?
Vivir en nuestras casas con tal miedo
Como si las *tuviésemos* 4 en Jaca.
Quisiérate decir, pero no puedo,

(Hace el Rey un extremo, dando un suspiro) 5.

Que pues inclinas *tanto* 6 labio y ceja,
Veo que de tu gusto, Rey, excedo.
Esa 7 puerta que llaman la Cineja
(Cenizas otro tiempo) te da gritos,
Y en mi lugar lo justo te aconseja.
En ella fueron muertos infinitos,
Los cuales 8 ofendieron *á* 9 Daciano,
Burlando de sus dioses y 10 sus ritos.
Alza, pues, poderoso Rey, la mano.

ALBOACÉN.

Mas antes será bien atar la tuya,
Y defender con éstas al Cristiano.

1 O., Qué digo desterrarlos?—2 O., vos—3 M., les—4 O., tuviéramos—5 La indicación no existe en el Ms. O.—6 O., tanto el —7 O., Pues la—8 O., Que—9 O., al célebre—10 O., De sus dioses burlando y de

Primero Dios, que puede, me destruya,
Que yo deje de ser con ellos pío,
Por ellos no, mas es por cosa tuya;
Que menos es perder mi señorío
Que tu gracia, *Cristiana* [1], por quien vengo
Á no poder gozar del albedrío:
¿Mas cómo perderé lo que no tengo,
Si sólo con soñadas esperanzas
La vida para males entretengo?
Isabela, cruel, cruel alcanzas [2]
Estado tan altivo, que si quieres
En mí puedes hacer cien mil mudanzas:
¡Y tú la más cruel de las mujeres
Correspondes tan mal á mis servicios!
No sé por qué, ¿por qué? por ser quien eres.
Probete á conquistar con beneficios,
También con amenazas; pero fueron
Fabricar en los aires edificios.
Ni mis largas promesas te movieron
(Que suelen ablandar á la más casta) [3],
Ni miedo mis castigos te pusieron;
Y pues á persuadirte *nadie* [4] basta,
Ahora con engaños me pertrecho
(Moneda que en el mundo más se gasta) [5],
Este fiero pregón habemos hecho
Por ver si con el daño de tu gente
En algo rendirás *el* [6] duro pecho.

1 O., ¡oh Cristiana!—2 En el Ms. O. léese á continuación de aquel verso esta indicación: *(Aparte todo.)*—3 En el Ms. O. no hay paréntesis.—4 O., nada—5 En el Ms. O. no se ve paréntesis.—6 M., tu

AUDALLA.

Bastaba mi sospecha solamente;
Pero ya *descubierta* 1, Señor, veo
La causa de tus daños evidente.
No busques más excusa ni rodeo,
Pues es cosa de Reyes tan ajena
Aprobar por hermoso lo que es feo.
Y pues tú con vergüenza de tu pena
(Por ser baja la causa) 2 la callabas,
Esa misma vergüenza *te condena.*
¿Son esas las bravezas que mostrabas
En tu niñez gallarda por ventura?
¿Á cosas 3 semejantes aspirabas?
Cual suele parecer en noche obscura
Prodigioso cometa, prometiendo
De Reyes *ó* 4 Monarcas desventura,
Que con admiración su forma viendo
Los ojos en las nubes enclavados,
Estamos sus efectos inquiriendo,
Por ver si los planetas indignados
Influyen sobre nos su triste 5 suerte,
Y nos dejan del daño preservados,
Así también á tí (que tras la muerte
De tu padre sucedes en su silla) 6,

1 O., descubierto—2 El Ms. O. no lleva paréntesis.

3 O. ..... que mostrabas
En tu niñez gallarda: por ventura
Á empresas.....

4 O., y—5 O., Nos influyen su misma infausta—6 El Ms. O. no lleva paréntesis.

Todos alzan los ojos para verte.
Mirámoste, Señor, con maravilla,
Milagros de tus obras esperando,
Los moros de Aragón y de Castilla.
Pensábamos que estabas *afilando* 1
Cuchillo riguroso de venganza,
Á tus predecesores imitando,
Y tú, tan al revés de *la* 2 esperanza,
Ocupas tus altivos pensamientos
En lo que quien no quiere no lo alcanza.
Una mujer revoca tus intentos,
Teniendo mil ejemplos en las manos,
De casos miserables y *sangrientos* 3:
Helena, pestilencia de troyanos;
Cleopatra, verdugo *fué de* 4 Roma;
La Cava, perdición de los hispanos.
En *éstos* 5, pues, ejemplo *claro* 6 toma;
Y si *quieres* 7 domar á tus vasallos,
Á tí mismo, Señor, primero doma.
Como 8 que con un freno los caballos
Más *furiosos* 9 se *rigen* 10, y no pueda
La razón á los hombres *gobernallos* 11,
¡Pretendemos al sol torcer *su* 12 rueda,
Y nuestra voluntad, que es propia nuestra,
No podremos tenella *fija y queda!* 13.
Que la necesidad, común maestra,
Un modo conveniente de la vida
Á *los animalejos simples* 14 muestra:

1 M., afligido—2 O., tu—3 O., sangrientos?—4 M. y O., para —5 M., éstas—6 O., ahora—7 M., quisieres—8 O., Como?—9 M., fieros—10 O., rijan—11 O., gobernarlos?—12 O., la—13 O., fría y queda?—14 O., las más simples avecillas

El uno [1] pide al dueño la comida
Con extranjera voz; *el otro* [2] tiene
Su casa de manjares proveída;
¡Y nosotros, con ver que nos conviene,
No sólo convenir, mas es preciso
Que para una república se ordene,
Huímos ciegamente del aviso,
Siguiendo el apetito que nos llama
Tras glorias de un soñado *paraíso!* [3].
Vuelve, vuelve los ojos á *tu* [4] fama;
Mira que soy tu siervo, que soy viejo,
Y por el consiguiente quien te ama:
Admite mis razones y consejo,
Y ten á tus abuelos valerosos
Para mirar *sus* [5] obras por espejo:
Si quieres pasatiempos amorosos
(Que no me admiro de esto, por ser cosa
Común á los mancebos orgullosos),
¿Ha te de faltar mora más hermosa,
Más afable, discreta *ni* [6] hidalga
Que esa perra cristiana rigurosa?

ALBOACÉN.

Tú quieres que *tu Rey de seso* [7] salga:
¿Dí, blasfemo, tenemos en el suelo,
Ni en el cielo tampoco, quien más valga?

AUDALLA.

Á no tener de tu pesar recelo,

1 O., Aquélla—2 O., y la otra—3 O., Paraíso?—4 O., la—5 M. y O., tus—6 M. y O., más—7 M., de seso tu Rey

Dijera; pero temo...

ALBOACÉN.

¿Qué?

AUDALLA.

No sea
Mi daño.

ALBOACÉN.

No será: dilo.

AUDALLA.

Direlo.
Direlo, y ya que á mí no [1] se me crea,
Esta carta *verás* [2].

ALBOACÉN.

¿Cuya *es?* [3].

AUDALLA.

De un hombre
Que no menos que yo tu bien desea.

ALBOACÉN.

¿Quién es?

AUDALLA.

Es un [4] cristiano.

ALBOACÉN.

¿Tiene nombre?

1 M. y O., Pero porque primero—2 O., leerás *(dala)*.—3 En el Ms. M. no está la palabra *es*.—4 O., Él es

AUDALLA.

Sí tiene [1]; mas *por* [2] ser amigo tuyo
Es bien que claramente no se nombre.

ALBOACÉN.

Pues no me precio yo de serlo suyo,
Que siempre de traidores á sus Reyes,
Y más de los que son secretos, huyo.

AUDALLA.

¿Guardarás esa ley?

ALBOACÉN.

¿Pues no? Las leyes
Igual hacen al rico y al que labra
La tierra con el yugo tras los bueyes.

AUDALLA.

Léela si te sirves.

ALBOACÉN.

No se abra
La carta, que de tí solo confío:
Mejor es que lo cuentes de palabra.

AUDALLA.

Oye, pues, brevemente, Señor mío,
De Muley Abenzayde la cautela,
Ó, por mejor decir, *el* [3] desvarío;

1 O., Tiénelo—2 O., que—3 O., al

Á tí *rompió* 1 la fe por Isabela;
Secretamente fué, pero ya *clara* 2,
Que la verdad el tiempo la revela.
Ni pienses que la dama le fué cara,
Pues en correspondencia del amante
La voluntad recíproca declara.
Pasaran 3 sus amores adelante
Por ser las voluntades tan iguales,
Que *es* 4 la de él á la de ella semejante,
Sino porque *á* 5 los lazos conyugales
Las leyes diferentes impedían,
Y el ser los deudos de ella principales.
Pues viendo 6 que casarse no podían,
Por no perder los dos el tiempo en vano,
Ó porque así los hados lo querían,
Determinó Muley de ser cristiano,
Y púsolo por obra, según cuenta
Esa carta que tienes en la mano.

ALBOACÉN.

¡Sufrir pueden los cielos tal afrenta! 7.
Yo juro, pues 8, por ellos que la mía
Haré que *con su daño* 9 Muley sienta.

AUDALLA.

Pues mira quien dejó tu Monarquía
Por un Alcaide tuyo fementido
Si renombre de perra merecía.

1 O., negô—2 M., aclara—3 O., Pasaron—4 En el Ms. M. no existe aquella palabra.—5 Ib.—6 O., Viendo, pues—7 En vez de los signos de admiración hay interrogantes en el Ms. O.—8 O., Pues yo juro—9 O., su dañado

ALBOACÉN.

Estoy de la maldad tan ofendido,
Que me faltan palabras suficientes,
El aliento, la lengua y el sentido;
Y porque más despacio me lo cuentes,
Á mi jardín nos vamos, al cual demos
De nuestros tristes ojos turbias fuentes,
Y la justa [1] venganza concertemos [2].

ESCENA II [3].

ISABELA.

Noche triste deseada
Para descansar los moros,
Á los cristianos pesada,
Pues con suspiros y lloros
Has de ser solemnizada.
Con justa causa la Luna
Esconde su blanca [4] cara,
Sin dar claridad alguna,
Por no mirar la fortuna
Que contra nos se [5] prepara.

1 O. Vámonos al jardín, y aunque le demos
Con el dolor de nuestros ojos fuentes,
En él nuestra.....

2 Léese esta indicación: *(vanse)*.

3 Las escenas II, III y IV constituyen la segunda escena solamente en el Ms. de Osuna, y los personajes que en ella intervienen se indican así á la cabeza: *Isabela y Ana, su hermana: sale Muley disfrazado ó incógnito.*

4 O., Descubre apenas la—5 O., Triste, que se nos

Tú, Ebro, que te apresuras
Con tus aguas enturbiadas
En cuyas *olas* 1 murmuras
Nuestras *glorias ya* 2 pasadas,
Y presentes desventuras;
Como cuando de trofeos
Sus aguas turbias y 3 fieras
Adornaron los caldeos,
Llorando por las riberas
Los ya vencidos hebreos;
Cuyos mudos instrumentos
En *sus* 4 árboles colgados,
Algunos 5 de sus *acentos* 6
Eran sólo frecuentados
De los importunos vientos:
Tales verás tus cristianos
En los nudosos cordeles
Puestas las cruzadas 7 manos,
Sujetos 8 á los infieles
Y bárbaros africanos;
Y también verás tu arena
De *colorados* 9 matices,
Que con abundante vena
Le darán nuestras cervices,
Y de cuerpos muertos llena.
Vuelve, pues, Padre clemente
Los ojos *á nos* 10, y mira
Del tirano Rey la ira,

1 O., ondas—2 O., victorias—3 O., De Israel, sus huestes—4 M., los—5 M. y O., Ayunos—6 O., alientos—7 O., Cruzadas por Dios las—8 O., Sujetas—9 O., los purpúreos—10 O., al pueblo

Y á tu perseguida gente
Lo que debe hacer 1 inspira;
Y también á mi Muley,
Que salió de su ciudad
Para confesar tu ley,
Confirma su voluntad
Y muda la de su Rey.
¡Ay, Muley, y quién creyera
Que el día de nuestras bodas
El de nuestra muerte fuera,
Que con las reliquias godas
Juntamente nos espera!
Vientos, si de mi pasión
Tenéis dolor, dadle parte
Á Muley, que en tal sazón 2
Está con el nuevo Marte
Don Pedro, Rey de Aragón.

ESCENA III.

ISABELA.—ANA.

ANA.

¿Hasta cuándo determinas
Estar, hermana, llorando?
Deja las quejas continas,
Pues al gozo 3 te avecinas
Que estábamos *deseando* 4.

1 O., Sanos consejos—2 O., Que quizá en esta ocasión
3 O. Ahora te afliges, cuando
Al suceso.....
4 O., deseando?

Abenzayde nuestro amigo
Llegó ya, como deseas.

ISABELA.

¿Qué dices, hermana?

ANA.

Digo:
Pero para que *lo* 1 creas,
Estará luego contigo;
Porque como me desvela
El peligro de tu vida,
Estuve cual 2 centinela
Esperando su venida,
Y el contento de Isabela.

ISABELA.

¿Vendrá?

ANA.

Si le das licencia.

ISABELA.

Él la tiene ya por 3 cierto.

ESCENA IV.

ISABELA.—ANA.—MULEY.

MULEY.

Á lo menos 4 no paciencia 5
De estar, Señora, *cubierto* 6

1 O., me—2 O., Estar quise en—3 O., Que ya la tiene es muy —4 O., Sí, pero ya—5 O., *(descúbrese)*.—6 O., encubierto

Delante de [1] tu presencia;
Y pues que mi gloria eres,
Suplícote que *me* [2] des
Tus blancas [3] manos: no *quieres* [4],
Pues no me niegues los pies [5].

ISABELA.

Ni pies *ni* [6] manos esperes.

ANA.

¿Á Muley *piensas* [7] negarlas?

ISABELA.

¿Y tú defiendes su parte?

ANA.

Al fin huyo de rogarte.

ISABELA.

No las dí para besarlas,
Sino para levantarte.
¿Pues Muley?

MULEY.

Nadie me nombre,
Porque ya no soy [8] Muley.

ISABELA.

¿Pues quién eres?

1 O., Ni un momento en—2 O., la—3 O., En esas—4 O., quieres?—5 O., *(va á besarlos)*.—6 M., 6—7 M., pienso—8 O., (Porque ya lo soy). En el Ms. M. léese también *lo* en vez de *no*.

MULEY.

Soy *un* 1 hombre,
Á quien da la nueva ley
Nuevo sér y nuevo nombre.
Muley fuí, Lupercio vengo,
Cristiano tan verdadero,
Que sólo de Muley tengo
Serte fiel como primero,
Y 2 en lo demás *desconvengo* 3.
En Monte-Aragón nací
Con el agua del bautismo
Que de Cristo recibí
Por mano del Abad mismo
Que tiene su silla allí.
Enseñóme 4 vuestra ley
De la suerte que la enseña 5
El de San Juan de la Peña:
Fueron padrinos el Rey,
Otro Monje y una Dueña.

ISABELA.

En extremo me consuela
Ver *que respondes* 6 por tí.

MULEY.

También me consuela á mí
Hallarte tal, Isabela,
Como cuando me partí.

1 M., no existe la palabra *un*.—2 O., no existe la conjunción *y*.—3 O., no convengo.—4 M., Y enseñóme—5 O., (Aunque ella misma se enseña).—En el Ms. M. léese también *se* en vez de *la*.—6 O., cuán bien vuelves

ISABELA.

¡Ay, dolor!

MULEY.

¿*De* 1 qué suspiras?
¿*Por ventura ya* 2 te pesa
De *la jurada* 3 promesa
Ahora que el plazo miras
Que se *cumple con tal* 4 priesa?
¿Y viendo que soy cristiano,
Y que ya te falta excusa
Con estar el hecho llano,
Estás pensando confusa
Cómo retirar la mano?
Y si como me tuviste
Me tienes en tu memoria,
¿Por qué con agüero triste
Interrumpes esa 5 gloria,
Y tales suspiros diste?

ISABELA.

No tengas miedo, Muley
(Lupercio quise decir),
Que, pues tienes ya mi ley,
Te deje yo de seguir
Contra la furia del Rey.
Mudanza de mí no creas
(Si ya no mueren las almas) 6,

1 O., ¿Por—2 O., ¿Es triste porque—3 O., aquella tu gran—4 O., ha cumplido con—5 O., Me interrumpes tanta—6 O. (*No existe paréntesis.*)

Entre tanto que no veas
En las cumbres Pirineas
Cedros, naranjos y palmas;
Pero no quiero poner
Tiempo para mi mudanza,
Pues que *ni la* [1] puede haber,
Ni ocasión para *perder* [2]
Un punto de tu esperanza:
Que, puesto caso que fuese
Posible lo que decía,
Para mí no lo sería
Mudarme, ni que torciese
Un punto de la fe mía;
Pero sabe que la causa
Del dolor que manifiesto...

MULEY.

No te turbes, *dila* [3] presto.

ISABELA.

Es el Rey el que *la* [4] causa,
Rey tirano [5], Rey molesto.
No sé por cuál novedad
Mandó pregonar el Rey,
Que con *suma* [6] brevedad

1 M., no lo—2 M. y O., torcer—3 O., dilo—4 M., lo

5 O. MULEY.

Rey tirano.

ISABELA.

Rey molesto, etc.

6 O., grande

Desampare su ciudad
La gente de nuestra ley.
Dícese que nos destierra,
Porque es *grande* 1 inconveniente
Para la futura guerra
Vivir dentro de su tierra
Nuestra miserable gente,
Y que usando de clemencia
Las vidas quiera dejarnos:
Yo temo que es apariencia
Para mejor descuidarnos,
Y *darnos* 2 cruda sentencia.
Concurren muchas razones
Que dan de esto certidumbre.

MULEY.

Bástanme las 3 que propones.

ISABELA.

Y tras *éstas* 4 la costumbre
De tales persecuciones.

MULEY.

¿Será posible?

ISABELA.

Seralo.
Mira si debo sentir
Más dolor del que señalo.

MULEY.

¡Que tal se pueda sufrir!

1 M., gran—2 O., dar más—3 O., Bástame la—4 O., ésta

ANA.

¿Y no hay *algún* [1] intervalo?

ISABELA.

Sí lo *hay* [2], y aun en mi mano;
Pero nunca Dios lo quiera,
Porque es amar al tirano
Y vale más que yo muera.

MULEY.

Ó yo, que soy quien más gano.

ISABELA.

Que no temo yo la muerte
Donde la gloria se gana,
Ni tendré por menor suerte
Que la virgen Lusitana
Hallar [3] al tirano fuerte.

MULEY.

No temas, pues, que yo creo
Que tendrá remedio todo.

ISABELA.

Remedio ninguno veo.

MULEY.

Yo sí, que tu bien deseo;
Oye.

1 O., ningún—2 O., habrá—3 M., Hallará

ISABELA.

¿Dime de qué modo? 1.

MULEY.

Ya sabes que el Rey me ama,
Y lo que de mí confía.

ISABELA.

Sé que confiar solía;
Pero si *llegó* 2 la fama
Del 3 bautismo...

MULEY.

No podía.
Yo *le pintaré* 4 delante
Una gran dificultad,
Tan eficaz y 5 bastante
Que mude su voluntad,
Si bien fuese de diamante.
Hay aparente razón,
Que si ahora nos destierra 6
Declara *la prevención* 7
Los discursos de la guerra,
Y en efecto su intención.

1 O. *(No hay interrogación.)*—2 O., le dijo—3 O., Tu—4 O., te pondré por—5 O., Eficaz ó tan

6 O.

ISABELA.

¿Y hay aparente razón?

MULEY.

Sí, que si ahora nos destierra, etc.

7 O., su pretensión

BIBLIOTECA LEON

Direle 1 que se suspenda
El riguroso castigo,
Porque *con él no se* 2 ofenda,
Y haga 3 que el enemigo
Sus designios 4 comprenda;
Y que al Rey Don Pedro pida
Paz, y le prometa parias,
Y *debajo* 5 paz fingida,
De las cosas necesarias
Haga prevención cumplida.
El Rey Don Pedro ya queda
De estas cosas *prevenido* 6
Para que la paz conceda,
Y *debajo de* 7 partido
Junte la gente que pueda;
Y procuraré también
Que todos los de esta tierra
(Digo, cristianos) estén
Prevenidos *para* 8 guerra
Cuando la *seña* 9 les den;
Y cuando Alboacén tirano
Niegue, como negar piensa,
Las parias al Rey cristiano,
Mira si con tal ofensa
Tenemos el hecho llano.

ISABELA.

El Rey de Aragón parece
Que no cumple con 10 quien es,

1 M., Y diréle—2 O., asimismo no—3 O., Haciendo—4 O., no —5 O., bajo de—6 M., advertido—7 O., al color de este—8 O., á la —9 M., señal—10 O., No cumple como

Aunque la guerra no empiece,
Pues que las paces ofrece
Para romperlas después.

MULEY.

El astuto cazador
Guarda semejante traza:
Vístese de la color
Que menos teme la caza
Para *cazarla* [1] mejor.

ISABELA.

Mil inconvenientes veo
Que pueden atravesarse.

MULEY.

Pues yo lo *contrario* [2] creo.

ANA.

Tarde vemos un deseo
De su mal desengañarse.

MULEY.

Y cuando todo no baste,
Amigos tengo yo tales
Y deudos tan principales,
Que pueden hacer contraste
A los preceptos reales.

ANA.

La plática se concluya,

1 O., prenderla—2 M., contino

Porque ya la luz del día
Sojuzga la noche fría.

MULEY.

Él manifiesta la suya
Envidioso de la mía [1].
Yo me voy; pero primero...

ISABELA.

Para mañana te *emplazo* [2],
Y en este lugar *te* [3] espero.

MULEY.

Querría...

ISABELA.

¿Qué quieres?

MULEY.

Quiero
Que me *dieses* [4] un abrazo.

ISABELA.

¿Abrazo?

ANA.

¿Qué duda pones?

ISABELA.

Para mejor ocasión.

1 O. y M.—(Aquí terminan las palabras de Muley, y el verso siguiente es el primero de los que pronuncia Isabela.)—2 O., aplazo —3 En el Ms. M. no existe el vocablo *te*.—4 O., des sólo

MULEY.

¡Que no *pueda la aflicción* 1
Quitarte con ocasiones
La rienda 2 de la razón!

ISABELA.

Quítanmela tus querellas.

ANA.

Al fin vence quien porfía.

MULEY.

Adiós, hermosas doncellas 3;
Pues es muy 4 propio del día
Escondernos las estrellas 5.

ESCENA V.

AUDALLA.

¿Hay género de gente más odiosa,
Ó monstruo por ventura más horrendo,
Que *los que vituperan una* 6 cosa,
La cual 7 á toda furia *van* 8 *siguiendo* 9,
Y *llenos* 10 de apariencia mentirosa
Los defectos ajenos reprendiendo?

1 M. y O., puede la afición—2 O., Las riendas—3 O. *(Vanse)*.—4 O., Que siempre es—5 O. *(Vanse detrás)*.—6 O., el que condena aquella misma—7 O., Que el mismo—8 M. y O., va—9 O., siguiendo?—10 O., lleno

¿Intentan 1 de dar *leyes á los hombres* 2,
Sólo 3 por dilatar su fama y *nombres?* 4.
Si yo con las heladas del invierno,
Ceñido de vejez, del todo cano,
Sigo la vanidad con que discierno
Ser extremo del mal un viejo vano,
¿Por qué pienso templar de un mozo tierno,
En medio los ardores del verano,
Los amorosos fuegos y sus bríos,
No sabiendo templar los propios míos?
¿Por qué quiero templarlo? Porque es justo
Que por sus apetitos no se siga,
Ni *por decir soy mozo, Rey* 5, robusto,
Que la virtud á todos nos obliga:
¿Pero si vitupero de su gusto,
Por qué tiendo las alas en su liga?
Esto con gran razón decir podría,
Mas antes con razón llorar debría.
¿Audalla desdichado, qué pretendes?
¿No ves que tras los vicios te despeñas?
¿Si los efectos del amor 6 entiendes,
Y remedios tan fáciles enseñas,
Por qué de su poder no te defiendes?
¿Qué son de las palabras zahareñas
Con que dabas al Rey consejos vanos,
Y tantas medicinas en las manos?
Carecen 7 ya mis yerros de disculpa:
Cualquiera de estas cosas me la quita,

1 O., ¿Intenta—2 O., ley al mundo un hombre—3 O., Vano—4 O., nombre?—5 O., perdería, soy Rey mozo—6 O., no—7 O., Crecen

Y á todos el ejemplo de mi culpa
El camino del vicio facilita;
Que cuando quien los hombres torpes culpa,
Sabemos que ese mismo *les* 1 imita,
Entonces la maldad autorizada
Con fácil ocasión es tolerada.
Ya llegas, desengaño de amor, tarde,
Y es fuerza que este fuego me deshaga,
Que cuando en los maderos secos arde,
Hasta ver las cenizas no se apaga:
No es justo, pues, que muera por cobarde;
Apliquemos remedios á la llaga:
Veamos, Isabela, de qué suerte
Nos llevas en las manos de la muerte.
Mayor *pasión* 2 de amor que el Rey *os tengo* 3;
Porque si de Albenzayde celos tiene,
Los mismos celos yo *de* 4 los dos tengo
Y doblada defensa me conviene;
Por el *mismo camino* 5 que ellos vengo:
Hay esta diferencia, que aquél viene
Con favores; el Rey con esperanza,
Si no de ser amado, de venganza.
Yo vengo solamente sin reparo:
Para sufrir *tus* 6 tiros, Isabela,
En mí tienes el blanco muy más claro,
Y contra mí tu flecha *mejor* 7 vuela;
Pero si yo mi pecho no declaro,
En tanto que de mí no se recela,
Del Rey podré mirar la saña fiera

1 O., los—2 M. y O., peso—3 M. y O., sostengo—4 O., que—5 M., camino mesmo—6 O., los—7 O., mayor

Que contra su rival Muley *se* [1] espera.
Cual toro que de lejos ve que asoma
El *toro* [2] que á su vaca también ama,
De cuya vista *nueva furia* [3] toma,
Y con celosa voz gimiendo brama,
Y *ya su* [4] pastor mismo que los *doma* [5],
Elige de algún árbol gruesa rama
Para ver la batalla temeroso
Del animal feroz y más celoso:
No menos el colérico Rey moro
Contra su rival fiero se embravece,
Que ya no le refrena su decoro
Ni *mis* [6] sanos consejos obedece.
Con estas diferencias yo mejoro
Si fortuna tras ellos favorece;
Y pues determinado *voy* [7], arrojo
El *pecho* [8] al agua y el temor recojo [9].

ESCENA VI [10].

ISABELA.—ALADÍN.

ISABELA.

Pararon mis sospechas en lo cierto,
Que el Rey mandó *prendello* [11] con tal ira,
Ya debe según eso de ser muerto.
¿El sol por qué se muestra si tal mira?

1 O., no existe la palabra *se*.—2 M. y O., otro—3 M., furia nueva; O., fuerza—4 O., el—5 O., guarda y doma—6 O., más—7 O., estoy—8 M., peso—9 O. *(Vase.)*—10 O. Acto segundo. Escena primera.—11 O., prenderle

ALADÍN.

Apenas á decir, Señora, acierto,
Según la *lengua* 1 al llanto se retira,
El lamentable caso, caso triste 2.
Injusto Rey, ¡oh Rey, que tal hiciste!
Por gran favor me llevan donde estaba
(No te sabré decir con cuánta pena),
En una cárcel honda, que mostraba
Estar de venenosas sierpes llena,
Á cuya *gran fiereza* 3 acompañaba
El ronco murmurar de *la* 4 cadena,
Injusto peso que Muley sostiene,
La garganta del cual ceñida tiene.
Á la pequeña lumbre de una vela,
Apenas *pude velle* 5 bien la cara;
Dijo: sepa mis males Isabela.

ISABELA.

¡Pluguiera á Dios que sola los pasara!

ALADÍN.

Y tú como supieres la consuela,
También dijera más si no llegara
El crudo carcelero con voz fiera,
Mandándome salir al punto fuera.

(*Aquí cae Isabela desmayada.*)

¡Ah, Señora, Señora, qué congoja

1 M., voz—2 En el Ms. O. el siguiente verso lo dice Isabela, y al otro continúa Aladín.—3 M., soledad—4 O., una—5 O., puede verle

Te priva de color y de sentido!
No te muestres *por Dios ahora* [1] floja:
¿Qué debo hacer? ¡Ay triste! soy perdido.
Este fiero desmayo no se afloja,
Y si pido socorro soy sentido;
Pero pues viene ya su hermana *bella* [2],
Á mí podrá librarme y socorrella [3].

ESCENA VII [4].

ISABELA.—ALADÍN.—ANA.

ANA.

Aladín, no te pares: *vete* [5] presto,
Que vienen nuestros padres.

ALADÍN.

¿Por qué parte
Puedo salir?

ANA.

Por ésta [6]. Tú con esto
No quieras, Isabela [7], declararte:
Aserena [8] por Dios el claro gesto,
Que vienen nuestros padres á buscarte,
Y los demás cristianos desdichados,
Al preciso destierro condenados.
Tenemos nuestra casa rodeada,

1 M., ahora por Dios—2 M. y O., ella—3 M. *(Desmáyase Isabela en brazos de Aladín y entra Doña Ana á socorrella.)*—4 O. Escena segunda. Sale Ana.—5 M., vente—6 O. *(Vase Aladín.)*—7 M., Isabela, no quieras—8 O., Y serena

Y dentro que no cabe toda llena
De la devota gente bautizada,
Á quien el Rey sin ocasión condena.
Oye la ronca voz desentonada,
Que formada de tantas así suena:
Escucha por ventura si conoces
De tus padres también las tristes voces.
Un lloroso tropel de viejos canos,
Á quien muchas mujeres van siguiendo,
Hiere con triste son los aires vanos,
Á Dios perdón, y á tí piedad pidiendo.
Estos 1 llevan los niños de las manos,
Aquéllas á los pechos, reprimiendo
Las inocentes voces, que con lloro
Muestran *también temor del fiero* 2 moro.

ISABELA.

¿Y sabes qué pretenden de mí?

ANA.

Creo
Que saben los amores del tirano.
Pero ya *nuestra gente* 3 venir veo,
Y por su capitán mi padre cano 4.
Yo me junto con ellos, *pues* 5 deseo
6 Alcanzar el remedio de tu mano:
Y puesto que mis ruegos valgan poco,
Entre los suplicantes me coloco 7.

1 O., Ellos—2 O., tener también temor del—3 O., con mi padre
4 O. En busca tuya el escuadrón cristiano.
5 M., con—6 M., De—7 O. *(Vase.)*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I [1].

LAMBERTO.—ENGRACIA.—ISABELA.—ANA.—UN VIEJO y turba de hombres, mujeres y niños cristianos.

LAMBERTO.

¡Oh virgen generosa, de quien pende
El bien común, y público reposo!
(Hija diré mejor) [2] si cual entiende
El vulgo, soy tu padre venturoso;
Si mi cansada vida no te ofende,
Ni tienes este nombre por odioso,
Óyeme, si cual padre no, *cual* [3] hombre
Que tiene de cristiano *ley y* [4] nombre.

ISABELA.

¡Oh *padres* [5], á quien debo reverencia!
¡Oh santa perseguida compañía!
Postrada, sin razón, en mi presencia,
Espectáculo triste de este día,

1 O. Escena tercera del acto segundo.—Salen Lamberto, Engracia, Ana, un viejo y una turba de cristianos.—2 O. *(No existe el paréntesis.)*—3 O., como á—4 O., el sér y el—5 M., padre

¿De qué manera puedo dar audiencia,
Ni quien seso tuviese la daría,
Viendo vuestros aspectos venerados
Á mis indignos pies así postrados?
Las rodillas alzad del duro suelo,
Ó revolved los ojos hechos ríos
Al sumo Plasmador de tierra y cielo,
Y dirigid allá los votos píos;
Y pues que mis entrañas no son hielo,
Ni los Hircanos tigres padres míos,
Probad á conquistar otra dureza
Con estos aparatos de tristeza;
Que *yo sin* [1] espectáculo presente,
Cuando fuese mi muerte necesaria,
Padeceré [2] las penas obediente;
Obediente, ¿qué dije? voluntaria;
Y por el bien común de nuestra gente,
Y daño de la pérfida contraria,
Una muerte, mil muertes, y si puedo,
Muchas más pasaré sin algún miedo.

LAMBERTO.

Pues oye. Bien sabemos cuán rendido
En amorosas llamas al Rey tienes,
Y cuán desesperado y ofendido
Con tus castas repulsas y desdenes;
Pero si *tú con un amor* [3] fingido
Sus locos pensamientos entretienes,
Y cebas la esperanza lisonjera,
Al yugo volverá la cerviz fiera.

1 O., sin el—2 O., Padeciera—3 M. y O., con amor, amor

Así que con hacer lo que te digo,
Queda la voluntad del Rey por tuya:
Harás 1 que no prosiga su castigo,
Ni de la dulce patria nos excluya.
Puedes así vencer *al* 2 enemigo,
Ó darnos ocasión que se atribuya
Á sola tu dureza nuestra pena,
Y *digan* 3: Isabela nos condena.
Y, por consiguiente 4, si procuras
El bien universal (como lo creo) 5,
Y nuestras posesiones aseguras
(Cual la santa Judith al pueblo hebreo) 6,
Tu nombre librarán las escrituras
(Malgrado de las aguas del Leteo),
Del fugitivo tiempo carcomido,
Amigo de la envidia y del olvido.
¿Ahora mira, pues, cuál nombre quieres?
Ser madre de tus padres y tu gente
(Que tal nombre te cuadra, si nos dieres
Remedio como puedes suficiente),
Ó ser la más cruel de las mujeres,
Y con tus mismos padres inclemente:
En una de estas cosas te resuelve,
Condénanos, ó luego nos absuelve.
Al Rey por cierto tiempo fingir puedes
Precisa castidad tener votada,
Y que cuando del voto libre quedes,
La prenda le darás tan deseada.
En este medio tiende astutas redes,

1 O., Hará—2 M., el—3 O., digan que—4 O., También, por el contrario—5 y 6 En el Ms. O. no existe el paréntesis.

Suspiros, *llantos* 1, vista regalada,
Palabras tiernas, cebo de estas cosas,
Y 2 lágrimas, si *puedes* 3, amorosas.
Suspenderás del Rey la furia loca
Con estas apariencias, Isabela,
Volviendo con el aire de tu boca
Á todas partes su movible vela:
Así nuestra sentencia se revoca,
Así puede fingirse la cautela,
Y nosotros también en este medio
Seguros aprestar nuestro remedio.
No salga sin efecto nuestro lloro,
Ni áspide cruel en esto seas;
Así la Majestad del sumo coro
Disponga de tus cosas cual 4 deseas,
Y tus cabellos, émulos del oro,
En *blancas* 5 canas convertidos veas,
Después de largos años venerada,
De hijos y *de nietos* 6 rodeada.
¿Por qué razón te turbas y suspiras?
¿Tan duro te parece lo que pido?
Con una risa falsa y dos mentiras
Tienes 7 este negocio concluído.
Por estas tristes lágrimas que miras,
Por este viejo *cano y* 8 afligido,
Por esta triste *madre* 9 te conjuro,
No muestres á mis ruegos pecho duro.
Si ver la perdición de los cristianos

1 M. y O., Suspiros lentos—2 En el Ms. O. no se lee la conjunción.—3 O., pudieres—4 O., En tí disponga como tú—5 M., blandas—6 O., bisnietos—7 O., Tendrás—8 O., mísero—9 M., vieja

No basta (que bastar *sólo* 1 *debía*) 2
Ni la muerte cruel de tus hermanos,
La de tu vieja madre, ni la mía,
Por el que *puesto en* 3 cruz las santas manos,
Hijo del Padre Eterno y de María,
Te conjuro, te ruego, pido y mando
Que muestres á mis ruegos pecho blando.

ENGRACIA.

Hija, (¿qué digo?) lumbre de estos ojos,
Que como tú les *faltes* 4 son ya ciegos,
Y 5 un tiempo suspensión de mis enojos,
Inexorable *ya* 6 para mis ruegos,
Y yo satisfacción de tus antojos,
En tu niñez *y vagamundos* 7 juegos,
Y 8 *en* 9 más crecida edad con mil arreos
Complacencia también de tus deseos,
¿Por qué dilatas tanto la respuesta?
¿Aguardas por ventura que te pida,
Besándote los pies y descompuesta,
Merced á voces de mi corta vida?
¿Ó gustas de mirar ante tí puesta
Esta mísera gente perseguida?
¿Dí, qué solemnidad del pueblo quieres,
Que tanto la respuesta nos difieres?
Por esos pocos años florecientes,
Y por la muchedumbre de los míos;
Por estos tristes ojos hechos fuentes,
¿Qué digo fuentes? caudalosos ríos,

1 M., sola—2 O., podía—3 M. y O., puso en la—4 M., faltas—5 No existe la conjunción en el Ms. O.—6 O., hija—7 O., en tus pueriles—8 No existe la conjunción en el Ms. M.—9 O., con

Te ruego yo, te ruegan tus parientes,
Que dejes las excusas y desvíos
Que contra nuestras justas peticiones,
Por ventura, recoges y compones.
Mira que si salimos de los muros
Por el segundo César fabricados,
Á 1 más que no saldremos muy seguros
De ser todos ó 2 muertos ó robados,
Porque jamás los bárbaros perjuros
Observan ley ni pactos concertados,
La sagrada ciudad queda desierta,
Y nuestra religión en ella muerta.
El templo de la Virgen *quedaría* 3,
Si no por los cimientos derribado,
Á lo menos con vicios cada día,
De los odiosos Moros profanado;
Y todo su tesoro *se daría* 4
En *manos* 5 del sacrílego malvado,
Reliquias y devotos simulacros,
Todos los ornamentos al fin sacros;
El cual, prevaricándoles el uso,
Osará coronar su torpe frente
De 6 la corona que á la Virgen puso
(Digo, á su Imagen) la devota gente;
Y con introducción de tal abuso,
Trocadas en oficio diferente,
Servirán las casullas y frontales
De marlotas al fin ó cosas tales.
Harán de las *dalmáticas* 7 jaeces

1 M. y O., De—2 M., De ser todos ó; O., De ser atados ó—3 O., se vería—4 O., quedaría—5 M., mano—6 O., Con—7 M., almáticas

Á los fieros caballos andaluces,
Con las borlas pendientes, que mil veces
Acompañaron Clérigos y 1 luces;
Y para refirmar los pies soeces
El oro servirá de nuestras 2 cruces,
Haciendo de él labradas 3 estriberas
Quizá *con* 4 las historias verdaderas.
Pero dejando aparte los tesoros,
Y las vidas por Dios bien empleadas,
Vuelve á *mirar* 5 ahora *nuevos* 6 lloros
De las míseras madres lastimadas,
Que dejan sus hijuelos á los moros.
Y por el consiguiente condenadas
Sus almas, pues serán de su ley misma,
Haciéndoles dejar *la sacra* 7 Crisma.
¿Será posible, pues, que tú permitas,
Con daño de los tuyos infelices,
Que *solas* 8 permanezcan las mezquitas,
Y que sus ignominias autorices?
Tú, tú, de la ciudad sagrada quitas
La religión cristiana *y* 9 *sus* 10 raíces;
Tu dura pertinacia nos destierra,
Y no la del tirano de la tierra.

ISABELA.

No más, no más, *queridos* 11 padres, basta,
Si no queréis sin vida verme luego,
Que donde la razón así contrasta,

1 O., Fueron de ornato en las sacras—2 O., Del oro de los cálices y—3 O., Grabadas formarán sus—4 O., de—5 M., llorar—6 O., nuestros—7 O., el sacro—8 O., sólo—9 O., en—10 M., de—11 M. y O., amados

Poca necesidad hay de tal ruego.
Yo, pues, con intención sincera y casta,
Sólo *por procurar nuestro* 1 sosiego,
Al fiero Rey daré de amor señales
Fingidas 2, si fingirse pueden tales.

LAMBERTO.

La bendición de Dios omnipotente,
Y la nuestra también recibe ahora:
Tu nombre se dilate y acreciente
En *cuanto mira el cielo y el sol* 3 dora;
Y si es de creer que alguna gente
Debajo del ignoto Polo mora,
Allá 4 tus alabanzas se dilaten
Y con admiración todos las traten 5.

ENGRACIA.

Estos maternos brazos lo primero
Recibe por señal de lo que siento;
Sirvante 6 de collar, bien *cual* 7 grosero,
Pero lleno de amor y de contento;
Que 8 en otro tiempo más felice espero
Con mayor aparato y ornamento
Mejorar estos dones, y tu cuello
Ceñirlo del metal de tu cabello.

VIEJO.

En tanto que el caudal *del Ebro* 9 vaya

1 M. y O., procuraré vuestro—2 M., Fingidos—3 O., todo cuanto el sol alumbra y; M., todo cuanto mira el sol y dora—4 O., allí —5 O., Y en tu loor las lenguas se desaten—6 M. y O., Y sirvan —7 M. y O., que—8 En los dos Mss. no existe *que*.—9 M. y O., ibero

Al poderoso mar Mediterráneo [1],
Y en el alto Moncayo nieves haya
(Nieves que por renombre le dan cano),
Y [2] en tanto que dividan y hagan raya
Entre el aragonés y el aquitano
Los altos y nevados Pirineos,
Donde tienen los nuestros sus trofeos,
Tus obras cantaremos excelentes,
Si bien á la desierta Libia vamos,
Ó bajo de la zona los ardientes
Y no sufribles rayos *padezcamos* [3],
Y nuestra sucesión y descendientes
Darán las mismas gracias que te damos
Los niños con *la* [4] lengua ternezuela
Repetirán el nombre de Isabela.

LAMBERTO.

No gastemos [5] el tiempo más en esto:
¿No veis que la tardanza dañar puede,
Y que según el Rey está dispuesto,
El caso dilaciones no concede?

ISABELA.

Dejadme sola, pues, porque más presto
Trazada mi intención astuta [6] quede,
Porque la soledad es aparejo
Y [7] verdadera madre del consejo.

1 O., Opuesto al sol y al mar Tirreno ufano—2 En el Ms. M. no existe la conjunción.—3 O., resistamos—4 O., su—5 O., Pues no gastemos más—6 O., Mi piadosa ficción trazada; M., Trazada mi facción astuta—7 O., aun

LAMBERTO.

El Espíritu Santo, pues, presida
En tus justos designios, Isabela,
Y los del enemigo *ahora* 1 impida
Con esta nuestra *lícita* 2 cautela.

ESCENA II 3.

ISABELA.

Cual suele de *los* 4 vientos combatida
En el soberbio mar hinchada vela,
Los cuales á gran furia la relevan,
Y con alternos soplos se la llevan;
El dudoso piloto no bien sabe
Á cuál de los dos vientos seguir *deba* 5:
Al uno vuelve ya la frágil nave,
Y luego de seguir al otro prueba,
Y en tanto que consulta el hecho grave,
Éste y aquél 6 á más andar la lleva,
Y sin determinarse llega á puerto,
Mucho más que el *dudoso* 7 mar incierto:
De tal manera *voy confusa el alma* 8
Á buscar 9 el remedio de mi 10 gente;
Por otra parte mi Muley me llama
De la triste *prisión* 11 con voz doliente:
¿Qué debe hacer quien ambas cosas ama?

1 M. y O., Rey—2 O., prôvida—3 O. Escena cuarta del acto segundo. Vanse todos y queda sola Isabela.—4 O., dos—5 O., pueda —6 O., Ya éste, ya aquél—7 O., furioso—8 O., triste yo en mi trama—9 O., Busco—10 O., pobre—11 M. y O., pasiòn

¿Á cuál ha de mostrarse más clemente?
¿Á quién *he* [1] de poner aquí delante,
Á la fe, *ó* [2] la patria, ó al amante?
Sin saber resolverme, voy confusa
Á los odiosos pies del Rey tirano,
Y con *adulación*, *como* [3] se usa,
Le tengo de besar la *fiera* [4] mano;
Juntamente buscar bastante *excusa* [5]
De refrenar su ciego amor profano.
Incierta voy de todo: Tú me guías,
Estrella de la mar, *dulce* [6] María.

ESCENA III [7].

ADULCE.—SELÍN.

ADULCE.

Tres veces os he visto, *verdes* [8] plantas,
De vuestras verdes hojas despojadas,
Tres veces descompuestas, y otras tantas
De flores y de frutas adornadas,
Después que la soberbia sobre cuantas
Han sido por hermosas celebradas,
Aja cruel, origen de mi pena,
Á mi dura cerviz puso cadena.
Dejé los altos muros de Valencia,
Ciudad con lo demás del reino mía,

1 M. y O., ha—2 M., y á; O., á—3 O., adulaciones, según—4 O., injusta—5 O., causa—6 O., digna—7 O. Escena tercera del acto segundo.—8 O., dulces

Huyendo la tirana competencia
Que contra mi poder prevalecía;
Y para castigar su resistencia,
Atrevido furor y tiranía,
Al Rey de Zaragoza, mi pariente,
Amistad demandé, favor y gente.
Cosa no me negó de las que digo;
Pero ninguna de ellas cumplir puede
Hasta que dé lugar el enemigo,
Y con seguridad *el* [1] reino quede.
En este medio tiéneme consigo,
Y libertad tan larga me concede,
Que puedo disponer de su corona
Y casi represento su persona.
¿Pero de qué me *fío* [2], pues que tiene
Una rabiosa tigre por hermana?
Tigre, que de mi llanto se mantiene;
Mas antes no lo escucha, ni se humana.
Tres años há que vivo me entretiene
Una esperanza de mi gloria vana,
Y tantos há también, ¡ay Aja fiera!
Que tu terrible *furia* [3] persevera.

SELÍN.

Tiempo vendrá, Señor, en el cual veas
Las tierras usurpadas en tu mano,
Y que sin sobresalto las poseas,
Echando fuera de ellas á tu hermano,
Y que goces la dama que deseas,
Ó vivas de su *llaga fiera* [4] sano:

1 M. y O., su—2 M. y O., sirve—3 M., fiera—4 O., fiera llaga

Cosa fácil por cierto la postrera,
Si con sagacidad se considera.

ADULCE.

Aunque la majestad perdida cobre,
Como tú pronosticas, y yo creo,
Y mi prosperidad me suba sobre
Los montes de venganza que deseo,
No dejaré por eso de ser pobre,
Si junto con *el* 1 cetro no poseo
La dama, que merece dignamente
Ser más que respetada de la gente.
¿Pero dime, si sabes, Aja quiere
Salir, como *dijeron* 2, hoy á caza?
Porque *quiero* 3 seguilla á donde fuere,
Y dar á mi dolor alguna traza.

SELÍN.

De cierto no lo sé; pero quien viere
Los hombres que concurren *á* 4 la plaza,
Y cubren *del* 5 palacio la gran puerta,
Su salida tendrá, Señor, por cierta.
Un palafrén más blanco que la nieve,
Con guarniciones rojas y doradas,
De 6 la puerta real el polvo mueve,
Y deja en él las manos estampadas:
Este 7 pienso será para que lleve
Á tu dama, Señor, que las preciadas
Guarniciones y silla dan indicio
Que sólo *debe* 8 ser de su servicio.

1 M., mi—2 O., diremos—3 M. y O., pienso—4 M., en—5 O., de —6 M. y O., Á—7 M. y O., Esto—8 M. y O., uede

ADULCE.

Pues yo sin ocasión *alguna* [1] tardo.

SELÍN.

Así me lo parece.

ADULCE.

Vamos luego,
Que pues en amorosas llamas ardo,
No tengo de tener aquí sosiego.

SELÍN.

Un caballo te espera tan gallardo,
Que *dirán* [2] que nació de un vivo fuego,
Y que de viento sólo se mantiene:
Tanta velocidad y *fuerza* [3] tiene.

ESCENA IV [4].

ALBOACÉN.—AUDALLA.—UN PORTERO.

AUDALLA.

Ahora que mostrar contento debes,
Pues tienes en prisión á tu contrario,
Cuyas horas de vida serán breves,
¿Por qué tan al revés de lo ordinario
Con la dulce venganza te entristeces,
Y muestras del principio tu fin vario?
¿Y tú que *graves* [5] pérdidas mil veces

1 M., ninguna—2 M., dirás—3 M. y O., furia—4 O. Acto tercero. Escena primera.—5 O., grandes

Con los ojos enjutos has mirado,
Ahora sin razón los humedeces?
Viste morir tu viejo padre al lado,
Y negando á su muerte digno llanto,
Lo das á la de un perro renegado.

ALBOACÉN.

Es la amistad un nudo firme y santo,
Y de todas las cosas de esta vida
Alguna no verás que valga tanto:
Á todas es de sabios preferida,
En todos los estados importante
Compás de los mortales y medida.
Es *la* [1] amistad el Mauritano Atlante
Que la celeste máquina sostiene,
Digo que es á tal monte [2] semejante:
También nombre de monte le conviene,
Porque por más que el cielo se revuelva,
Y [3] arroje rayos, y con ira truene,
Y puesto que en cenizas se resuelva,
Con furia de las llamas y los vientos,
La vieja cumbre de encinosa selva,
Jamás mudan los montes sus asientos
Ni los fieles amigos mudar *pueden* [4]
En las adversidades los intentos.
Así que con razón mis ojos llueven
Estas copiosas lágrimas, pues vemos
Que los más firmes montes ya se mueven;
Y [5] es gran razón, Audalla, que lloremos

1 En ambos Mss. no existe el artículo.—2 O., Y digo que el tal monte es—3 En ambos Mss. no existe la conjunción.—4 M. y O., deben—5 En ambos Mss. no existe la conjunción.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE LEÓN

Cuando vemos morir la fe sagrada
En los que más constante la creemos.
No lloro por la muerte desdichada
Que á Muley ha de darse; pero lloro
Por ver que con razón le será dada.
Dejó nuestra Mezquita siendo moro;
Robóme 1 *la cristiana rigurosa* 2,
Olvidando su ley y mi decoro.
Muéveme la venganza *sanguinosa* 3,
Y la sacra corona con que ciño
La cabeza real y poderosa.
Yo mismo juntamente me constriño
Á la misericordia que demanda
El amor que le tuve desde niño;
Y cuando ya parece que me *ablanda* 4,
Pónese 5 la justicia de por medio,
Y que muera Muley á voces manda.

AUDALLA.

En su muerte consiste tu remedio;
Y pues sabes, Señor, lo que se gana,
Elige por tu bien del mal el medio.

PORTERO.

Poderoso Señor: una cristiana
Que á no dar de sus males apariencia,
La juzgara por diosa soberana,
Para besar tus pies pide licencia,
Y para relatarte tu fatiga,
Como tú sueles *darles* 6 grata audiencia.

1 M., Róbame—2 O., Me robó mi cristiana ó bien mi diosa—3 O., rigurosa—4 O., obliga—5 O., Ponerse—6 M. y O., darla

ALBOACÉN.

Su petición y nombre dí que diga.

PORTERO.

Isabela se llama, según dijo.

ALBOACÉN.

Ya su misma dureza la castiga.
Entre; pero yo juro de estar fijo
En mi resolución, por más que oya
Palabras tiernas y clamor prolijo.

AUDALLA.

Los caudillos, Señor, de la gran Troya,
Por entrar el caballo como ciegos,
Creyendo ser de Palas don y joya,
Vieron de noche los ocultos fuegos
Salir de la gran máquina preñada,
De la *grave* [1] cautela de los griegos.
Así, Señor, la gente bautizada
Temo, que con el medio de esta dama,
Alguna gran traición *tienen* [2] trazada.

ALBOACÉN.

Antes pienso cubrir así mi llama
Que pueda descubrir su pensamiento,
Y ver que tan de veras me desama [3].
¿Qué nueva turbación es la que siento
Con ver esta cristiana? Pero venga,
Que no podrá mudarme de mi intento.

1 O., grande—2 M. y O., tiene—3 O. *(Sale Isabela.)*

ESCENA V 1.

ISABELA.—ALBOACÉN.—AUDALLA.

ISABELA.

Poderoso Señor: porque no tenga 2
Ocasión de cansarte tu cautiva
Con largos ruegos y prolija arenga,
Y porque *la* 3 pasión es excesiva,
Á mi triste semblante me remito,
Semblante de mujer apenas viva:
Parte de mi dolor verás escrito
En mis húmedos ojos, pues con ellos
Los duros pechos á llorar incito,
Y 4 parte de él verás en los cabellos,
Sembrados á los pies, que tienes puestos
Sobre rendidos y postrados cuellos;
Parte verás en los turbados gestos
De nuestros miserables ciudadanos,
No sé por qué razón á tí molestos;
Parte verás en mis cruzadas manos,
Que cautiverio triste significan
De tus vasallos míseros cristianos:
Mas antes estas cosas las publican
Hasta los animales sin sentido,
Y todos lo que yo, Señor, suplican.
En suma, gran Señor, lo que yo pido

1 O. Escena segunda *(del acto tercero)*. Sale Isabela descompuesto el pelo y llorosa.—2 O. *(Arrodillase.)*—3 O., mi—4 En el Ms. O. no se lee la conjunción.

Es una general 1 misericordia
Con este nuestro pueblo perseguido;
Y que con nuevos pactos y concordia
Suspendas de tus siervos el tumulto,
Nacido de esta súbita discordia;
Y no lo dudo yo, ni dificulto
(Pues por ser cosa justa, será tuya),
Que todos consigamos ese indulto.
Tu *benigna* 2 bondad nos *constituya* 3
En nuestras posesiones y descanso,
Sin que *tu* 4 gran castigo se concluya;
Y porque *con mis voces* 5 quizá canso,
Proseguiré con lágrimas mi ruego,
Hasta que me respondas, Señor, manso.

ALBOACÉN.

Verdad es; pero sin ser causa niego,
Que yo con mis edictos y pregones
He querido turbar vuestro sosiego:
Moviéronme justísimas razones,
Infaustas y tristísimas 6 señales
De fieras y sangrientas rebeliones;
Y para prevenir á tantos males
Con un Alfaquí docto me aconsejo,
Que sabe los efectos celestiales;
Pues hechos *sus* 7 conjuros, el buen viejo
Dióme del vaticinio por respuesta
Un duro y asperísimo consejo.

1 O., Sólo es una gran—2 M., divina—3 M. y O., restituya—4 M., tan—5 O., en mis razones—6 M., Infaustos y tristísimos—7 O., los

Yo ví con apariencia manifiesta
Que no fué la respuesta por él mismo,
Mas por algún espíritu compuesta;
Como si alguna furia del abismo
Al *sabio* 1 las entrañas le royera,
Ó como *que* 2 le toma parasismo
Con los mismos efectos; y tal era
La presencia del *viejo* 3 cuando vino
Á darme la respuesta verdadera.
Andaba con furioso desatino
Torciéndose las manos arrugadas,
Los ojos vueltos de un color sanguino;
Las barbas, antes largas y peinadas,
Llevaba vedijosas 4 y revueltas,
Como 5 de fieras sierpes enroscadas;
Las tocas, que con mil ñudosas vueltas
La cabeza prudente *le* 6 ceñían,
Por éste y aquel hombro *lleva* 7 sueltas;
Las horrendas palabras parecían
Salir por una trompa resonante,
Y que los 8 yertos labios no movían.
Si quieres que tu Dios ¡oh Rey! levante
La rigurosa diestra (dijo), mira
El medio que será sólo bastante.
Si quieres aplacar tan grande ira
Como muestra tener nuestro Profeta,
Pues ya de tus estados se retira;
Si no quieres tu gente ver sujeta,

1 M. y O., viejo—2 M. y O., á quien—3 O., mismo—4 O., Mostraba guedejosas—5 M., Y como; O., Ó como—6 M., la—7 M., errando; O., andaban—8 O., Porque sus

Y también descompuestas ambas sienes
Del 1 lucido metal que las aprieta,
Conviene que te prives y enajenes
De la persona triste de tu Corte,
Á quien más voluntad y afición tienes:
Aquélla que te da mayor deporte,
Ahora sea varón *ó* 2 ahora sea
La dama que *tomases* 3 por consorte.

AUDALLA.

Según el Rey lo finge y hermosea,
Parece que es verdad esto que dice:
¿Habrá quien esta fábula no crea?

ALBOACÉN.

Divisas 4 diferentes de ello hice,
La gravedad del caso ponderando,
Por ver el que será tan infelice:
Mis gentes y vasallos numerando,
Sus obras y servicios repitiendo,
Y cada cosa de *ellas* 5 ajustando,
Mi voluntad dudosa confiriendo
Con cada cual, por ver á quien amaba 6
(¡Extraña voluntad *y* 7 amor horrendo!)
Y 8 en tanto que con duda tal estaba,
Llegó nuevo dolor á la memoria,
Y claro le mostró lo que buscaba;

1 M., De—2 No existe la palabra *ó* en el Ms. O.—3 M., elijas; O., escogieres—4 M. y O., Discursos—5 O., estas—6 O. *(El verso que sigue lo pronuncia Isabela, y luego continúa Alboacén.)*—7 y 8 Suprimida la conjunción en ambos Mss.

Y ví que de la vida transitoria
Eres tú solamente quien podía
Darme más [1] aflicción ó mayor gloria.
Creí luego que el hado disponía
Que fueses tú la víctima y ofrenda
Que pide la confusa profecía;
Y que para torcerme de la senda
Por donde *me* [2] despeña mi deseo,
Á tí sola su furia comprehenda,
Por ser en nuestra secta caso feo
Amar á quién á Cristo reverencia,
Que ya *debe* [3] saberlo, según creo.
Todos interpretamos la sentencia,
Aunque con gran dolor de parte mía,
Contra lo que merece tu presencia.
Así, para cumplir lo que debía,
Te quise desterrar ocultamente
Con darte tan copiosa compañía,
Y mandé pregonar públicamente
Que salga dentro [4] tiempo limitado
Fuera de Zaragoza vuestra gente.

ISABELA.

¡Con qué supersticiones engañado,
Oh poderoso Rey, te determinas
Á perseguir el pueblo bautizado!
Mira que las sentencias repentinas,
Por un solo varón determinadas,
Suelen parar en míseras ruínas;
Y que muchas provincias encumbradas

1 O., Dar mayor—2 M., más—3 M. y O., debes—4 M., el

Por otras novedades semejantes
Quedaron abatidas y postradas.

ALBOACÉN.

¡Oh mujer afligida! 1. ¿Por qué antes
De saber mi propósito das voces?
Oye, mas ruégote que te levantes 2.
Ya quiero que gocéis, y que tú goces
Todo cuanto me pides, puesto caso
Que mis largas mercedes desconoces.
Verdad es que me mueve nuevo caso,
Y no tu triste ruego solamente,
Que muy 3 más adelante en esto paso.
Por el común descanso de mi gente;
Por dar satisfacción al gran Profeta,
Y ser á sus preceptos obediente;
Por ser tú la persona más aceta,
Y que mi voluntad tiene propicia,
Y no sólo propicia, mas sujeta:
Creyendo que del cielo la justicia
Con esto me mandaba que dejase
Del amor insaciable 4 la codicia,
Mandé *por* 5 mi ciudad se pregonase
Que nadie de la gente bautizada
En los muros augustos habitase.
Quedarás tú con esto condenada;
Mas en tu vez hallar pude persona
Por justas ocasiones más amada,
Tanto, que pospusiera mi corona

1 O., Di—2 O. *(Levántase.)*—3 O., Mucho—4 O., De un amor implacable—5 O., que en

Por no privarme de ella; *mas* [1] el hado
Sin esta privación no me perdona.
Al fin es Albenzayde, mi criado,
Quien pudo suspender vuestro castigo,
Y quien ha de morir por ser amado;
Que pues lo quiero tanto, como digo,
Con traspasar en él vuestra sentencia,
De todo lo demás me desobligo.
Segura parte *ya* [2] de mi presencia
Á consolar tus míseros cristianos
Con dalles tú la nueva y yo licencia [3].
¿Por qué con ira tuerces ambas manos,
Y con tan tristes lágrimas ahora
Eclipsas esos ojos soberanos?
Injustamente *un hombre* [4] su mal llora
Después que ya su furia no *le* [5] daña,
Ó cuando claro ve que se mejora.

ISABELA.

Si quieres aplacar ¡oh Rey! la saña
Del que llamas Profeta, con privarte
Del que te *da* [6] más gusto, *¡ley extraña!* [7],
Yo quiero ser aquí contra mi parte,
Por ver á la razón de la contraria,
Y de tu ceguedad desengañarte.
¿Tú tienes ya por cosa necesaria
Privarte del que amares más?

ALBOACÉN.

Concedo.

1 O., pero—2 O., pues—3 O. *(Llora Isabela y hace movimientos.)* —4 O., alguno—5 M. *(No se lee.)*—6 M., de—7 En el Ms. O. léese entre paréntesis.

ISABELA.

Pues mira tu sentencia temeraria.
Injustamente yo sin pena quedo,
Pues soy la más amada.

ALBOACÉN.

¿De qué suerte?

ISABELA.

Porque contigo más que todos puedo.
Esta sola razón puede vencerte:
Á mí me desterrabas por castigo,
Y das á *tus vasallos* 1 cruda muerte.

ALBOACÉN.

Pudiérame valer *eso* 2 contigo;
Mas no con un varón tan importante,
El cual fuera, viviendo, mi enemigo.

ISABELA.

Quiero que *esa* 3 razón fuera bastante.
¿Pero, dime, tuvieras amor firme
Al moro 4 si lo vieras inconstante?

ALBOACÉN.

Antes por acertar bien á servirme,
Y serme tan leal, su muerte lloro.

ISABELA.

Luego ya no podrás contradecirme;

1 M. y O., tu vasallo—2 M. y O., así—3 O., esta—4 O., Á Muley

Pues yo, que no leal como ese moro,
Antes traidora soy á tu grandeza,
La cruz es mi señal y 1 *á Dios adoro* 2.
Con ver en mí tan clara la dureza;
Con verme, como digo, bautizada,
No te pude mudar de tu firmeza;
Mas antes soy de tí *muy* 3 respetada,
Que tanto cuanto yo me muestro dura,
Tú muestras voluntad aficionada.
¿Sufrirás tú del moro por ventura
Tan grandes desacatos y desdenes?
Ya dijiste que no.

ALBOACÉN 4.

Fuera locura.

ISABELA.

Luego mayor amor á mí me tienes.
¿Por qué condenas, pues, al menos grato?
Á mí será mejor que me condenes.
¿Consiste, dí, Señor, en tu buen trato,
Con la que te desama ser benigno,
Y con el que te sirve bien ingrato?
Si sus fieles servicios *le* 5 hacen digno
Del amor que le muestras, ¿es ley justa
Pagarle con castigo tan indigno?

1 La conjunción no se lee en el Ms. M.—2 Los cuatro versos se sustituyen en el Ms. O. por los siguientes:

Luego yo que soy cristiano y á tí ¡oh moro!
Contraria, aunque humilde á tu grandeza,
La cruz es mi señal y á Cristo adoro.

3 M. y O., tan—4 M., Audalla—5 M., lo

Por sentencia tendré menos injusta
Que todos los cristianos miserables
Dejemos la ciudad Cesaraugusta.

ALBOACÉN.

Ya no son tus palabras tolerables,
Ni yo puedo sufrir [1] en mi presencia
Que con *tal* [2] libertad y furor hables
Con menos artificio y elocuencia
Á tu cristiano pueblo [3] defendías,
Cuando me provocabas á clemencia;
Porque su propio daño no tenías
Por tan propio, *traidora* [4], como tienes
Este que contradices por mil vías.
Á sólo defender su causa vienes
Según has olvidado la primera,
Y de *razones prontas* [5] te previenes.
¿Puedo disimular? ¡Quién tal creyera,
Que la que con un Rey fué rigurosa,
Con un vasallo suyo no lo fuera!
La muerte, pues, que pides animosa,
¡Oh perra! te darán en compañía
Del perro que te tiene por esposa.

ISABELA.

Ese *fiero* [6] furor y tiranía
Las vidas, cuando mucho, quitar puede;
Muley dará la suya, y yo la mía;
Pero después la gloria que sucede

1 O., que—2 O., tanta—3 O., Tu pueblo y tus cristianos—4 O., (¡oh traidora!)—5 O., fuertes razones—6 M., bravo

Al martirio dichoso, no *la* [1] quita,
Ni tal jurisdicción se *te* [2] concede.
En Muley hallarás otro Levita,
Pues, para ser católico cristiano,
En su patria dejó vuestra mezquita.
En mí verás también, como Daciano,
El pecho que mostró la Virgen bella,
Honor del apellido Lusitano.
Yo, pues, te seguiré, casta doncella,
Cuyo sangriento clavo resplandece
En tu divina frente como estrella.

AUDALLA.

Poderoso Señor: ¿no te parece
Que todo lo que dije verifica
Quien ambas las dos vidas nos ofrece?

ALBOACÉN.

Delitos á delitos multiplica
Quien, sin arrepentirse de los hechos,
Después con pertinacia los publica.
En polvos los cadáveres deshechos
Y vuestros corazones tan conformes,
Arrancados veré de vuestros pechos.

ISABELA.

Pues aunque de metal un toro formes,
Y quieras, *como* [3] un Fálaris tirano,
Inventar [4] los castigos más enormes,
El pecho que se precia de cristiano

1 M., le—2 O., le—3 O., ser—4 O., Haciendo

Recibirá gozoso cuantas penas
Inventes y procedan de tu mano.
¡Oh lazos apacibles y cadenas,
Temidas de *los flacos* 1 corazones,
Por ser de tales 2 ánimos ajenas!
Ceñidme ya, dulcísimas prisiones;
Seréis preciosas arras de mis bodas,
Y del esposo dulce gratos dones:
Venid á mí, cargad sobre mí todas;
Y tú danos el tálamo dichoso
Que para los dos juntos acomodas.

ALBOACÉN.

En el lugar que sabes tenebroso,
Audalla, mandarás que pongan esta
Enemiga cruel de mi reposo;
Y después que la dejes allí puesta,
Vendrás á donde dije, porque quiero
Solemnizar de veras esta fiesta.
Esto con brevedad, porque te espero 3

AUDALLA.

Así se hará, Señor. ¡Oh desdichado,
Mas antes venturoso carcelero!
¡Oh Rey! en mi poder has hoy dejado
La joya que yo precio más ahora
Que todo cuanto *Dios tiene* 4 criado.
Desviaos ya 5 vosotros. Tú, Señora,
Confía, pues Audalla va contigo,
Que la contraria suerte se mejora.

1 O., cobardes—2 O., Como de flacos—3 O. *(Vase.)*—4 O., tie. ne Dios—5 M., Desviados

ISABELA.

¿Qué dices?

AUDALLA.

Tú sabrás lo que yo digo
Cuando los dos estemos donde haya
Dejado los que van aquí conmigo.
Ni la *trabéis* 1 *de* 2 brazo ni *de* 3 saya:
Dejadla, bien podéis seguramente,
Que 4 *de su voluntad ella se vaya* 5,
Y no *venga tampoco* 6 tanta gente.

ESCENA VI 7.

AJA.

No somos ambos hijos de una madre,
Injusto Rey, por cierto *no* 8 *lo* 9 creo:
Tanto diferenciamos 10 en los hechos;
Mas antes 11 *juzgo* 12 yo, por lo que veo,
Que 13 algún helado monte fué tu padre,
Y tigres te debieron dar los pechos.
Tú los servicios, hechos
Por Albenzayde fuerte,
Pagas con *triste* 14 muerte,
Injusto galardón, sentencia dura.
Yo, Aja, sin ventura,

1 M., trabajéis—2 O., toquéis el—3 O., la—4 M., Y—5 O., Quedaros sin temor que se nos vaya—6 O., nos acompañe—7 O. Escena tercera del acto tercero.—8 O., ni—9 M., ni tal—10 M. y O., Pues tanto diferimos—11 M., Antes si—12 O., Antes juzgaré—13 M. No existe el vocablo.—14 O., dura

Del *soberbio mancebo* 1 desamada,
Por más que me fué *duro* 2,
Tu rigurosa espada
De *esa bella* 3 cerviz quitar procuro.
En *mi secreto tálamo, fundado* 4
Sobre los claros 5 baños y jardines,
Donde el Rey muchas veces se recrea,
Hay un balcón cubierto de *jazmines* 6;
Lugar para *mirar* 7 acomodado,
Sin que la gente del jardín lo vea:
Yo, como quien desea
Saber su mal y acecha,
Ó porque mi sospecha,
Ó porque la 8 costumbre me llamaba,
En el balcón estaba,
Y ví venir al Rey con rostro fiero,
Tan 9 sólo con Audalla
Su falso consejero.
¡Mas ay en quien amor ofensa halla!
Mis oídos atentos, *y* 10 sus voces
Altas, por ser con ira, me mostraron,
Ayudando también los movimientos,
Gran parte de las cosas que trataron
Los indignados ánimos feroces,
Y la *revolución* 11 de sus intentos.
Parte de *ellos* 12 los vientos
Y sonoras corrientes
De las heladas 13 fuentes

1 M., mancebo soberbio—2 M., dura—3 O., su noble—4 O., mis secretas piezas levantado—5 O., Á vista de los—6 M., jardines—7 O., asechanza—8 O., la libre—9 O., Y—10 O., á—11 M., resolución—12 M., ello—13 O., Y el de las mismas

No dejaron llegar á mis oídos,
Y de ellas impedidos,
La causa de sus cóleras ignoro;
Al fin dieron sentencia
Contra mi dulce moro
En el secreto tribunal y audiencia 1.
¿De qué furor movido, *duro* 2 viejo,
Á tal atrocidad, á tan gran furia,
El venenoso pecho solicitas?
¿Y cual fué de Muley tan *gran* 3 injuria,
Para que sin proceso ni consejo
La vida, Rey, le quites 4 *como quitas?* 5.
¡Oh Cielo, no permitas,
Pues eres justiciero,
Un suceso tan fiero! 6.
Y tú también, Adulce, llega presto
Otras veces molesto,
Ahora sumamente deseado:
Oye 7, que tu tardanza
Aumenta mi cuidado,
Y muere, si tú tardas, mi esperanza.

ESCENA VII 8.

ADULCE.—AJA.

ADULCE.

Si sobre las almenas de Valencia
Hubiese ya *fijada* 9 mi bandera,

1 O., Sin que defienda nadie su inocencia—2 O., injusto—3 O., grave—4 M., quitas—5 O., Le quites, Rey, la vida que le quitas? —6 O., Caso tan lastimero!—7 M. y O., Ay me—8 O. Escena cuarta del acto tercero.—9 M. y O., fijado

Y todos sus rebeldes *castigados* 1,
Por menos buen suceso lo tuviera
Que mandarme venir á tu presencia,
Habiendo sido *de* 2 ella tan odiado:
Pero 3 pues he llegado
Á la sublime cumbre,
Si mudas de costumbre,
Declárame 4, Señora, *qué* 5 deseas,
Porque quiero que veas
Cuán bien tus mandamientos obedezco.
Cultivar las arenas
De la Libia me ofrezco,
Si *para tal trabajo* 6 me condenas;
Y si con las desnudas plantas quieres
Que *pase* 7 de la Scitia *los helados* 8,
No *tendré por difícil este* 9 hecho;
Y si *por* 10 el camino las espadas
Sedientas de mi sangre *me* 11 pusieres,
No dudaré de *dallas* 12 este pecho.

AJA.

Con juramento estrecho,
Primero, pues, te obliga
Que de lo que te diga
Eternamente 13 guardarás secreto.

1 O., castigado—2 O., en—3 O., Pero—4 M. y O., Declararme—5 O., qué es la que—6 O., á su imposible culto—7 O., pise—O., las heladas—9 O., me ha de parecer difícil—10 O., en medio—11 No se lee el vocablo en el Ms. M.—12 M., darles; O., dalles—13 O., Atado el mundo

ADULCE.

Así te lo prometo,
Y por *mi ley* 1 lo juro.

AJA.

Pues *más quiero* 2.

ADULCE.

Juro que cuanto mandes
Cumpliré si no muero.

AJA.

Mira que son promesas las dos grandes.

ADULCE.

Á *todas* 3 me *prefiero* 4.

AJA.

Pues ahora
Has de saber, Adulce, que te llama
Aja, la más que todas triste mora;
Aja, que tan sin culpa te desama;
Aja, que ya su mal cercano llora,
Enemiga del Rey y de su fama,
Para que la defiendas con tu mano
De la furiosa diestra de su hermano.
No sé por qué razón, pero sé cierto
Que Muley Albenzayde, *señor* 5 mío,

1 O., Alá—2 O., primero—3 M. y O., todo—4 M., profiero—5 O., dueño

Señor há muchos años [1] encubierto,
Aunque siempre conmigo mármol frío,
Hoy ha de ser *injustamente* [2] muerto.
Si tú, de cuya diestra *me* [3] confío,
No *lo libras, Señor, del vivo* [4] fuego,
Con armas, cuando no valiere ruego;
Si matan al mancebo de tal [5] suerte,
Yo moriré también desesperada.
Á mí me *libra, pues, de cruda* [6] muerte,
Si *tanto* [7] como dices soy amada.
Apiádate [8], pues, ¡oh varón fuerte!
De esta *tierna muchacha enamorada* [9]:
No *mires á que fuí dura* [10] contigo,
Y te mando *librar á* [11] tu enemigo.
Y si de mis desdenes ofendido
Procuras la venganza dignamente,
Mi pecho, que del mal autor ha sido,
Tus rigurosas manos ensangriente;
Mas *con* [12] fiero suplicio, *no* [13] debido,
Muley, en mis delitos inocente,
No permitas que muera: viva, viva,
Y muera yo, que *fuí y soy* [14] esquiva.
Por esa fuerte diestra, la cual veas
De tus rebeldes moros vencedora;
Por la digna corona que deseas,
Y si puedo decir por esta mora,

1 O., Y Señor muchos años, si—2 O., como rebelde—3 M., lo—4 O., me le libras del injusto—5 O., Si al gran varón mataren á igual—6 O., librarás de la igual—7 O., de tí—8 O., tú—9 O., incauta doncella aficionada—10 O., atiendas á que soy cruel—11 O., que libres—12 O., en—13 M. No se lee el vocablo.—14 O., porél te he sido

En quien *la voluntad tan mal* 1 emplea
Y tienes ó tuviste por Señora,
Te suplico, Señor, que á Muley libres,
Y luego contra mí tu lanza vibres 2.
¿Por qué no me respondes? ¿Por ventura
Pretendes no cumplirme la promesa?
¿Ó puédome partir de tí segura?
¿Acetas con silencio *tal* 3 empresa?
En tanto que suspensa mi ventura
Tu valor y mi *priesa* 4 te *da* 5 priesa,
Á tus ya favorables pies me postro,
Tendidos los cabellos por el rostro 6.

ADULCE.

¿Hay caso más atroz *ni* 7 temerario?
¡Oh *dama* 8 rigurosa! ¿Qué pretendes?
¿Yo tengo de librar á mi contrario,
Sabiendo que por él á mí 9 me ofendes?
Pero porque no digas que soy 10 vario,
Yo quiero defender al que 11 defiendes:
Á lo menos haré con tal oficio,
Aunque sin galardón, *algún* 12 servicio.
¡Oh vana pretensión de los humanos,
Que viven de sus cosas confiados!

1 O., tan mal tu voluntad

2 O. Á mi Muley te ruego que me libres
Aunque tu lanza contra el pueblo vibres.

3 O., nuestra—4 M., pena; O., afecto—5 M. y O., dan—6 O. *(Hace una profunda reverencia.)*—7 O., y—8 O., infanta—9 O., Cuando confiesas que por él—10 O., Mas porque no me acuse hoy por —11 O., Defenderé al rival que tú—12 M., grato

En la prosperidad del mundo 1 vanos,
Sobre las altas ruedas colocados,
Y vienen muchas 2 veces á las manos
De aquéllos á quien tienen agraviados,
Los cuales, en lugar de *hacer* 3 venganza,
Convierten *sus miserias* 4 en bonanza.

AJA.

¡Oh pecho sin razón desheredado,
No sólo de tu Reino, mas del mundo!
Que sólo *se te debe tal reinado* 5,
Sólo, sin que conozcas Rey segundo.
Tan cortés y benigno te has mostrado,
Que yo misma de verlo me confundo
Conozco cuál ingrata fuí contigo,
Y con esta venganza me castigo;
Y ya que dignamente recompensa
No puede recibir tu cortesía,
Pues no puedo pagarte sin ofensa
Del *moro cuya soy, pues* 6 no soy mía,
Aunque fortuna varia, que dispensa
Y por su voluntad las cosas guía,
Las nuestras *las dispone* 7 como pido,
Jamás pondré tus obras en olvido 8.
Y si sucede bien como lo creo,
Pues te *llevo* 9, Señor, por mi coluna,
Tú solo gozarás *de* 10 este trofeo

1 O., Ciegos en la prosperidad y—2 O., Se vienen las más—3 O., la—4 O., á sus ruínas—5 O., á tí te debe reino el hado—6 M., moro cuya soy, que; O., honor de quien soy, que—7 M. y O., nos disponga—8 Este verso y los siete que le anteceden van en pos de los ocho siguientes en el Ms. O.—9 O., tengo—10 M. No se lee el vocablo.

Sin que de él participe la fortuna;
Pero si sale vano mi deseo,
Culpa no te daré, Señor, ninguna,
Mas sólo quejaréme 1 de los hados,
Contra mis pretensiones conjurados.
Y porque, como sabes, la tardanza
Muchos buenos sucesos desbarata,
Y por el consiguiente los alcanza
Quien con *solicitud sus cosas* 2 trata,
Parte luego, Señor, con mi esperanza
De que tu pretensión ha de ser grata,
Que 3 yo *me voy también* 4 con harto miedo 5.

ADULCE.

Y yo con las mortales ansias llego.

ESCENA VIII 6

ADULCE.

¿Ha quedado tormento, por ventura,
Sin ser fiero verdugo de mi pecho?
¿Puede llegar á más mi desventura?
¿Puedes hacer, amor, más de lo hecho?
Amo sin esperanza, *¡cosa* 7 dura!
Dejo por el ajeno mi provecho;
Y no sólo mi mal llevo conmigo

1 O. No te daré ni puedo culpa alguna;
Sólo podré quejarme.....

2 O., mayor solicitud las—3 M., Y—4 O., también me voy—5 O. *(Vase.)*—6 O. Escena quinta del acto tercero.—7 O., suerte

Pero también el mal de mi enemigo.
No sé cómo será, porque primero
Que me *contase* [1] Aja *su* [2] fatiga,
Sólo por ser Muley tan buen guerrero,
Que con razón á todos nos obliga,
Al Rey rogué por él; pero severo
Al punto respondió que lo castiga
Con gran razón; *y* [3] en esto resoluto,
Quedó mi petición sin *algún* [4] fruto.
Pues *vemos* [5] que los ruegos salen vanos,
Y tengo tanta gente de mi parte,
¿Será bueno valerme de las manos?
¿Y junto con las fuerzas poner [6] arte,
Y con mentido traje de cristianos,
Pasada de la noche *la más* [7] parte,
Asaltar la prisión y cárcel fuerte,
Para [8] librar *al moro* [9] de la muerte?
¡Oh ciego desatino! ¿Qué pretendo?
Veamos: puesto caso que sucedan
Muy bien cuantas quimeras voy haciendo,
Y defender las guardas no se puedan;
Si los contrarios yo del Rey defiendo,
¿Mis hechos y mi fama [10], cuáles quedan?
Mancillados por cierto, pues que trato
De ser, con quien me da *favor* [11], ingrato.
Pues *debo* [12] de quebrar la fe debida
Al Rey, de cuya mano mi persona
Espero que será restituída

1 M. y O., contases—2 M. y O., tu—3 Suprimido en el Ms. M.—4 O., ningún—5 O., viendo—6 O., ¿Y ayudar hoy las fuerzas con el—7 O., alguna—8 O., Y—9 O., á Albenzayde—10 O., ¿Mi opinión y mis hechos—11 O., su ayuda—12 O., tengo

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

En los perdidos reinos y corona,
Ó *quebraré la jura* [1] prometida
Á esta ferocísima leona.
¡Terrible duda! Todo lo revuelvo,
Y no me determino ni resuelvo.
Éste con beneficios me detiene,
Aquélla con su mando me da priesa,
Suspenso cada cual mi pecho tiene,
Sin decidir cuál más ó menos pesa.
¿Mas qué *necio* [2] furor es el que viene,
Y de mis confusiones hace presa?
Sigamos esta furia que me llama,
Y viva para siempre nuestra fama.

1 O., quebrar la palabra—2 M. y O., nuevo

ACTO TERCERO

ESCENA I [1].

AUDALLA.—ISABELA.—UN ALCAIDE.

AUDALLA.

Hete querido dar, perra, la vida,
Y despréciasla tú de tal manera,
Que no temes la muerte, tan temida
Del hombre más valiente que la espera;
Pues luego se verá si fué fingida
Esa severidad ó verdadera,
Y si con el principio de las penas
La furia de *la* [2] cólera refrenas.

ISABELA.

¿Á dónde me lleváis?

AUDALLA.

Á donde veas,
Primero que las llamas encendidas,
Á los [3] que tanto *hablar y ver* [4] deseas,
Para que te consueles y despidas;
Porque puesto que *ya* [5] tan dura seas,

1 Escena sexta (continúa el acto tercero).—2 M., tu—3 O., Esos —4 M., ver y hablar—5 M. y O., tú

Sin mirar las ofensas recibidas,
El último consuelo te dejamos.

ISABELA.

Invención de *tiranos es; mas* 1 vamos.

AUDALLA.

Antes vendrán aquí: llamadlos luego;
Pero mejor será que yo los llame.

ISABELA.

Una sola merced, Señor, te ruego,
Y después de cumplida, *muerte* 2 dame:
No pido que me libres, no 3, del fuego,
Sentencia reputada por infame
Y para mí dichosa: *sólo* 4 quiero
Me dejes *con* 5 Muley hablar primero.

AUDALLA.

Yo voy: haced vosotros lo que digo 6.

ISABELA.

¡Ay Dios, si se cumpliese mi deseo!
Temo que con temor de tu castigo
Dejes, Muley, *tu* 7 fe; mas no lo creo;
Pero si yo me puedo ver contigo,
Bien sé que ganaremos hoy trofeo,
Y coronas de mártires gloriosos,
Contentos y purísimos esposos 8.

1 O., tormento! pero—2 O., al punto—3 O., La muerte que no temo, la—4 M., sola—5 O., á—6 O. *(Vase.)*—7 O., la—8 O. *(Descubre el Alcaide la cortina, donde aparecen degollados los padres y hermana de Isabela*, etc.—Escena séptima. Alcaide, Isabela.)

ALCAIDE.

Ahora mira, pues, *¡oh triste* 1 dama!
Estos tan conocidos troncos fríos,
Troncos que produjeron esa rama,
Y *vierten por sus cuellos* 2 rojos ríos:
Hoy tienes ocasión de ganar fama.

ISABELA.

¡Ay padres desdichados, por ser míos!
¡Ay hermana también! *¡qué* 3 dura mano!
¡Ay implacable saña *de* 4 tirano!
¿Á cuál de *estos* 5 tres cuerpos son debidas
Estas copiosas lágrimas que vierto?
¿Á cuál *han* 6 de *lavalle* 7 las heridas
Que los fieros puñales han abierto?
¿Sobre cuál de las prendas conocidas
Ha de caer con tal dolor incierto
Este con gran razón dudoso pecho?
¿Á cuál abrazaré con lazo 8 estrecho?
¡Oh padres, otro tiempo cuidadosos
De mis infaustas bodas, si llegaran!
¿Así me consoláis *con* 9 los fogosos
Tormentos que los moros me preparan?
¿Y tú, cuyos dos ojos luminosos
Los pechos más rebeldes ablandaran,
Hermana, consejera de mis males,
Á ver mis vituperios así 10 sales?
¿Así me consoláis á la partida,

1 O., proterva—2 O., por los cuellos vierten—3 M. y O., ay—4 M. y O., del—5 M. y O., los—6 M., he—7 O., taparle—8 O., ¿Por cuál comenzaré mi abrazo—9 M. y O., en—10 O., Ansí á mirar mis vituperios

Y me dais á besar las santas manos?
¿Así de vuestros brazos detenida
Me sacan *con violencia los paganos?* [1]
¡Oh diestra de los *nuestros* [2] homicida!
Tirano, descendiente de tiranos,
¿Por qué las bendiciones de mi padre
Me niegas, y los besos de mi madre?
Pero yo, temeraria, ¿por qué lloro
Y las *ilustres* [3] ánimas ofendo?
Ellas ocupan ya las sillas de oro,
Las celestiales músicas oyendo,
Y yo, con imputar al fiero moro,
La *voluntad inmensa* [4] reprehendo.
¡Oh loca! ¿tú no sabes que del cielo
Procede *lo que* [5] miras en el suelo?
Dios *quiso colocarlos* [6] *de tal* [7] suerte
Entre los que contemplan su grandeza.
Y dar á mi paciencia con su muerte
Un toque verdadero de firmeza.
Ea, pues, Isabela, tú convierte
En alborozo dulce *esa* [8] tristeza:
De las adversidades gloria saca,
Cual suelen de las [9] víboras triaca.

ALCAIDE.

Cubrid esos difuntos, no los vea,
Ni con ellos le demos ya materia,
Que nuestra confusión notoria sea,

1 O., los ministros inhumanos?—2 O., justos—3 O., dichosas—4 O., eterna Providencia—5 O., cuanto—6 M., colocaros—7 O., les quiso trocar la humana—8 M. y O., la—9 O., Como de horrendas

En gozo convirtiendo su miseria.
Y no puedo negarte, mujer rea,
Que cuando la famosa Celtiberia
De dignas alabanzas careciera,
Por sola tu constancia las tuviera 1.

ESCENA II 2.

AJA.

Por ser de nuestra casa lo más alto,
Estoy en 3 esta torre congojosa
Con un 4 apasionado sobresalto.
Acá y allá la vista codiciosa
Me lleva por los campos diligente
El triste corazón, que no reposa:
¡Ay Aja! con cuidado diferente 5
Solías frecuentar estos lugares,
Para tender *la vista* 6 libremente.
¡Mas ay memoria triste! *Ya no pares* 7
Á contemplar el bien que no poseo,
Cuando *vienen los males á millares* 8.
El horrendo lugar de lejos veo,
En el cual suelen dar infame pena
Los ministros fierísimos al reo 9.

1 O. *(Vanse.)*—2 O. Acto cuarto. Escena primera.—3 O., He subido á—4 O., No sin

5 O. Sin gusto alguno de su vista hermosa
Tu Aja de esta altura solamente

6 O., los ojos—7 O., No repares
8 O., cercada estoy de tantos males

9 O. A donde por justicia dan la pena
Postrera por la ley pública al reo.

De gente la campaña miro llena;
De *voces y trompetas* [1] discordadas
Un *confuso* [2] clamor *en torno* [3] suena
De polvo *densas* [4] nubes levantadas
Escurecen los aires, y no dejan
Discernir bien las cosas apartadas.
Parece que los campos se me alejan,
Porque no pueda ver el *caso* [5] fiero,
Y que del riguroso Rey se quejan.
¡Cuándo veré vislumbres del acero,
Y llegar el socorro favorable
Que del *desheredado* [6] Rey espero!
¡Cuándo veré librar al miserable,
Á las ardientes llamas condenado,
Con un atrevimiento memorable!
Mas, Aja, ¿para qué tienes cuidado
Del que no solamente no te quiere,
Pero dicen también que es bautizado,
Y que con pertinaz ánimo muere
Junto con Isabela, tan conforme
Que de su ley *y pecho no* [7] difiere?
Pero por mucho más que disconforme
El suyo [8] de mi pecho, no por esto
Aprobaré castigo tan disforme.
¡Oh [9] Adulce! *No te tardes* [10], llega presto.
Que ya deben tener al condenado
En el *ignominioso lugar* [11] puesto.

1 M., voces y de trompas; O., trompetas y voces—2 O., usado—3 O., del vulgo—4 O., espesas—5 M., campo—6 O., fuerte obligado—7 O., ni un punto se—8 O., Su pecho—9 No se lee en el Ms. O.—10 M., Porque tardas—11 O., lugar ignominioso

¡Qué llamas tan horrendas *se* 1 han alzado!
El humo negro sube por los vientos,
Y de ellos es acá y allá 2 llevado.
¿Qué voces con tristísimos acentos
Un cautivo cristiano viene dando?
¡Ay me! ¡Qué lastimosos movimientos!
El rostro con las uñas *arañando* 3,
Rasgándose 4 también el pecho viene,
Los brazos á los cielos levantando.
¿Cómo no bajo, pues? ¿Quién me detiene?
¿Por qué públicamente no pregunto
Si Muley Albenzayde vida tiene?
Ó 5 si yace su cuerpo ya difunto,
Acompañarle quiero con el mío.
¡*Dichosa* 6 *si me* 7 *viere* 8 con él junto! 9.

ESCENA III 10.

AJA.—NUNCIO.

NUNCIO.

¡Oh pueblo religioso! ¡Pueblo pío!
Con largo cautiverio castigado,
Debajo *de* 11 tirano señorío:
Hoy eres por el mundo derribado,
Hoy dos *firmes colunas* 12 has perdido;
Mas antes hoy dos Santos has ganado.
¡Oh tirano cruel endurecido!

1 No se lee en el Ms. M.—2 O., Del soplo acá y allá y en él—3 O., va rayando—4 O., Rompiéndose—5 M., Y—6 O., ¡Dichoso—7 O., se—8 M., muero—9 O. *(Desciende Aja por adentro y entre tanto sale el Nuncio.)*—10 O. Escena segunda del acto cuarto Nuncio cristiano.—11 M. y O., del—12 M., colunas firmes

Castíguete la mano poderosa
De Dios, en sus cristianos ofendido.
De esta casa real y suntuosa,
Que vosotros llamáis Aljafería
Y yo cueva de sierpes ponzoñosa,
Permita Dios que llegue presto día,
En que caigan sus muros levantados,
Absoluto poder y tiranía;
Y los soberbios techos tan 1 dorados,
En vengativas llamas *yo los* 2 vea,
Por manos de los nuestros abrasados.
Y ya que preservada de esto sea,
Alcázar se conv erta de cristianos
Y *Príncipe* 3 *cristiano* 4 la posea;
El cual para los pérfidos paganos
Tenga después en ella cárcel fuerte,
Y mueran castigados á sus manos 5.

AJA.

Si vienes ¡oh cristiano! tú 6 por suerte,
Aunque bien lo declaras con tus voces,
De ver ejecutar la *torpe* 7 muerte;
Pues que *mi voluntad también* 8 conoces,
Declárame de todos el suceso,
Así la libertad perdida goces;
Que, puesto que soy mora, yo confieso
Que tengo compasión de vuestras cosas,
Por ver que son *juzgadas* 9 con exceso.

1 O., Los techos tan soberbios y—2 O., vueltos—3 M. y O., Rey por Dios—4 O., electo—5 O. Escena tercera del acto cuarto. Aja, Nuncio.—6 O., ¡Oh cristiano! si tú vienes—7 O., injusta—8 O., también mi compasión—9 O., tratadas

NUNCIO.

¡Oh tú que reprobar los *malos* [1] osas,
Cuando más prevalecen sus maldades
Y cortan sus espadas rigurosas!
Ahora de mi pena te apiades,
Ahora lo *preguntas* [2] con cautela,
Para saber así las voluntades.
De nadie ya mi lengua se recela,
Antes en altas voces contar quiero
Las muertes de Muley y de Isabela:
Pero mejor será contar primero
De sus padres, amigos y parientes
El martirio cruel, el caso fiero.

AJA.

Mas antes yo te *digo* [3] que no cuentes
Sino de los dos solos.

NUNCIO.

Pues prepara
De manantiales lágrimas dos fuentes
Como *suele fingir* [4] la madre cara
Á veces del enojo del [5] marido,
Con el hijo que vió que [6] desampara
El padre sin razón [7] endurecido,
Colérico la riñe, si [8] defiende
Al joven de su casa despedido:

1 O., males—2 M. y O., preguntes—3 M., ruego—4 O., finge tal vez—5 O., Que siente el mismo enojo que el—6 O., Cuando el hijo de entrambos—7 O., Que cuando ella le llora—8 O., La riñe si el materno amor

Ella *muestra que en ello* 1 condesciende,
Pero llora después *el* 2 hijo ausente,
De *suerte* 3 que el marido ya *lo* 4 entiende.
Tal y con tal dolor la triste gente,
Á vueltas la cristiana *con* 5 la mora,
Encubren 6 su pasión difícilmente.
Cada cual de Muley el caso llora,
Por ser en la ciudad amado tanto,
Y por su conversión mejor ahora.
Ni quedas, Isabela, tú sin llanto,
Pues moros y cristianos afligidos
Con lágrimas celebran tu fin santo:
Mas por no ser del Rey también punidos,
Refrenando las lenguas temerosas,
Daban indicios de esto 7 conocidos;
Y con las voces bajas y llorosas,
Llenos de turbación, se preguntaban
La causa principal de tales cosas;
Pero como los más se recelaban,
Negando la respuesta sin hablarse,
Los hombros y *cabeças* 8 levantaban;
Y como suelen muchos engañarse,
Algunos en favor del Rey decían
Que con sabios debió de aconsejarse.
En tanto que *estas cosas* 9 sucedían,
Y, delante la cárcel apiñados,
Los atónitos hombres 10 concurrían,
Sacaron á los tristes 11 condenados,

1 O., entonces con arte—2 O., al—3 O., forma—4 M. y O., la—5 O., de—6 O., Encubre—7 O., Ya de esto dan indicios—8 M., las manos—9 O., estos hechos—10 O., Atónitas las gentes—11 O., Sacan los miserables

Cuyos brazos, indignos de tal pena,
Llevan á las espaldas amarrados,
Encima de los cuales también 1 suena,
Dando clara señal de pesadumbre,
De torcido metal una cadena:
Cércales 2, *como tiene de* 3 costumbre,
Así de los ministros del Rey fiero,
Como de *circunstantes* 4, muchedumbre.
La bella dama fué la que primero
Maravilló la gente circunstante
Con descubrir el rostro tan severo.
Pasmáronse de verla *tan* 5 constante,
Que 6 en ánimo 7, lugar y fortaleza,
Al valiente Muley iba delante:
No *sólo no mostró tener* 8 flaqueza;
Pero con ser tan triste la salida,
Negó las apariencias de tristeza.

AJA.

No deben estimar la *corta* 9 vida
Los que saben *cuán* 10 frágil *es* 11 su gloria,
Y 12 tienen su mudanza conocida.

NUNCIO.

No *rompas el proceso* 13 de mi historia.

AJA.

Prosigue.

1 O., Sobre los cuales y arrastrando—2 M., Cercóles—3 O., Y cercanos conforme á la—4 O., circunstante—5 M., cuán—6 No existe la palabra en el Ms. M.—7 O., en—8 O., solamente no mostró—9 O., triste—10 O., lo—11 O., de—12 O., Si—13 O., interrumpas el curso

NUNCIO.

Los cabellos extremados
Tan dignos de quedar en la memoria,
Sueltos, sin más adornos *por* [1] los lados
Con una redecilla contendiendo,
Y de ella con el viento libertados,
Andaban varias luces despidiendo,
Como suelen tal vez las rubias mieses,
Con éste y aquel viento compitiendo.
¡Cosa digna de lástima!

AJA.

No ceses.

NUNCIO.

La gravedad del rostro no dejaba
Llegar á los ministros descorteses:
Con los hermosos ojos los *turbaba* [2]
Que *como* [3] la virtud se traslucía,
Los ánimos más [4] bárbaros domaba.
Notósele *también* [5] cómo volvía
Los ojos muchas veces, animando
Al valiente Muley, que la seguía.
¡Extraña cosa ver un pecho blando
De una tan muchacha cuanto bella
Al más valiente joven *consolando!* [6].
Topábanse los ojos de él y de ella:
Los de Muley llorando por su muerte,

1 O., en—2 M., trataba—3 O., en ellos—4 O., Y así los pechos—5 O., muy bien—6 O., animando!

Ó por la de la huérfana doncella.
Al fin *llora* [1] Muley con ser tan fuerte
(¡Oh virtud, cuánto puedes!), y la dama
Una mínima lágrima no vierte.
Todo lo pasa bien quien á Dios ama.
Dejemos esos bárbaros gentiles,
Que trocaron *la vida* [2] por la fama:
Mirad correr en años juveniles,
Á morir una dama tan contenta,
Pospuestas *las* [3] flaquezas mujeriles,
Como suele tal vez correr sedienta
Á la vecina fuente *veloz* [4] cierva,
Cuyas hermosas aguas ensangrienta.
Hay un campo, ribera de la *Güerva* [5],
Al cual niegan los hombres el arado,
Y *Dios da en todo tiempo verde* [6] yerba.
Lugar para dar *muerte* [7] dedicado,
Y por esto que digo tan *inculto* [8],
Que de él huyen las fieras y ganado.
Aquí con grandes voces y tumulto
Trajeron á los dos fieles cristianos,
Que ya Muley dejó de *serlo* [9] oculto;
Y luego los ministros inhumanos
Espalda con espalda los ataron
Por los pies, por los hombros *y* [10] las manos.
Todos los circunstantes se pasmaron,
Y con silencio triste muy atentos
Cuanto les permitieron se acercaron:

1 O., lloró—2 M., las vidas—3 O., sus—4 O., herida—5 O., Huerva—6 O., el cielo en todas las sazones—7 O., muertes—8 O., oculto—9 M. y O., ser—10 O., por

Dijeras que también los *raudos* [1] vientos
Se paraban á ver el caso fiero,
Según vimos cesar sus movimientos.
El silencio rompió Muley primero,
Y con osada voz y fuerte pecho
Confesó ser cristiano verdadero.

AJA.

¡Oh fementido moro, tal has hecho,
Y téngote yo lástima!

NUNCIO.

La dama
Prosigue de Muley el viril hecho,
Diciendo: Pues el pecho nos inflama
El que por redimir á los humanos
Tomó para morir la cruz por cama,
Preciémonos de ser sus cortesanos;
Y ya que cual él hizo no podemos
Alargar en la cruz los pies y manos,
Á sus graves tormentos imitemos:
Tú puedes ser mi cruz y yo la tuya,
Y juntos de esta suerte moriremos;
Y pues las almas son hechura suya,
Procure cada cual que, cuando muera,
Al mismo que la dió la restituya.
Dijo; pero sin duda más dijera,
Si rompiendo los aires una flecha,
Contra la *bella dama* [2] no viniera:
Entróse por la boca tan derecha,

1 O., roucos —2 M. y O., dama bella

Que le clavó la lengua, que tenía
Ya gran predicadora de Dios hecha.
Entró la flecha, pues, cuando salía
Por la cristiana boca repetido
El nombre del gran Hijo de María.
Todos vuelven á ver *el* [1] atrevido;
Mas antes *el* [2] cruel que con tal furia
De tan grande maldad autor ha sido,
El cual fué Bayaceto de Liguria,
Un tiempo bautizado, ya precito,
Pues que dejó su ley por la lujuria,
Alzan un general y triste grito,
Y todos lo señalan con el dedo
Diciendo que merece ser proscrito;
Mas él se presentó con gran denuedo,
Diciendo que por honra de su seta,
El arco disparó sin algún miedo.
Con esto la canalla, ya quieta,
Á la dama se vuelve, que tenía
Inserta por la boca la saeta.
Una fuente de sangre despedía,
Que, por el blanco pecho discurriendo,
Coral sobre marfiles parecía;
Y ya del blanco rostro desistiendo,
Cual de cortada flor, el color bello,
Las gracias se mostraban ir huyendo.
Inclinó con dolor el blanco cuello,
Cual con la [3] grande lluvia combatida
La *dormidera verde* [4] suele hacello.

1 O., al—2 M. y O., al—3 M., Como con; O., Como de—4 O., verde adormidera

Así quedó la virgen adormida:
Que la muerte del justo, sueño breve
La llaman, y principio de la vida.

AJA.

Á compasión grandísima me mueve
La muerte de esta dama desdichada.

NUNCIO.

Es deuda general que se le debe.
Por estar, como dije, tan atada
Al valeroso joven, que vivía,
No cayó la difunta desangrada.
El cuerpo de Muley la sostenía,
El cual debió sentir un nuevo peso
Cuando la bella dama quedó fría:
Debióle discurrir por cada hueso
Un hielo, cuando supo que, con vida,
Con la que no la tiene estaba preso
Así la vid nudosa, retorcida
Por el amado tronco, que la tiene
Encima de sus ramos sostenida,
Por más que la pesada segur suene
Y corte la raíz, ella segura
En el amado tronco se sostiene;
Pero sécase luego su verdura,
Y *descubre* [1] los pámpanos marchitos
La fruta, ni bien verde ni madura.

AJA.

¡Ay triste, si pudiese yo dar gritos!

1 M., descubren

¡Ay honra, que suspendes mi querella,
Y doblas mis tormentos infinitos!

NUNCIO.

Muley, ó que por ver á la doncella,
Se quisiese volver forzosamente,
Y desatar los lazos de él y de ella,
Ó que, *y es lo más cierto* 1, del presente
Dolor, el corazón se le cubriese
Con alguna congoja y accidente;
Ahora por querer forcejear fuese,
Ahora por desmayo repentino,
Que como dicho tengo le viniese:
Al fin, sin hablar más, á tierra vino
Con el amado peso de la dama,
Como yedra cortada con su pino.
Alrededor encienden viva llama,
La cual *les* 2 escondió *en* 3 humo luego,
Y fué su conyugal primera cama.

AJA.

¿Dime también, cristiano, yo te ruego,
Hubo quien pretendiese, si lo viste,
Libertar *á los* 4 míseros del fuego?

NUNCIO.

¿Tal cosa me 5 preguntas? ¡Ay me triste!
Ni quien contradijese la sentencia,
Sino con el recato que ya oiste.

1 Va la frase entre paréntesis en el Ms. O.—2 M. y O., los—3 M., con; O., en el—4 O., esos—5 O., ¿Esas cosas

AJA.

Ya me *faltan las fuerzas y* [1] paciencia.
Déjame sola, *joven* [2] desdichado.

NUNCIO.

Pues yo me parto ya de [3] tu presencia
Á renovar [4] el llanto comenzado [5].

ESCENA IV [6].

AJA.

Suspiros detenidos,
Salid ahora ya *del triste* [7] pecho:
Ojos inadvertidos,
Puesto que *es* [8] sin provecho,
Llorad, pues tanto daño me habéis hecho
En tanta desventura,
¿De quién *me debo yo quejar* [9] primero?
¿De mi corta ventura?
¿De Muley, por quien muero?
¿Del Rey, ó de su falso consejero?
¿Ó sólo tendré queja
Del fementido moro valenciano,
Que con su *fraude* [10] deja
Su juramento vano,
Cuando pensé tener el hecho llano?

1 O., falta la fuerza y la—2 O., anuncio—3 O., Vóime, porque mejor que en—4 O., Proseguiré en—5 O. *(Vase.)*—6 O. Escena cuarta del acto cuarto. Aja, sola.—7 O., salid del—8 En ambos Mss. no existe el vocablo.—9 O., de quién me quejaré—10 O., engaño

Adulce fementido,
Mejor fuera negarme 1 claramente
El don por mí pedido 2,
Que *mostrar* 3 obediente
El corazón, después tan inclemente 4.
Menor culpa comete
Quien niega lo que justamente puede
Cumplir, que quien promete,
Y después no procede
Á dar, ni *querer* 5 dar lo que concede.
Tal es 6 quien disimula
Y muestra buen semblante por de fuera 7,
Como quien 8 nos adula
Con lengua lisonjera,
Y *después en ausencia* 9 vitupera.
¿Tú pretendes corona?
¿Tú pretendes el cetro que perdiste?
¿Por qué? ¿Por tu persona?
¿Ó porque me cumpliste
Las *prolijas promesas* 10 que me diste?
Antes el Rey que falta
En algo *que tuviere* 11 prometido
De la Majestad 12 alta
En que se vió subido 13,
Merece ser de todos abatido.
Y tú también, tirano,

1 O., Negárasme el socorro—2 O., Mejor hubiera sido—3 O., mostrarte—4 O., Para ser luego ó falso ó negligente—5 O., quiera—6 O., Así—7 O., Pacífico semblante á quien espera—8 O., En su fe—9 O., en ausencia después nos—10 O., heróicas palabras—11 O., á lo que tiene—12 O., Desde la esfera—13 O., Hasta el centro escondido

Que tanto tus *castigos* 1 aceleras,
¿Tan presto, tan temprano,
Nuestras gentes alteras,
Y dejaste de ser quien antes eras?
Antes que la corona
Esa cabeza *bárbara* 2 ciñese,
Jamás hubo persona
Que de tí no dijese
Que *justa con tus méritos* 3 viniese.
¡Ay cuántos pretensores
De reinos y soberbias dignidades,
Antes de ser señores
Ganan las voluntades,
Cubriendo con virtudes sus maldades!
¿Pero yo, desdichada,
Con importunas voces solamente
He de quedar vengada?
¿Y de la vulgar gente
No tengo de mostrarme diferente?
Llorar, cualquiera 4 llora:
Á más ha de pasar mi sentimiento.
Sigamos, pues, ahora
Ese 5 *mortal intento* 6:
No se dilate más, *yo lo consiento* 7.
La noche me convida
Con *sus vecinas sombras á tal* 8 hecho:
Yo quitaré la vida
En el ocioso lecho

1 O., crueldades—2 O., varia te—3 O., á tus méritos justa no—4 O., ¿Llorar? Cualquiera—5 M., Este—6 O., Este gran pensamiento—7 O., mi horrible intento—8 O., estas sombras lóbregas al

Al 1 hermano cruel *contra mi* 2 pecho,
Y con osada mano
Abrasaré los miembros fraternales;
Porque tú y 3 el tirano
¡Oh Muley! vais 4 iguales
En estas ceremonias *funerales* 5.

ESCENA V.

AZÁN.—ZAUZALA.

AZÁN.

En los oídos traigo las querellas
Del indignado pueblo, cuyos gritos
Hieren con triste son en las estrellas.
Los hombres y los niños pequeñitos,
Cubriéndose los ojos con las frentes,
Llevan allí sus ánimos escritos.
De Muley los amigos y parientes,
Puesto que disimulan con cuidado,
Procuran la venganza diligentes.
Dicen que fué Muley 6 bien castigado;
Pero que la manera 7 del castigo
De los términos justos ha pasado.

ZAUZALA.

¿Y fáltales razón?

AZÁN.

Yo también digo

1 O., Á mi—2 O., al fiero—3 O., Y tú con—4 O., Muley mío de—5 O., infernales. *(Vase.)*—6 O., Y aunque dicen que fué- 7 O., Afirman que la forma

Que no fué castigarlo *como* 1 reo,
Sino vengarse de él como enemigo
El Rey por estas cosas, según creo,
Y 2 por dejar las suyas sepultadas,
Como suelen decir, en el Leteo;
Por ser, como tú sabes, consultadas
Con Audalla las más, *injustamente* 3
Por *ellos los dos solos* 4 sentenciadas;
Por atajar el daño ya presente,
Queriendo descubrir mejor su pecho,
De privadas pasiones inocente,
Y que si con rigor hubiese 5 hecho
Alguna cosa de estas, es Audalla
Quien el castigo dió contra derecho,
Hale mandado dar la muerte.

ZAUZALA.

Calla,
Que no le mandó dar por eso muerte,
Sino por Isabela su vasalla.

AZÁN.

Cosa grave me cuentas.

ZAUZALA.

Pues advierte,
Pero bajo la llave *del* 6 secreto,
Aunque sólo me basta conocerte.

AZÁN.

Una, ciento y mil veces te prometo

1 O., como á—2 O., Aun—3 M., y juntamente—4 O., **solos ellos fueron**—5 O., él—6 O., de

Que no lo sepa nadie por mi parte,
Puesto que tomo *cargo* 1 de discreto.

ZAUZALA.

No será necesario, pues, contarte
Cómo prendieron hoy á la doncella.

AZÁN.

No, si ya no gustares de cansarte.

ZAUZALA.

Audalla, pues, quedó solo con ella,
No menos que *los otros* 2, según vimos,
Abrasado también de su centella;
Porque cuando nosotros nos salimos,
Detrás de ciertas 3 puertas, acechando,
Aldujabar y yo nos escondimos;
Y los atentos ojos aplicando
Á ciertos agujeros, estuvimos
Con gran facilidad *los dos* 4 mirando:
Al viejo consejero del Rey vimos
No *cierto combatir con* 5 los cristianos,
Ni sus despojos pretender opimos;
Mas antes con suspiros, pero vanos,
Á la bella cristiana se rendía,
Queriéndole 6 besar las blancas manos.
Ella con gran valor le resistía,
Haciendo poco caso de la vida,
La cual y mucho más le prometía.
Ni 7 pienses que por esto se comida

1 M., carga—2 O., nosotros—3 O., Por detrás de las—4 O., ambos—5 O., combatir con fuerza—6 O., Queriéndola—7 O., No

Audalla, pero muda de consejo
Contra la dama bella y afligida.

AZÁN.

Si delante los ojos un espejo
Entonces al amante le pusieran,
Y *si* [1] pudiera ver el rostro viejo,
Sus *arrugas* [2] *y canas* [3] detuvieran
Su furia, y á la dama juntamente
Con su misma vergüenza defendieran [4].

ZAUZALA.

Juróle con *acuerdo diferente* [5]
De juntar á su [6] muerte rigurosa
La de sus viejos padres y su gente [7].
Ni por esto la dama valerosa
Aflojó [8] la constante resistencia,
Ni se quiso mostrar más amorosa.
Pasaran las palabras á violencia,
Si no temiera Audalla ser sentido.

AZÁN.

Muy tarde se valió de su prudencia.

ZAUZALA.

Pero de los desdenes ofendido,
Ó si no por ventura con vergüenza

1 O., él se—2 M., efectos—3 O., canas, el furor no

4 O. Y á la dama de llamas tan ardientes
Con su vergüenza fiel no defendieran?

5 O., acuerdos diferentes—6 O., Dar á sus padres—7 O., Y á su hermana y á todos sus parientes—8 M., Afloja

Para cubrir sus *culpas* 1 con olvido,
Ó porque muchas veces quien comienza
Un pecado, tras él se precipita
Hasta que la maldad del todo venza;
Audalla la sentencia solicita,
Y por mejor vengarse de la dama
Las vidas á sus viejos 2 padres quita.
Ella murió después en viva llama,
Y nosotros también al Rey nos fuimos,
Que yace, como sabes, en la cama:
Allí le relatamos lo que vimos;
El cual con tanta saña nos oía,
Que con darle *el aviso lo* 3 temimos.
Prolijo *y* 4 prolijísimo sería
Repetir las demandas y respuestas
Que el Rey sobre lo dicho nos hacía:
Al fin con evidencias manifiestas
El Rey *se satisfizo* 5.

AZÁN.

Muy 6 bien pudo,
Y fueron muy bastantes causas éstas.

ZAUZALA.

Así que por lo dicho yo no dudo,
Sino que *le* 7 mató por su pecado,
Y no para *tenerle* 8 por escudo.

1 O., faltas—2 O., La vida á sus piadosos—3 M., el aviso la; O., tal nueva le—4 En el Ms. O. no se lee la conjunción.—5 O., de Audalla se vengó—6 No se lee la palabra en el Ms. O.—7 M., la —8 M., tenerlo

AZÁN.

No sé si fué por *eso* 1 castigado;
Pero, como te dije, yo sé cierto
Que yace *con infamia deshonrado* 2.

ZAUZALA.

¿Vístele tú morir?

AZÁN.

Yo le ví muerto,
Y con innumerables puñaladas
El corazón oculto descubierto.
Vile las *blancas canas* 3 afeadas,
Sin honor, polvorosas y sangrientas,
Que fueron otro tiempo veneradas.

ZAUZALA.

Audalla feneció, según me cuentas.

AZÁN.

Esta cabeza suya que *yo* 4 llevo,
Relación te dará de sus afrentas:
Con ella sentiremos horror nuevo,
Cuando, como la piensa dar, la diere
El Rey á sus lebreles para cebo.
Los divididos miembros también quiere
Fijar en estos muros, porque sea
Ejemplo de temor á quien los viere.

1 M., esto—2 O., entre los nuestros arrojado—3 O., canas graves—4 O., al Rey

ZAUZALA.

¿Habrá quien los mirase que no crea,
Viendo con tal adorno las almenas,
Que son éstas *la casa* [1] de Medea,
Ó las de los hermanos de Micenas? [2].

ESCENA VI [3].

AJA.—SELÍN.

AJA.

¿Yo soy la que rabiaba por venganza?
¿Pues cómo ya la cólera no arde?
Temprano, corazón, haces mudanza.
¿Temprano? *Muy mejor dijera* [4] tarde.
Antes de comenzar esta matanza
Te debieras mostrar, Aja, cobarde,
Antes que con la sangre de tu hermano
Su lecho mancillaras y tu mano [5].

SELÍN.

¡Oh noche tenebrosa! *¡Oh* [6] noche fiera!
Que con anticipar tu sombra tanto,
Prodigio quieres ser y mensajera
De la terrible causa de mi llanto:
Dilata tus tinieblas de manera
Que dejes á los hombres con espanto,

1 O., las casas—2 O. *(Vanse.)*—3 O., Aja, ensangrentada.—4 O., Harto mejor dijeras—5 O. Escena séptima del acto cuarto. Selin, Aja.—6 En ambos Mss. no existe la interjección.

Y puedan conocer *en las* 1 señales,
Sin que yo los relate, nuestros males.
¿Mas quién es tan osado que procura
Con importunas luces ofenderte?
¡Oh tú, si fueses alma por ventura
De los que recibieron hoy la muerte!
Pero ya te conozco, mujer dura,
Y bien puedo por cierto conocerte,
En las tristes insignias y despojos
Con que te manifiestas á mis ojos.

AJA.

¿Quién eres, desdichado, tú que vienes
Endechas *tan prolijas* 2 derramando?

SELÍN.

Propio nombre *me* 3 diste, pues mis bienes,
Perdidos por tu causa, voy *llorando* 4;
Pero sí de Selín memoria tienes;
Selín, que ya se vió felice cuando
Adulce su Señor y Rey vivía,
Selín soy yo por la desdicha mía.
Y pues en tal lugar hallarte puedo
Sin *turba de doncellas ni de* 5 gente,
Escucha tu maldad.

AJA.

Yo te concedo
Que me digas injurias libremente.

1 O., por tus—2 O., dolorosas—3 O., les—4 O., buscando—5 O., tus damas y dueñas y sin

SELÍN.

No pienses que por tí tuviera miedo,
Que ya con mis desdichas soy valiente,
Y no temo la muerte que pudieras
Mandarme dar al punto si quisieras.

AJA.

No dilates el caso.

SELÍN.

De tus cosas
Adulce con razón desesperado,
Esta mañana se salió conmigo:
Pensé como lo tuvo *por* 1 costumbre,
Que sólo de salir á ver los campos,
Ó por hacer cansar en la carrera
Algún veloz caballo. ¡Cuántas veces,
Ay triste, deseoso de agradarte,
En estos trabajosos ejercicios
Ejercitó *su valeroso cuerpo!* 2.
Pensé que por ventura pretendía
Desenfadar el ánimo perplejo.
¡Ay me! con gran razón culparte debo,
Señor, pues encubriste de tu siervo
Un hecho tan atroz.

AJA.

Prosigue.

SELÍN.

Luego 3,

1 M., de—2 O., sus valerosos miembros!—3 No se lee la palabra en el Ms. M.

Como de la ciudad nos apartamos,
El corazón me daba mil latidos,
Y con *agüeros tristes* [1] ví muy claro
El daño de que soy testigo y nuncio.
¿Mas qué valen agüeros y portentos
Al que quiere morir y lo procura?
Los ligeros caballos parecía
Que, como sabidores del suceso,
No quisieran seguir aquel camino,
Y con las altas crines rebufantes,
Las agudas espuelas no temiendo,
Dudaron de pasar la *larga puente* [2]
Por bajo [3] de la cual Gállego corre.

AJA.

No me tengas suspensa más: prosigue.

SELÍN.

En unos laberintos intrincados
De *retamas amargas* [4], tan espesos
Que casi los caballos nos cubrían,
Entramos los dos juntos, mas el uno
Para quedar allí perpetuamente.
Apeados los dos de los caballos,
Adulce dió la muerte luego al suyo.
Sospeché su propósito furioso,
Mas no le pregunté por qué lo hacía.
Luego, con profundísimos gemidos,
Dijo: Sabrás, Selín, que mi Señora

1 O., agüero triste—2 M. y O., puente larga—3 M. y O., Debajo—4 O., zarzas y retamas

(No lo puedo negar, por tal la tengo) [1]
Me mandó cierta cosa: no la nombro
Porque le prometí de no decilla,
Como le prometí también *de* [2] hacella.
Quise poner por obra la promesa,
Y no me fué posible, puesto caso
Que no temiera *yo de* [3] los peligros
Que me pudieran ser inconvenientes,
Cuando también la honra no lo fuera.
Vi [4] que sin ser traidor, sin ser ingrato
Á las amigas obras de su hermano,
No pudiera cumplir lo prometido.
Así por esta causa pensativo,
He salido confuso, procurando
Darle satisfacción, como lo debo.

AJA.

Inútiles excusas y livianas.

SELÍN.

Él estaba diciendo lo que digo,
Y yo ya prevenido, *con* [5] razones
Queriendo *consolarlo* [6], cuando fiero
Dos *y* [7] tres veces con rabiosa furia
El noble pecho con la daga rompe.
Quísele socorrer, pero fué tarde:
Ni le pude quitar la fiera daga
Primero que su saña concluyese;
Y dando muchas vueltas en el suelo,

1 Sin paréntesis en el Ms. O.—2 No se lee la palabra en el Ms. M.—3 O., todos—4 O., Ni—5 O., de—6 O., consolarle—7 O., ó

Con los horrendos ojos ya mortales,
Apenas pronunciando las palabras,
Me dijo: Contarásle mi suceso
Á la que fué la causa.

AJA.

De mayores
Males soy también causa.

SELÍN.

Porque sepa
Que quise más morir que dar la muerte
A los claros renombres de mi fama;
Porque no se dijese que mi pecho,
En donde 1 su retrato *tuve* 2 siempre,
Cubrió jamás engaños y traiciones:
Pero *que pues* 3 le dí mi fe constante
De morir ó cumplir su mandamiento,
Que cumplo mi promesa, pues que muero,
Y para testimonio de mi muerte,
Tú, Selín 4, llevarásle mi cabeza.
Estas fueron las últimas palabras
Con que me lastimó quedando muerto.
Al punto con humilde sepultura
Á mi Rey sepulté con celo pío:
Quitéle la cabeza valerosa,
La cual te doy agora por trofeo.

AJA.

Á no *temer* 5 aquí mayores daños,

1 M. y O., Á donde—2 O., guardé—3 O. pues que—4 M., Selino —5 O., tener

Diérame más dolor el que me cuentas;
Puesto caso que siento sumamente
La muerte de tu Rey.

SELÍN.

Yo también *creo* 1
Que no sin novedad á media noche
Con tantos improperios estás sola
Fuera de *tus palacios* 2 de tal suerte.

AJA.

Pues Adulce calló, como debía,
Lo que yo le pedí, quiero callarlo:
Sólo sabrás que con enojo de ello
Hice lo que diré luego.

SELÍN.

Comienza.

AJA.

En éste su real Palacio fuerte,
Ceñido de 3 este muro que lo cerca
En vano tan murado, pues la suerte
Enemiga le *dió* 4 mucho más cerca,
Lejos el pensamiento de la muerte,
Evidente señal de que se acerca,
Estaba mi cruel hermano, cuando
Aja le va colérica buscando.
El sueño postrimero le tenía
Ocupados los ojos á mi hermano:

1 No existe la palabra en el Ms. M.—2 O., tu palacio y—3 O., Fuerte por—4 O., halló

Bien *lo* 1 pude *ver yo* 2, porque tenía
Estas ardientes llamas en la mano
Tuve lugar de ver á quien hería;
Tuve lugar, y vile, mas en vano,
Pues con este puñal abrí su pecho
Y con las llamas abrasé su lecho.
Abrió los ojos tristes por ventura,
Para que mi delito mayor fuese:
Hermana, me llamó dos veces, dura;
Y como la tercera vez quisiese
Repetir este nombre con dulzura,
El aliento faltó, sin que pudiese
Proseguir la dicción; pero moviendo
Los yertos labios, *le* 3 quedó diciendo.
Ví la maldad entonces descubierta
En la fraterna sangre que corría;
Quise salir huyendo, mas la puerta
Atinar de turbada no podía;
Pero tuve después salida cierta,
Acordándome luego que traía
Una llave maestra, *cuyo* 4 medio
Es quien 5 para salir *me dió* 6 remedio.
¿Pero por qué relato por extenso
El fin de mis maldades tan horrendo?
¡Oh tú que con dolor estás suspenso,
Estos sucesos míseros oyendo!
Pues yo con tales *daños* 7 recompenso
Al que quiso morir obedeciendo,
Dame la digna muerte de tu mano

—1 M. y O., le—2 M. y O., yo ver—3 M., la; O., lo—4 O., que fué—5 O. No existen las dos palabras.—6 O., y todo mi—7 M., dones

Á tu Señor vengando y á mi hermano.
Y ya que *las estrellas y Diana* 1
Se *cubren* 2 por no verme tan sangrienta,
No *quieras que la luz de* 3 la mañana
Á mis ojos renueve tal 4 afrenta;
Ó que por no mirar de sangre humana
Una mujer cual yo vivir 5 sedienta,
El sol cubra su *luz* 6 contra *su* 7 uso,
En vez del cual se extienda caos 8 confuso.
Yo soy quien te quitó tu señor caro,
Cuya temprana muerte vengar debes;
Yo soy quien te quitó tan *buen* 9 amparo:
Por mí *contigo son sus dones* 10 breves;
Muévete por tu daño sin reparo,
Ya que por sus miserias no te mueves:
Con esta misma daga fratricida
Me puedes acortar la torpe vida 11.

SELÍN.

Cuando me fuera lícito matarte
Cosa de mi valor 12 tan apartada,
Lo dejara de hacer por contemplarte

1 O., el cielo á la quietud cercana—2 O., encubre—3 O., pretenda en mis ojos—4 O., Que yo renueve á tu esplendor mi—5 O., Por mi desdén una mujer—6 O., lumbre—7 O., el—8 O., Propio, y vuelva el caos otra vez—9 O., noble—10 O., te fueron sus mercedes

11 O. Y pues que mi delito ves tan claro,
Tan digno del castigo, no repruebes
La ejecución quitándome la vida
Con esta misma daga fratricida.

12 O., Obra de mi á tu honor

De mi señor en vida tan amada;
Y pues él se mató por contentarte
(Testigo su cabeza destroncada) [1],
Para que satisfagas á lo hecho
Tú te puedes romper el duro pecho.

AJA.

Pues sigue mis pisadas.

SELÍN.

Ya [2] te sigo.

AJA.

Verás con la constancia que lo hago.

SELÍN.

Yo voy, pues he quedado por testigo,
Aunque *también soy* [3] parte *en el* [4] estrago [5]

AJA, *dentro* [6].

Mi triste muerte contarás, amigo,
Y recíbeme tú, profundo lago,
Porque *jamás las gentes no* [7] me vean.

SELÍN, *dentro.*

Las aguas turbias tu sepulcro sean.

1 O. Sin paréntesis.—2 M. y O., Yo—3 O., sin ser—4 O., del—5 O. *(Entrase.)*—6 O. Aja, desde dentro.—7 O., las gentes ya jamás

ESCENA VII [1].

EL ESPÍRITU DE ISABELA.

Á los rayos del sol opuesta, hace
Con olorosos leños una cama
La fénix, y después *con* [2] viva llama,
Sacudiendo las alas, se deshace:
Y luego que con esto satisface
Á la *preciosa* [3] muerte que la llama,
(Según tienen los más por cierta fama)
Con nuevas plumas y color renace.
Yo, pues, en los tormentos y dolores
De las ardientes llamas, cuyo humo
Es olor agradable para el cielo,
Cual fénix, Isabela, me consumo;
Pero con *vivas* [4] alas y colores
Renazco para dar eterno vuelo.
Y pues á los del suelo
Admiración os causo,
Cuando alguno presuma,
Aunque con torpe pluma,
Escribir mi suceso, dadle aplauso [5].

1 O. Escena octava del acto cuarto. Aparece en visión en lo alto el espíritu de Isabela.—2 M., en—3 M., precisa—4 M., nuevas—5 Todos estos versos que dice Isabela hállanse en el Ms. O. con las siguientes variantes que se notarán:

Á los rayos del sol opuesta hace
De antigua palma en la escogida rama
El fénix su sepulcro, en cuya llama
Entre el olor de sus aromas yace;

Mas despues que con esto satisface
Á la precisa muerte que la llama,
De la funesta y luego genial cama
Con nuevas plumas y color renace.
Yo, pues, en los tormentos y dolores
Como en las llamas, cuyo lustre en humo
Sube olor aromático hasta el cielo;
Yo, Isabela, aunque ardi no me consumo,
Porque con nuevas alas y colores
Renazco para dar eterno vuelo.
Y pues á los del suelo
Admiración os causo,
Cuando alguno presuma
Con menos digna pluma
Escribir mi suceso, dadle aplauso.

ALEJANDRA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

INTERLOCUTORES.

La Tragedia, que hace el prólogo ó loa.
Ostilo.
Rémulo.
Alejandra.
Lupercio.
Orodante.
Acoreo, Rey.
Sila, Princesa.
Orilo.
Nuncio,
Y otros 1

1 En el Ms. O. léese así la serie de *Interlocutores:*

Ostilo.. } Capitanes.	Acoreo, Rey.
Rémulo. }	Alejandra, Reina.
Lupercio, privado.	Sila, Princesa.
Un Nuncio.	Orilo, Ministro.
Orodante, copero.	Fabio, Capitán.
Dos Niños.	Portero.

Gente de guarda.—Soldados y criados.

Es necesaria mucha prevención para su representación, tanto en la disposición del teatro como en las cosas necesarias.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

OSTILO.—RÉMULO.

RÉMULO.

Por la fe que juramos inviolable,
Si *teméis* 1 á los dioses soberanos,
Y por el lazo fuerte y amigable
Que ciñe para siempre nuestras manos,
Te conjuro 2, Ostilo, seas estable
En la *jurada* 3 liga, como hermanos,
Estando juntamente preparados
A la *resolución* 4 de nuestros hados 5.

OSTILO.

¿Qué temor vano, Rémulo, te aflige?

1 temes—2 mi—3 guardada—4 revolución

5 Sacudamos, pues, el grave yugo
Que nos tiene carga las las cervices,
Ó puestas en las manos del verdugo,
Si crecen en tal planta las raíces
(Á entrambos si lo sabes esto plugo),
Tu daño buscarás si contradices,
Pues para ella tus manos no se eximen
De ser participantes en el crimen.

El sabio Estagirita da lecciones
Cómo me han de adornar los escritores;
Pero la edad se ha puesto de por medio,
Rompiendo los preceptos por él puestos,
Y quitándome un acto que solía
Estar en cinco siempre dividida:
Me han quitado también aquellos coros
Que andaban de por medio entre mis scenas;
Y á la verdad no siento ya esta falta
Por no cobrar el nombre de prolija,
Por 1 ver que voy vestida de este luto:
Mas es costumbre ya de nuestros tiempos
Que *forman los vestidos* 2 á los hombres,
Y muchos son doctores en los trajes;
Mas los doctos varones, y que tienen
Los altos pensamientos remontados,
Con ellos van midiendo y ajustando
La real gravedad de la Tragedia;
Pero aquí perderé de mi decoro,
Porque había de estar continuo triste
Y ya no puedo estar sino contenta
De ver la gravedad del auditorio,
Y espíritus ilustres que me aguardan.
¡Oh cómo es cosa cierta las más veces
Salirnos al revés del pensamiento
Las cosas que allá dentro se imaginan!
Yo *pensé* 3 que os hallara alborotados,
Impacientes, coléricos, soberbios,
Y una masa de vulgo todos hechos;
Y al fin os hallo blandos *y* 4 amorosos,

1 Y—2 los vestidos forman—3 creí—4 No se lee la conjunción.

Con un silencio tal, que me parece
Que estáis aquí la flor de los nacidos.
También imaginádabes vosotros
Que aquí saliera Plauto con su Anfitrio
Ó Terencio quizá con sus marañas,
Y os mostrara á su Sosia, ó á su Davo,
Á Pánfilo, ó á Simo con su Cremes,
Y al revés os saldrán los pensamientos,
Que todo ha de ser llanto, muertes, guerras,
Envidias, inclemencias y rigores.
Imagináis quizás [1] que estáis ahora
Contentos en la noble y fuerte España,
Y en la insigne ciudad de Zaragoza,
Ribera del antiguo padre Ibero,
Debajo aquellas leyes tan benignas
Que *los* [2] Reyes famosos os dejaron,
Atando la clemencia y la justicia
Con tantas y tan grandes libertades.
¿Pensáis que estáis en tiempo de Filipo,
Segundo Rey invicto de este nombre?
Y estáis *(¡oh desdichados de vosotros!)* [3],
¿En dónde si pensáis? En medio Egipto,
Ribera del famoso y ancho Nilo,
En la grande ciudad llamada Menfis,
En donde reina y vive un Rey tirano,
Cuyo fuerte palacio veis presente;
Aquí la casa real tiene su asiento,
Aquí se albergan hoy los infernales:
Mirad en poco tiempo cuántas tierras
Os hace atravesar esta Tragedia;

1 Á donde imagináis—2 sus—3 ¡ay desdichados de vosotros!

Y así, si en ella veis algunas cosas
Que os parezcan difíciles y graves,
Tenedlas, sin dudar, por verdaderas,
Que todo á la Tragedia le es posible,
Pues que muda los hombres sin sentido
De unos reinos en otros, y los lleva.

LOA [1].

TRAGEDIA.

Estas tocas sangrientas y corona,
Y la lucida espada de dos cortes,
Os descubre mi nombre, que es Tragedia,
Nacida de *desgracias de los Príncipes* [2],
Inventada al principio por los griegos,
Celebrada después por los latinos
Y puesta en perfección por muchos otros,
Como fueron Eurípides y Sófocles
Y vuestro celebrado español Séneca.
Quieren decir que Tespis fué mi padre,
Y que nací en la fiesta del dios Baco:
Al fin es muy antigua mi prosapia,
Y de más gravedad que la Comedia.

1 Prólogo. Sale una mujer fingiéndose la Tragedia con unas tocas sangrientas á una mano y la espada en la otra.—2 pecados de los Reyes

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

¿Por qué temes mudanzas en Ostilo?
Primero el que los altos cielos rige
Hará volver atrás su sacro Nilo,
Que vuelva yo, ni falte á lo que dije,
Si acaso, como suele, el vital hilo
La parca inexorable no me corta,
Dando á la voluntad la rienda corta.

RÉMULO 1.

Darame la malicia 2 llana puerta
Que *á más de* 3 que son justas mis razones,

Bien sabes, pues, Ostilo que tenemos
Innumerable copia de soldados,
Á unos que por pagas atraemos,
Para nuestro propósito obligados;
Á otros que de deudas absolvemos
Poniendo en libertad los desterrados;
También otros caudillos hay ocultos
Amigos de motines y de insultos.
Á unos ha incitado la lujuria
Y los robos sangrientos de la guerra;
Á otros la venganza de la injuria
Y el ser restituidos en su tierra;
La codicia también infernal furia
Con el hambre rabiosa que se encierra
Á incitar á los pechos rigurosos
De los pobres soberbios sediciosos.
El vulgo aficionado á novedades
Asalto moverá por otra vía
Que tentando las flacas voluntades
Las traje confirmadas á la mía:
Dije que por guardar las libertades
Y borrar la cizaña y tiranía
De este soberbio Príncipe Acoreo
Ha nacido en mi pecho tal deseo.

2 Daríame la milicia—3 demás

Á los ánimos débiles despierta
La dulce libertad y pretensiones.

OSTILO.

La guerra tengo, Rémulo, por cierta,
Si tú con diligencia te dispones;
Mas por *estar capaces en el* [1] hecho,
Descubre lo que tienes en tu pecho.

RÉMULO [2].

Lupercio, cuyo esfuerzo me *podría* [3]
Torcer el valeroso presupuesto,
Porque en sola su astucia y valentía
El Rey y pueblo tiene su amor puesto,
No podrá alcanzar ya lo que quería,
Ni menos ofenderme en algo de esto,
Pues los pasos corté de su privanza,
Por sólo asegurar nuestra esperanza.

OSTILO.

¿Á Lupercio?

RÉMULO.

Á Lupercio.

1 hacerme yo capaz al

2 Bien sabes que el tirano vive en ocio,
Sin gente ni caballos para guerra,
Que esto ayuda también á mi negocio,
Con el gran descontento de la tierra:
Escucha, pues verás cómo negocio
Si la puerta Fortuna no me cierra:
Yo quito el rico cetro de la mano
Al insolente Príncipe tirano.

3 podía

OSTILO.

Yo me espanto,
Porque estaba en los cuernos de la luna.

RÉMULO.

Pues qué mayor señal que subir tanto,
Para ver la mudanza de fortuna.

OSTILO.

Amábalo el Rey mucho.

RÉMULO.

¿Sabes cuánto?
Que sin él no trataba cosa alguna.

OSTILO.

Al fin.

RÉMULO.

Al fin ahora lo aborrece.

OSTILO.

Bien le paga el traidor lo que merece.

RÉMULO.

No siempre de los Reyes nace el daño,
Ni el poner en olvido los servicios;
Mas de otros que aconsejan con engaño,
Por tenellos afables y propicios.

OSTILO.

Cada paso y momento me es un año:
No me cuentes el caso por indicios,

Pues no menos, Señor, que tú deseo
La muerte de Lupercio y Acoreo.
Porque aunque muestre el Rey su rostro afable,
Teniendo mis servicios en memoria,
No es caso entre nosotros memorable
Que á Lupercio atribuya nuestra gloria,
Y que de él solamente trate y hable,
Asentando á su cuenta esta vitoria,
Pues por el dios Osiris, que servimos
También *los dos allí* [1] lo que pudimos.

RÉMULO.

También me mueve á mí contar Lupercio
El ver que ya nos lleva tal ventaja,
Habiendo antes servídome en mi tercio
De llevar en los hombros una caja;
Y no siento esto tanto, *ni aun el tercio* [2].
Sino [3] que de prosapia obscura y baja
Ha llegado tan presto á ser tan grande,
Que no hay después del Rey quien más que él mande.

OSTILO.

¿Has visto cuán de mano nos ha dado?

RÉMULO.

Tanto que al parecer no nos conoce.

OSTILO.

Continuo un bajo, puesto en alto estado,
Á los deudos y amigos desconoce.

1 allí los dos—2 á no ser necio—3 Es

RÉMULO.

Pues tenga su esperanza en ser privado,
Que yo tengo de hacer que no lo goce,
Ni el Rey tampoco el reino injustamente,
Como ahora sabrás extensamente.
Estando con el Rey ayer tratando
De aquello que en la guerra ha sucedido,
Con discreción el pecho especulando,
Le conocí que estaba desabrido,
Y allá medio en secreto suspirando,
Andaba en pensamientos divertido:
Yo entonces, por *saber mejor* [1] su intento,
Probé con discreción á *darle* [2] un tiento.
Entré con la lisonja.

OSTILO.

Buen camino
Es ese para Príncipes tiranos.

RÉMULO.

Diciendo: Sacro Rey, pues eres dino
De igualarte á los dioses soberanos...

OSTILO.

¡Cuán cierto es dar renombre de divino
Al que es escoria y hez de los humanos!

RÉMULO.

Pues *esta gran* [3] victoria [4] has alcanzado,

1 mejor saber—2 dar—3 tal—4 ahora

No admitas en tu pecho otro cuidado.
La blanca barba asió con la una mano
Y dando un gran suspiro con voz alta,
Me dijo: *¡Ah* 1 triste Rey! *¡ah* 2 viejo cano!

OSTILO.

Suspenso estoy.

RÉMULO.

Escucha, que más falta.
Volvíle á preguntar al Rey tirano:
¿Has hallado, señor, alguna falta
En algún capitán? ¿Hay nueva guerra?
¿Hay algunos rebeldes en la tierra?
Si la grande Alejandra por ventura
La vana *rebelión* 3 intentar osa
Soberbia, con la antigua sepultura
Á do el *Mandonio* 4 Príncipe reposa,
Bien puedes amansarle su locura,
Que no te falta gente belicosa,
Ni menos capitanes esforzados,
De recientes victorias inflamados.
¿Por qué, señor, no estás regocijado
Con 5 verte vencedor de tanta gente
Como el fuerte Lupercio te ha postrado,
Y puesto bajo el yugo inobediente?
Apenas á Lupercio hube nombrado,
Cuando arrancó un suspiro tristemente,
Y 6 poniéndome *el* 7 brazo sobre el hombro...

1 ¡Ay!—2 ¡ay!—3 religión—4 Macedonio—5 En—6 No existe la conjunción.—7 un

OSTILO.

Acaba de contar, *que ya* 1 me asombro.

RÉMULO.

Su 2 enojo le cegó de tal manera,
Y yo con tal astucia le incitaba,
Que al fin su descontento supe que era
De que en celos rabiosos se abrasaba;
Él mismo me dió de ello cuenta entera,
Manifestando el fuego que ocultaba 3;
Díjome sospechaba y aun sabía
Que Lupercio en la Reina le ofendía.

OSTILO.

¡Oh ciego Rey! Tu daño claro veo.
¿De dónde sospechar el caso pudo?

RÉMULO.

Pues yo viendo *tal* 4 puerta á mi deseo,
Le dije, habiendo estado un rato mudo:
De la Reina tal caso no lo creo,
Pero de ese Lupercio no lo dudo;
Y quiera Dios, señor, que no suceda
Tal mal que remediallo no se pueda.

OSTILO.

¿De dónde supo el Rey su desventura?

RÉMULO.

Antes se lo imagina, ó lo sospecha.

1 porque—2 Si—3 Y yo ví su pasión y furia brava—4 esta

OSTILO.

El ser ella mujer de sangre obscura
Hará más verdadera la sospecha.

RÉMULO.

El valor de Lupercio, y la hermosura
De la que fué por ella Reina hecha,
El verse el Rey ya viejo y tan cansado,
Á cegarle del todo han ayudado.
Quedó con lo que digo de tal suerte,
Que sin probanza pública ni oculta
Á los que digo quiere dar la muerte:
Ya ves de este suceso qué resulta.
Ahora porque no se desconcierte,
Ó á lo menos se temple, si consulta
Con otros este caso, es conveniente
Que te vayas al Rey astutamente.
Dirásle que Lupercio ser caudillo
De cierta gente oculta has descubierto;
Darás grandes suspiros al decillo,
Mostrándote turbado y hombre experto.

OSTILO.

Al cabo estoy del todo: el diferillo
Puede sólo dañar nuestro concierto,
Pues tengo *ya* [1] la gente apercibida,
Y en el puesto que sabes recogida.

RÉMULO.

Con esto *pienso*, *amigo* [2], que concluyo

1 yo— 2 amigo, pienso

El dulce fin que pide mi deseo,
Si yo á Orodante el reino restituyo.

OSTILO.

Bien puedes ya llamarle Tolomeo.

RÉMULO.

El mayor interese ha de ser tuyo:
Si en el lugar del bárbaro Acoreo
Cobramos un mancebo blando y tierno,
Los dos al fin seremos su gobierno.

OSTILO.

El *moço* 1 sabe ya lo que tratamos.

RÉMULO.

Aún le hago creer que soy su tío.

OSTILO.

Conviene, pues, que ya le descubramos
Su nombre, su linaje y señorío.

RÉMULO.

Primero, si os parece, á tratar vamos
Lo que falta, que al *moço* 2 yo confío
Lo hallaremos á todo aparejado.

OSTILO.

Dejadme los 3 demás á mi 4 cuidado.

1 joven—2 joven—3 Dejad de lo—4 el

ESCENA II.

ALEJANDRA.—LUPERCIO.

LUPERCIO.

No sirve el importunar
Sino de descomponerte,
Porque es un negocio fuerte
Querer al Rey afrentar
Y á mí buscarme la muerte;
Que si bien *se considera* 1,
Jamás otro bien resulta
De cosas de esta manera.

ALEJANDRA.

Mas ésta ha de ser oculta,
Como si jamás se hiciera.

LUPERCIO.

No dejo de hacer tal hecho
De 2 temor de que se sepa,
Sino porque en un buen pecho
No es justo que cosa quepa
Si no queda 3 satisfecho 4.
¿Es bueno que le haga guerra

1 lo consideras—2 Por—3 De que no esté

4 Que en cumplir tu voluntad
Ó lo que llamas amor,
Manchada tu honestidad,
No temo al Rey, mi señor,
Pero temo á mi bondad.

Debajo de falso velo,
Y que con fingido celo
Mande defender su tierra
Y que le robe su cielo?
Muy mal pagas el amor
Que continuo te ha tenido,
Pues que pones en olvido
Que, siendo el Rey tu señor,
Se quiso hacer tu marido [1].
Acuérdate de que niegas
Á tu marido y señor,
Y que á tu siervo te entregas.

ALEJANDRA.

Cuantas razones alegas
Son todas en mi favor [2].
Y si olvidar al Rey quieres,
De eso, amigo, no te asombres,
Que es justo, si lo entendieres,
Que quien no la guarda á hombres,
No le tengan ley mujeres.
¿Él no mató á su mujer
Cuando se casó conmigo?

1 Agravias á su persona
Y á tí con tus propias manos:
Quién pensara ¡oh soberanos!
Que debajo una corona
Nacen pensamientos vanos.

2 Y también indicios grandes
De estar del todo rendida,
Pues que pospongo la vida
Y te ruego que me mandes
Habiendo de ser servida.

LUPERCIO.

Y aun eso te había de ser
Claro ejemplo del castigo
Que en tí puede el Rey hacer.

ALEJANDRA 1.

Mira *ya que un caudal* 2 río
Tengo con 3 mis llantos hecho:
Éste rompió el albedrío
Y á tí *te* 4 ha puesto en *mi* 5 pecho.

LUPERCIO.

Yo tengo al Rey en el mío.

ALEJANDRA.

Amor te retrató allí
Con tan divinos matices...

LUPERCIO.

Mira que el Rey está aquí.

ALEJANDRA.

¿Dónde?

LUPERCIO.

Retirado 6 en mí,

1 Ya yo entiendo que es delito,
Pero fuérzame el amor:
Dijeras mucho mejor
Que te fuerza el apetito,
Pues pospones el temor.

2 un caudaloso—3 Que tengo en—4 No existe el vocablo.—5 el—6 Arrebozado

Escuchando lo que dices [1].

ALEJANDRA [2].

Pues aunque más inhumano,
Te tengo de guardar ley.

LUPERCIO.

Tendrasla, te juro, en vano,
Que antes de romperla al Rey
Me dará muerte esta mano,
Y quédate [3] sola.

ALEJANDRA.

No huyas,
Pues que no soy tu enemiga;
Antes, para más fatiga,
Por esas pisadas tuyas
Me manda amor que te siga [4].

ESCENA III.

LUPERCIO.

¿De qué sirve, Rey, tener
Con mucha gente tu guarda,

1 No te avergüenzas de ver
Que te está el Rey escuchando,
Y aún lo imagino llorando
De ver su dulce mujer
Estar amores tratando;
Que por más que lo deseche,
Jamás su dolor se alivia
Ni hay remedio que aproveche.
2 Alguna fiera de Libia
Te ha dado, Lupercio, leche.

3 Quédate—4 *(Vase Lupercio y sale inmediatamente.)*

Si, entre tanto que te guarda,
Te vende acá tu mujer?
Por Isis que no pensé
Salir tan bien de este hecho,
Y que ha mostrado mi pecho
Grandes aceros *de* 1 fe.
Más digno soy de alabanza
En esto que he resistido,
Que en las batallas *que* 2 ha sido
Bañada en sangre mi lanza;
Que en los combates trabados,
Si se alcanza gloria alguna,
Lleva su parte fortuna,
Y su parte los soldados;
En la sangrienta batalla,
Sangre de diversos corre:
Unos escalan la torre,
Otros *vuelan* 3 la muralla;
Así como cada cual
Va comprando la vitoria,
Lleva parte de la gloria
Y es el gozo general;
Y de aquel común furor
Han formado el apellido
De quedar aún el vencido
Con nombre de vencedor:
Mas en el encuentro airado
De donde alcancé vitoria,
Yo solo gano la gloria,
Pues yo solo he peleado;

1 y—2 do—3 baten

Y no pensé tal suceso
De guerra tan peligrosa,
Porque Alejandra 1 es hermosa,
Y yo de carne y de hueso.
Es muestra de gran bondad,
Digna de fama y renombre,
Vencerse á sí mismo el hombre
Y enfrenar su voluntad.
Aquel dichoso cosario,
Rey del pueblo Macedonio,
Nos dió de esto testimonio
Después que venció al Rey Dario.
Y aunque en esto he resistido,
No sé cuál es más valor:
Salir de esto vencedor,
Ó de mí, si la he vencido.
Ay, Sila, que por tí muero,
Mal 2 he *dicho* 3, por tí vivo,
Por tí con tu padre privo,
Por tí á *Alejandra* 4 no quiero.
Amor, haz que no me aflija
Esta Reina, y ponle ley:
Basta que me quiere el Rey,
Y yo también á su hija.
El gozo de hablar me priva,
Y en el alma se atesora:
Préciate de mí, señora,
Como *dice* 5 tu cautiva.
Pues tú lo quieres, Princesa,
Yo parto contento á verte,

1 Que al fin la Reina—2 Tal—3 dicho?—4 la Reina—5 dices

Que quiero un rato tenerte
Ahora en mis brazos presa 1.

ESCENA IV.

ORODANTE.

Aquí me manda Rémulo que espere,
Porque un negocio grave y importante
Á solas consultar conmigo quiere;
Pero el nuevo cuidado no es bastante
Á torcer de sus pasos y camino
Los dulces pensamientos de Orodante.
En Sila estoy, con Sila me imagino,
Y así es imaginado mi contento,
Y tomado de veras desatino.
La mano diste, amor, al pensamiento;
Hicístele subir, y á mí me dejas
Envuelto con las armas del tormento.
¡Oh más dura que el mármol á mis quejas!
¡Oh tigre transformado en la Princesa!
¿Por qué de mi propósito te alejas?

ESCENA V.

RÉMULO.—OSTILO 2.—ORODANTE.

RÉMULO.

Así que, como digo, nuestra empresa,
Ostilo, nos la impide la tardanza,
Y es bien que á la fortuna demos priesa.

1 *(Vase.)*—2 *(Salen hablando hasta encontrar con Orodante.)*

OSTILO.

Con ella, amigo Rémulo, se alcanza
La cosa más difícil 1.

RÉMULO.

Ya *yo* 2 veo
Al 3 dulce ejecutor de mi esperanza 4.

OSTILO 5.

Aguardando os estaba con deseo.

RÉMULO.

¡Oh mi caro Orodante!

OSTILO.

¡Oh valeroso
Retrato de tu padre Tolomeo!

ORODANTE.

Pues sabéis que es el llanto infructuoso,
Amigos, no lloréis de tal manera,
Que me tenéis suspenso y congojoso.
Si acaso algún peligro se os espera,
Ó teméis recibir alguna afrenta,
Y queréis que en venganza alguno muera,
Dejad el llanto y dadme de ello cuenta,
Que no me falta esfuerzo, amado tío,
Y 6 haré que el que os ofende se arrepienta.

1 Las cosas más difíciles—2 No existe.—3 El—4 *(Encuéntranse.)*—5 Orodante—6 Yo

RÉMULO.

¡Ay, amado sobrino y señor mío!
La lengua se embaraza, el pecho salta,
Mis ojos cada cual se vuelve un río.

OSTILO.

El tiempo, fuerte Rémulo, nos falta:
Acaba de contarlo.

ORODANTE.

Estoy suspenso.

RÉMULO.

¿Cómo podré contar cosa tan alta?
Ahora es menester favor inmenso:
Un aliento divino es necesario
Para contar el hecho por extenso;
Un pecho de metal, ó mármol pario:
Un Dios habrá de ser el que te hablare,
Pasando de este límite ordinario,
Y aún no sé, mi Orodante, si bastare
Á poder declararte lo que siento,
Aunque el propio Mercurio me ayudare.
Suspende, oh fuerte mozo, el pensamiento,
Que los dioses te llaman de tan cerca
Que está de esta deidad quejado el viento:
Ya el hado venturoso *se te* [1] acerca,
Amaltea derrama aquí su cuerno,
Marte fiero te infunde y de armas cerca.

1 te se

OSTILO.

No te *turbes ni alteres* [1], joven tierno,
Ni extraño te parezca este lenguaje,
Que el cielo te concede un gozo eterno:
No sólo mudarás tu nombre y traje,
Que también mudarás *los* [2] pensamientos,
Después que te descubra tu linaje.
Verás hoy revolver los elementos
Por las manos de Rémulo y Ostilo,
Quitando á los tiranos sus asientos.

RÉMULO.

Ya sabes que en el tiempo más tranquilo
Le quitaron el cetro á Tolomeo,
Tiñendo en roja sangre el ancho Nilo,
Y con fuerzas tiranas á Acoreo,
Las rebeldes banderas desplegando,
Le cumplió la milicia su deseo:
Al fin entró el tirano Rey triunfando
Con aquellos caudillos sobornados,
Que quisieron seguir su injusto bando.
Los palacios reales ví cercados,
Y el triste Rey encima resistiendo
El *bárbaro furor* [3] de los soldados;
Á la Reina parida ví corriendo,
Con el niño llorando entre [4] sus brazos,
El favor de los suyos inquiriendo;
Después la ví amarrar con fuertes lazos,

1 alteres ni turbes—2 tus—3 rebelde motín—4 Llorando con un Príncipe en

Y el niño arrebatárselo del pecho
Y quererlo sembrar en mil pedazos.

ORODANTE.

Al cabo estoy, señor, de todo el hecho;
Mil veces me has contado esta mañana
Las muertes y castigos que se han hecho;
Bien sé que con traición y astuta maña
Se levantó este Príncipe Acoreo
Con todo *cuanto* 1 el sacro Nilo baña;
Y siendo capitán de Tolomeo
(Su natural señor que el cielo encierra) 2,
Cometió tal delito enorme y feo:
Movió á su propio Rey sangrienta guerra,
Él propio por su mano le dió muerte,
Y usurpó la corona, cetro y tierra.

OSTILO.

Al cabo estás de todo; mas advierte
Que los dos solamente resistimos
Al tirano poder con brazo fuerte;
Mas ya que muerto al Rey, *Tirano* 3 vimos,
Y el 4 tirano cuchillo embravecido,
También á la miseria nos rendimos.

RÉMULO.

En esto... *pero aguarda que me olvido* 5:
La Reina, como dije, apasionada,
Con el tierno varón recién nacido,

1 lo que—2 Sin paréntesis.—3 entrambos—4 Al—5 (pero aguarda que me olvido)

Atónita, medrosa, alborotada,
Andaba por la casa discurriendo,
De solo el tierno niño acompañada.
Prendiéronla, y al fin [1] entonces viendo
El niño arrebatarle, *saltó* [2] luego
Con *piedad* [3] y lástima diciendo:
Amigo, si te mueve un blando ruego,
Al inocente Príncipe perdona,
Que yo por él, si quieres, te me entrego;
Pues no defiende el triste su corona,
Ni os impide el gozar su señorío,
Ni ocupa la real silla su persona.
El llanto del infante con el mío
Movieron á piedad y á no ofendello:
El [4] duro corazón *se vuelve* [5] frío.
Traía yo un Mercurio de oro al cuello,
El cual le dí por esto á aquel soldado,
Y una rica sortija con mi sello [6].

ORODANTE.

Al fin murió el infante desdichado [7].

OSTILO.

Antes vive, señor.

ORODANTE.

¿Cómo que vive,
Y no vuelve á cobrar su ser y estado?

RÉMULO.

¡Oh Príncipe magnánimo! recibe

1 yo—2 salté—3 humildad—4 Al—5 rebelde y—6 Con un encadenado rico y bello.—7 Con interrogante.

Esfuerzo contra el bárbaro arrogante,
Y á la dura venganza te apercibe.
Tú eres, tú, señor, el tierno infante,
A quien con gran secreto he yo tenido
Con este *nombre falso* [1] de Orodante;
Tolomeo, señor, es tu apellido,
Que aun esto, que del padre has heredado,
Estuvo casi á punto de perdido.
En copero del Rey te he transformado,
Con el nombre fingido de sobrino,
Siendo tú mi señor, yo tu criado.

ORODANTE.

¡Oh *Osiris* [2] sacro! ¡Oh Rey de lo divino!
¡Ay Rémulo! ¿Qué dices de mí, amigo?
Estoy fuera de mí, no hallo camino.

RÉMULO.

En suma, la verdad es como digo,
Que te puse en servicio de Acoreo,
Y de todo es Ostilo buen testigo.

OSTILO.

¡Oh dichoso mancebo, en el cual veo
Estar resplandecientes las virtudes
De nuestro ya difunto Tolomeo!
Los dioses hoy te llaman, no lo dudes:
Agora es menester que astutamente
Procures de ayudarte y nos ayudes.
Nosotros dos, en nombre de la gente

1 falso nombre—2 Menfis

Á tu bien y servicio congregada,
Te juramos por Rey solemnemente.

ORODANTE.

Amigos, cuya fe tendré guardada
Acá dentro del alma, mi persona
En vuestras manos pongo asegurada.

RÉMULO.

Con ellas te daremos la corona
Que ciñe la cabeza del tirano,
Cuyo furor á nadie no perdona.
Agora es menester que con la mano
Que le diste la copa tantas veces,
El corazón le arranques inhumano;
Y lleva en la memoria que te ofreces
Á vengar á tu padre Tolomeo,
Á quien en nombre y ánimo pareces.

ORODANTE.

Yo juro por el cielo y sol que veo,
Que tengo de hacer copa donde beba
De la cabeza y casco de Acoreo.

RÉMULO.

Pues porque más, señor, te encienda y mueva,
La sangre de tu padre mira agora,
Que quiere de tu mano hacernos prueba [1].
Aquí delante de tu padre mora
Esta sangre: venganza pide á voces

1 *(Saca una camisa ensangrentada.)*

De aquella mano bárbara y traidora.
Paréceme que dice: ¿No conoces,
¡Ay hijo! que esta sangre te ha engendrado?
Castiga ya los ánimos feroces.

OSTILO.

Tu padre el Rey, tu padre el desdichado,
Llevaba esta camisa el triste día
Que fué *de vida y reino* [1] despojado.

ORODANTE.

¡Ay sangre derramada! *¡ay* [2] sangre fría!
Muy presto ansí veréis la de Acoreo [3]:
Si no pudiere ser, será la mía.
Amigos, á cumplir nuestro deseo:
Á las armas al punto, no tardemos,
Que ya es el detenernos caso feo.

RÉMULO.

Aguárdate, señor, que nos perdemos:
Primero es menester que los tres vamos,
Y en engaño al tirano Rey tratemos.
Si la vida á Lupercio no quitamos
(¿Digo quitar?) [4], hacer que el Rey la quite,
Lo más cierto será que nos perdamos.

ORODANTE.

Pues vamos, que ya el cielo no permite [5],
¡Ay padre! que dilate yo el vengarte.

1 del reino y vida—2 No existe.—3 *(Llora.)*—4 Sin paréntesis.—5 *(Llora.)*

OSTILO.

No llores, pues no harás que resucite.

ORODANTE.

Por bandera real, por estandarte,
Llevar quiero continuo esta camisa:
Esta será el gobierno en cualquier parte.

OSTILO.

Será conforme al hecho la divisa 1.

1 *(Vanse.)*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LUPERCIO.—SILA, y otros 1.

LUPERCIO.

Señora, si posible fuera darte
El pago que merecen las mercedes
Que, queriendo subirme y humillarte,
Con manos liberales me concedes...

SILA.

Á dónde vas, Lupercio, á *remontarte* 2:
Bien sé que declarallo más no puedes,
Que te turba la lengua ya lo veo,
Y 3 el tropel de razones 4 el deseo.

LUPERCIO.

Amor me ha dado ya lo que dar pudo,
Que es, Sila, descubrir mi pensamiento,
De fingidas retóricas desnudo,

1 Lupercio. Sila, Princesa. (Adviértese que para disponer lo restante de la tragedia es necesaria una suma diligencia y cuidado, como se verá.)—2 remontarte?—3 No existe.—4 y

Diciendo con *callarlo* 1 lo que 2 siento;
Y pues tú me conoces que soy *rudo* 3,
Y el alma te ha mostrado *su* 4 aposento,
Sin que yo lo relate puedes verte,
Y allí de lo que habrá satisfacerte.

SILA.

De verte tan rendido estoy contenta.

LUPERCIO.

Y de verte contenta estoy yo loco.

SILA.

¡Mas ay de mí, que un miedo me atormenta!
El cielo nos ayude, á quien invoco.
Temor tengo, Lupercio, que nos sienta
(Porque al fin un contento dura poco)
Mi padre los amores que tratamos,
Y en lugar de gozarnos nos perdamos:
Y será cierta cosa, si entendiere
Que yo la libertad te tengo dada,
Aunque *á tí por tus méritos te* 5 quiere,
Y á mí por hija dulce y regalada,
Según la rabia y cólera él hiere,
No podrá detener la fiera espada,
Y olvidando servicios que le has hecho
Pondrá en ejecución lo que sospecho.

LUPERCIO.

No propongas, mi Sila, agüeros vanos,
Que se cubre de luto el pensamiento:

1 callar—2 yo—3 mudo—4 el—5 él á tí por tus servicios

Cuidado se tendrán los Soberanos
De dar un dulce fin á nuestro intento.

SILA.

Un no sé qué me quita de entre manos
(¡Ay mi dulce Lupercio!) este contento;
De algún original es esta sombra:
El pecho tiembla, el alma se me asombra.

LUPERCIO.

Temor es femenil.

SILA.

De temor pasa:
Y ansí porque esta vía no me impida,
Allá, en lo más oculto de mi casa,
Haré que lumbre sacra sea encendida;
Y encima de la ardiente y viva brasa,
De alguna oveja blanca y escogida,
Pondré los palpitantes intestinos,
De las cosas ocultas adivinos.

LUPERCIO.

Paréceme, mi Sila, que es engaño,
Y si no fuere engaño, desatino,
Querer ejecutar el bien ó el daño
Que dispone del cielo el Rey divino.
Si el mal ha de venir dentro de un año,
Salir á recibirlo en el camino
Paréceme locura: ¿qué aprovecha
Estar *siempre viviendo* [1] con sospecha?

[1] viviendo siempre

Las víctimas ofrece y sacrificios,
Suplicando á los dioses soberanos
Te quieran ser afables y propicios,
Amparando tu suerte con sus manos;
Y no para pronósticos ni indicios
Ofrezcas esa oveja y *huesos* [1] vanos:
Allá deja, señora, á Babilonia
Hacer tan falso rito y ceremonia.
Á aquél que espera el bien, el bien le viene.

SILA.

Muchas veces el mal por no temello.

LUPERCIO.

¿Y qué mayor dolor que aquél que tiene
Con la falsa *sospecha* [2] el lazo al cuello?
Y porque estar aquí no nos conviene,
Aunque sabes mi amor, si gusto de ello,
Mi Sila, yo me voy.

SILA.

El alto cielo
Te guarde y haga falso mi recelo.

ESCENA II.

ACOREO [3].—OSTILO [4].—ORODANTE.

ACOREO.

No quiero dilaciones, porque el hecho
Me lleva arrebatado á la venganza

1 fuegos—2 esperanza—3 Rey—4 y

Y á ser con tristes muertes satisfecho.
Bien me pagas, rebelde, la privanza,
Y el hacerte segundo en el gobierno,
Fundando en tus razones mi esperanza.
Pues ¡vive la bondad del Rey eterno!
Que el que quiso privarme *de mi* 1 estado
Sin él ha de bajar *al triste* 2 infierno.
Ostilo más que el alma de mí amado,
Yo juro por la vida que poseo
Que quedes de tu *fe y amor* 3 pagado.

OSTILO.

Invictísimo Príncipe Acoreo,
El 4 verte con salud *y* 5 paz reinando,
Es el premio mayor que yo deseo;
Y si estamos el hecho dilatando
Y no cierras de presto aquel portillo
Al rebelde escuadrón y falso bando,
Según es belicoso su caudillo,
Podrá ser que si el caso se dilata
Nos *siegue* 6 las cabezas á cuchillo.

ACOREO.

Escucha, que otro mal también me mata.
La Reina en sus traiciones conjurada
De darme dura muerte con él trata;
También he descubierto esta celada
Por medio de Orodante, mi copero,
Aunque yo su traición tenía pensada.
Relátame de nuevo, porque quiero

1 del—2 triste al—3 amor y fe—4 En—5 con—6 pase

Que lo sepas, Ostilo, porque entiendas
Que no sin gran razón de celos muero.
¡Oh Reina fementida, que me vendas!
¡Y tú, traidor Lupercio, mal nacido,
Que muestres defenderme, y que me ofendas!

ORODANTE.

Señor, como he contado, pues, venido
Allí donde la Reina me esperaba.....

ACOREO.

Verás un caso, Ostilo, nunca oído.

ORODANTE.

Admiréme de ver que me llamaba:
No pude imaginar lo que querría,
Y más cuando la ví que sola estaba:
Pasóme un no sé qué en la fantasía,
Por verla tan alegre y descompuesta
Que sierva y no señora parecía.
Lo primero, señor, fué hacerme fiesta,
Prometerme riquezas, grandes dones,
Y que á todo mi bien estaba presta.
Notaba yo entre tanto sus razones,
Pensando que quizá de amor nacían,
(Que al fin de carne son los corazones) 1:
Mil varios pensamientos me acudían;
Pero luego entendí su fin dañado,
Y que el tuyo los suyos pretendían.
¡Oh fiero corazón de tigre airado!

1 Sin paréntesis.

¡Oh sediento furor, brava leona!
(No puedo proseguir de desmayado:)
Traidora á tu marido y real corona.
Cada vez que lo pienso estoy temblando
De ver en lo que estima tu persona.

OSTILO, *aparte.*

¡*La* [1] atención *con que el Rey está* [2] escuchando
La mentira por Rémulo ordenada!
¡Y el *mozo* [3] cómo finge y va contando!

ORODANTE.

Pues esta Reina nuestra, de tí amada,
Esa tu saludable compañera,
En vano por tu mal tan respetada,
Alejandra, señor, *la* [4] que antes era
Tu sierva, y la tomaste por esposa,
Y pluguiera á los dioses no lo fuera,
Despues de aquella plática engañosa,
Me mandaba, señor, que te matase.

ACOREO.

¿Qué te parece, Ostilo?

OSTILO.

¡Fuerte cosa!

ORODANTE.

Veneno me mandaba que te echase

1 Con qué—2 está el Rey—3 joven—4 No se lee.

En el vino, señor, y te le diese
Al tiempo que la copa te llevase.
Algún dios hubo allí que me tuviese
De no darle la muerte merecida,
Y que el fiero puñal su pecho abriese.
Al fin con voz humilde y comedida
Le mostraba tu amor, mi fe, tu daño,
Y la grande importancia de tu vida.

OSTILO.

¡Oh dañada intención! ¡Oh caso extraño!
¡Oh traidora mujer! Si es verdad esto,
De todas las demás me desengaño.

ORODANTE.

Mas ella, como vió que estaba puesto
En no poner por obra sus traiciones
(Como el cielo será testigo de esto) [1],
Dejando las afables persuasiones,
Con grandes juramentos me decía
Que echar haría mi cuerpo á los leones.
Pues viendo yo, señor, que persistía
En aquella intención determinada,
Fingí de acomodarla con la mía.
Dejándola con esto asegurada
(Aunque siempre encargándome el secreto),
Te vine á relatar esta embajada.
Y por el sol y luna te prometo,
Y por los altos dioses celestiales,
Á quien todo este suelo está sujeto...

1 Sin paréntesis.

ACOREO.

No cuentes más. ¿Has visto cuántos males
El triste dia de hoy se han conjurado?
No sé cuál es mayor.

OSTILO.

Serán iguales.

ACOREO.

Lupercio, como dices, ha *juntado* [1]
Su rebelde escuadrón de vil canalla,
Y pretende privarme de mi estado;
Y esta Reina ¿qué digo? esta vasalla,
Por medio del copero, pretendía
Minarme, como dicen, la muralla.
Mas todo lo merece quien confía
Su honra de una vil y baja esclava,
Y la admite por Reina y compañía.
Pero dime, Orodante, *¿á* [2] dónde estaba
La Reina?

ORODANTE.

En el jardín.

ACOREO.

¿Acompañada?

ORODANTE.

¿No te he dicho que sola me aguardaba?

1 intentado—2 No se lee.

ACOREO.

Ostilo, la verdad está probada:
Mi sospecha, *tu aviso y* [1] Orodante,
La dejan en mi pecho confirmada.

OSTILO.

Señor, antes que pases adelante,
Me cuenta aquel negocio cómo queda,
Porque es en nuestro caso *hoy* [2] importante.
Mira, sacro señor, que si se enreda
En las manos de aquél esta maraña,
No habrá *quien deshacerla después* [3] pueda.

ACOREO.

Bien presto arrancaremos la cizaña,
Que ya Rémulo entiende en lo tratado;
Mas éste, si me avisa, ó si me engaña,
En todo cuanto aquí le he preguntado,
No ha mostrado turbarse, ni *aun* [4] ser vario,
Y siempre de una suerte lo ha contado.

OSTILO, *aparte.*

Por cierto que es negocio necesario
Que tenga un mentiroso gran memoria,
Y no se contradiga en lo contrario.

ACOREO.

Conviene que esta culpa sea notoria,
Porque quede en el mundo del castigo

1 y tus avisos—2 lo—3 después quien deshacella—4 No se lee.

El perdurable ejemplo y la [1] memoria.
(*Á Ostilo aparte.*)
Antes de todo aquesto, Ostilo amigo,
Prender quiero á Orodante, porque quiero
Probar si es verdadero este testigo [2].

OSTILO.

Si prendes, alto Rey, á tu copero,
¿No ves que se sabrá la causa de esto?
La traición de la Reina lo primero;
Su amor desenfrenado *presupuesto* [3],
Tu deshonra también; y así conviene
Hacer la ejecución del caso presto.

ACOREO.

Veamos en qué punto el caso tiene
Mi Rémulo, que ahora aquí le espero,
Y no puede tardar; mas *ved do* [4] viene.

OSTILO.

El fin tendrá el negocio que yo espero [5].

1 Ejemplo perdurable y de

2 Y aunque es bueno el camino que ahora sigo,
Prender quiero á Orodante.

OSTILO.

No ves.

ACOREO.

Quiero
Probar si es verdadero este testigo.

3 deshonesto—4 vedlo si—5 Las palabras de Ostilo son en el Ms. las últimas que pronuncia Acoreo.

ESCENA III.

ACOREO.—OSTILO.—ORODANTE.—RÉMULO.

RÉMULO.

Todo queda apercibido,
Digo, lo más importante.

ACOREO.

Mira que está aquí Orodante:
Háblame, amigo, al oído.

(*Apártanse á un lado Rémulo y Acoreo, y á otro Ostilo y Orodante.*)

OSTILO.

Bien van, señor, nuestras cosas.
¿No ves cuál está el tirano?
Él nos quita el hacer llano
Dos ofensas poderosas.
Muerto Lupercio, señor,
Á nadie en el reino temo,
Porque es valiente en extremo
Y muy querido el traidor.
La Reina también podía
Impedir por cierto modo;
Pero ya lo tengo todo,
Como igual nos convenía:
Ella morirá [1].

1 ACOREO.
Ella morirá.

ORODANTE.

Que muera,
Que también murió mi madre
Y su marido, mi padre,
Que 1 ya mi venganza espera.
Pues vosotras, almas santas,
Que dejando el mortal velo,
El dorado y claro cielo
Pisáis con divinas plantas,
Volved á ver la venganza,
Que por vuestros cuerpos hago;
Veréis cómo satisfago
Á mi dolor y esperanza.

OSTILO.

Señor, no te aflijas tanto.

ORODANTE.

Mientras que sangre no saco,
Estas ánimas aplaco
Con este amoroso llanto.
Mas Rémulo *allí* 2 está hablando
Á solas con Acoreo,
Que muy fundados los veo
Mano á mano 3 paseando.

OSTILO.

Señor, el Rey está ciego,
Y Rémulo *le* 4 asegura
Con *decir que le* 5 procura
La paz, descanso y sosiego.

1 Y—2 que—3 Acá y allá—4 lo—5 decirle que

ORODANTE.

¿Cómo el Rey creyó tan presto
La traición de su mujer?

OSTILO.

Hoy está para creer
Que es de mil colores esto.
Está tal con el enojo,
Que todo cuanto se ofrece
Verdadero le parece,
Aunque le pase en antojo;
Pero en lo de su mujer,
Él me jura que ha sabido
Muy cierto que le ha ofendido.

ORODANTE.

Es hembra, bien puede ser.

ACOREO.

Ostilo.

OSTILO.

¿Qué *mandáis*? 1.

ACOREO.

Ya *lo* 2 he sabido 3.

ORODANTE, *aparte.*

Cómo abrazan al Rey los dos en vano,

1 mandas. *(Va Ostilo al Rey.)*—2 No existe el vocablo.

3 Que amenazan los dos al Rey en vano.

Todos los demás versos que pronuncia Orodante los dice el rey Acoreo hasta *Si lo fueren así sus consejeros*, inclusive.—Los dos que siguen á éste los pronuncia Orodante.

Teniéndolo en secreto á mí vendido.
Ejemplo he de tomar en el tirano
De no tener amor *á* [1] lisonjeros,
Ni dar á gente baja la real mano,
Porque éstos son al daño los primeros:
Al fin un Rey será tirano ó justo,
Si lo fueren así sus consejeros.
Las voces está alzando el Rey injusto;
Quiero oir lo que Ostilo le aconseja.

RÉMULO [2].

Al fin puedes hacerlo por tu gusto [3].

OSTILO.

No te estorbe la edad *helada* [4] y vieja,
Porque aquél que perdona alguna injuria
Á recibir segunda se apareja.

ORODANTE, *aparte.*

Aquélla no es justicia, sino furia;
Porque antes es de Reyes propiamente
Perdonar al que yerra y los injuria.

RÉMULO.

Iremos, pues, los dos con nuestra gente;
Porque el pueblo, señor, no se levante,
Si acaso tu rigor y enojo siente.

ACOREO.

Así me lo parece, y al instante
Haced lo que os he dicho.

1 en—2 Ostilo.—3 Siguen al verso los tres de Ostilo.—4 cansada

OSTILO.

No habrá falta.

RÉMULO.

Tú vente con nosotros, Orodante 1.

ACOREO.

Tú, traidora Alejandra, á quien tan alta
He puesto, y tú, Lupercio, mal nacido,
Aguardaos un poco, que más falta.
¿Pensábades tenello concluído?
¿Pensábades alzaros con mi estado?
Pues al revés, traidores, ha salido.
Tú, Sila, lo tendrás, y yo el cuidado
De buscarte marido cual mereces,
Después que de estos dos me haya vengado;
Que en todo propiamente *te* 2 pareces
¡Oh Sila! á la que yo maté por ésta;
De lo cual me arrepiento muchas veces.
¡Ay hija, y cuán amargo que me cuesta
El haberte privado de tu madre
Y darte una madrastra deshonesta!
Mas 3 yo te mostraré de hoy más ser padre 4.

ESCENA IV.

LUPERCIO 5.—ORILO 6.

LUPERCIO.

¿Y qué quiere el Rey, Orilo?

1 *(Vanse.)*—2 le—3 Pero—4 *(Vase.)*—5 Portero—6 *(Salen hablando.)*

ORILO.

No lo sé.

LUPERCIO.

Mucho me espanto,
Que *dices* [1] que ha estado tanto
Con Rémulo y con Ostilo.

ORILO.

Señor, los dos han estado
Más de dos horas hablando.

LUPERCIO.

No sé qué voy sospechando [2].

ORILO.

Yo también he sospechado.

ESCENA V [3].

LUPERCIO.—ORILO.—PORTERO.

PORTERO.

Detente un poco.

LUPERCIO.

No quiero.

PORTERO.

El Rey me *envía* [4] á mandar
Que no te dejase entrar
Sin avisarle primero.

1 digas—2 (*Va á entrar Lupercio.*)—3 Esta escena es continuación de la anterior.—4 envió

LUPERCIO.

¿Á mí?

PORTERO.

Sí, señor, á tí.

LUPERCIO.

¿Qué puede ser esto, Orilo?
Entra tú allá dentro, y dilo [1],
Que entre tanto espero aquí.

ESCENA VI [2].

LUPERCIO.

Aquí debe haber gran mal,
Traición *es esta* [3] celada;
¿Á mí negarme la entrada
En el aposento real?
Quiero entrar; pero no quiero
Hasta ver en lo que para,
Que á no ser verdad, no osara
Impedírmela el portero [4].

ESCENA VII [5].

LUPERCIO.—ORILO.

LUPERCIO.

¿Qué responde el Rey, Orilo?
¿Puedo entrar?

1 (*Entra Orilo.*)—2 Continúa la escena cuarta.—3 hay aquí—4 (*Sale Orodante.*)—5 Continúa la escena cuarta.

ORILO.

Señor, espera,
Que el Rey dice saldrá fuera.

LUPERCIO.

¿Quién está con él?

ORILO.

Ostilo.

LUPERCIO.

¿Ostilo? ¿De cuándo acá
Priva con nuestro Rey tanto?
Si eso es verdad, no me espanto
De cómo el negocio va.
¡Oh dioses, y qué dolor
Que priven mis enemigos,
Y también que sean testigos
De hacerme el Rey disfavor! 1.

ESCENA VIII 2.

LUPERCIO.—OSTILO.—ORILO.

OSTILO.

¡Ah! Señor Lupercio, ¿hay algo
En que poderme *emplear?* 3.

LUPERCIO.

El Rey me hace aquí esperar.

1 *(Sale Ostilo.)*—2 Continúa la escena cuarta.—3 mandar

OSTILO.

Solo está, que de allí salgo.

LUPERCIO.

Espántame esta tardanza,
Y esperando me consumo.

OSTILO.

Abajársele habrá el humo (*Aparte*)
Ahora de su privanza.
Yo me voy, el cielo os guarde
Conforme á vuestro deseo:
¿Qué es esto, que triste os veo?
Veámonos esta tarde [1].

ESCENA IX [2].

LUPERCIO.—ORILO, y otros.

LUPERCIO.

¡Oh traidor, aunque me adules
Eres causa de mi daño,
Que bien entiendo tu engaño
Por más que lo disimules!

ORILO.

Excusar esta embajada,
Señor Lupercio, quisiera.
¡Ingrato Rey! ¿Qué se espera
De tu voluntad dañada?

1 (*Vase Ostilo.*)—2 Sigue la escena cuarta.

LUPERCIO.

¿Qué dice el Rey?

ORILO.

Señor, manda:
Digo que manda, Señor...

LUPERCIO, *aparte.*

Este Rémulo traidor,
Sin duda con el Rey anda.

ORILO.

Que me des tu espada luego.

LUPERCIO.

¿Mi espada? ¿Pues qué pretende?
¿Por ventura *se* [1] le ofende
Ó interrumpe su sosiego?
No lo acabo de entender.

ORILO [2].

¿Á mandamiento de Rey
Que no se sujeta á ley,
Qué es lo bueno?

LUPERCIO.

Obedecer [3].
Llevadle mi espada, amigos;

1 así—2 Las palabras que pronuncia Orilo son continuación de las de Lupercio.

3 ORILO.
Obedecer.
LUPERCIO.

Decidle que no me afrenta,
Pues yo se la doy sangrienta
De sus propios enemigos;
Que con ésta le he vencido
Al fuerte Rey de Etiopia,
Y también por esta propia
Era de todos temido.

ORILO.

Pues más te manda el cruel
Y mayor de los tiranos:
Que entregues tus fuertes manos
Al lazo de este cordel;
Y por si te hicieres fuerte,
Cada cual con su alabarda
Están los hombres de guarda
Para atarte ó darte muerte.

LUPERCIO.

Fueran sus designios vanos,
Á no tener la fe dada;
Pero cuando os dí la espada,
Propuse de dar las manos:
Atad, amigos, atad.

ORILO.

Perdónanos, pues es ley
La voluntad del que es Rey.

LUPERCIO.

Cúmplase su voluntad.

ORILO.

¿Qué piedra habrá que no llore?

El claro cielo parece
Que se enturbia y obscurece,
Por más que Febo lo dore.

LUPERCIO.

¡Ay, mi Sila! Si supieses
Cómo tus tristes agüeros
Han salido verdaderos,
Quizá que me socorrieses.
En los altares sagrados
Celebras sus sacrificios,
Pidiendo me sean propicios
Los dioses, que están airados;
Y aquí [1] tu padre cruel,
Á quien yo he servido tanto,
Me tiene anegado en llanto
Y preso en este cordel;
Y cáusame más dolor
El pensar que este castigo
También lo usará contigo,
Siendo la causa de amor.

ESCENA X [2].

LUPERCIO.—ORILO.—ACOREO.

ACOREO.

Con esa humildad fingida
También me engañó el rebelde:
Andad, amigos, traedle,
Pues no hay nadie que lo impida.

1 Aquí—2 Escena quinta. *(Sale el Rey.)*

¡Oh Lupercio! ¿Tú no eras
Aquél á quien tanto amaba,
Aquél á quien entregaba
Toda mi gente y banderas?
¿Pues cómo atadas las manos
Tienes en ese cordel?

LUPERCIO.

No lo sé.

ACOREO.

Yo sí, cruel:
Por tus pensamientos vanos.
¿Cómo, traidor, qué querías,
Usurparme la corona
Por ver mi fuerte persona
Cargada de tantos días?
¿Y que en lo que tú me entiendes
Me hayas dado tal deshonra?
¡Traidor! ¿Quítasme la honra,
Y darme muerte pretendes?
Pues tú *y* [1] ella no veréis
Cumplido ese mal deseo.

LUPERCIO.

Invictísimo Acoreo...

ACOREO.

Llevadle: *¿en* [2] qué os detenéis?

LUPERCIO.

Pues que tú [3] mancebo has sido,

1 ni—2 No existe la palabra.—3 Señor, pues

Las culpas que causa amor
No las juzgues con rigor,
Y más á quien te ha servido;
Y considera que soy
El que defendió tus leyes,
Y te trajo cuatro Reyes
De la manera que estoy;
Y de esto serán testigos
Tantos esclavos y presos,
Y las montañas de huesos
Que ves de tus enemigos.
Y aunque sé que te ofendí,
Mira con benignos ojos
Bajo tus pies mil despojos
Ganados todos por mí.
Esto sirva de disculpa;
Que aunque hay muchos beneficios,
Entre tan grandes servicios
No se parece mi culpa.

ACOREO.

No pudo el falso negar,
Y da la culpa al amor:
Pues no se piense el traidor
Que me podrá ya engañar.
Sabes, traidor, que he notado
Que en defensa de tus culpas
No entiendo que te disculpas,
Sino que te has condenado.
Ya yo entiendo tus hazañas
Con falso nombre de fe;

Pero [1] lo que yo me sé
Me descubren tus entrañas.
Llevadle al traidor asido.

LUPERCIO.

Señor...

ACOREO.

Cerradle la boca.

ORILO.

¡Oh pecho de dura roca!

ACOREO.

Baste ya lo que *te* [2] he oído [3].
Yo tengo de mostrar hoy
Á todos estos traidores,
De mi cetro pretensores,
Quién son ellos y quién soy:
Verán su pretensión vana.
¿Pero qué furia me incita
Y al daño me precipita,
Sediento de sangre humana? [4].

ESCENA XI [5].

NUNCIO, y otros.

¿Por qué en los Rífeos montes no he nacido
Ó allá en la inhabitable y fiera Hircania?
Fuera leche de tigres mi alimento,

1 Y por—2 No se lee la palabra.—3 *(Vanse.)*—4 *(Vase.)*—5 Acto tercero, escena primera. Un Nuncio con dos más que traen los miembros de Lupercio.

Allá en la seca Libia ponzoñosa,
En medio las serpientes espantables,
Do no pisó jamás humana planta.
Fuera mucho mejor pasar la vida
Que aquí en la ciega Menfis, que solía
Ser del reino de Egipto la cabeza,
Y ahora convertida está en morada
De las furias horrendas infernales;
Aquí donde los dioses han cifrado
Los pecados y males de este mundo;
Aquí donde *en* [1] los pechos de los hombres
Están sedientos lobos escondidos.
El sol se va escondiendo vuelto en sangre;
La tierra pone horror, y en torno tiembla;
Los vientos van llevando las querellas
Delante el consistorio de los dioses;
Los niños, olvidados de la leche,
Los pechos van rasgando de las madres
Con las uñas y bocas ternezuelas;
Los hombres van atónitos y mudos,
Mirándose los unos á los otros;
Las doncellas esparcen los cabellos,
Y *baten* [2] con furor las blancas manos.
¿Qué es esto, *Rey tirano?* [3]. ¿Por ventura
Quieres que vuelva el mundo á su principio?
Amigos, ayudadme á verter lágrimas,
De los [4] de la inocente sangre amigos.
¿Qué lengua ha de bastar á decir esto;
Y aunque cada cabello fuese lengua,
No de duro metal, mas de diamante,

1 No se lee la palabra.—2 abaten—3 Soberanos?—4 Doleos

No pudiera decir el caso horrible?
¡Ay mundo, [1] cuán amarga es tu salida!
¡Oh duro trago, triste nombre, muerte,
Común medida á grandes y pequeños!
¡Quien vió á Lupercio pobre, pero bueno,
Y quien le vió después subir á tanto,
Que era, después del Rey, el más temido,
Aunque también de todos más amado!
Y quien le vió cargado de despojos
Triunfar de mil naciones, ¡oh fortuna!
Ayer lo vimos, pues, de esta manera,
Y hoy puesto en las manos del verdugo.
¡Oh qué triste espectáculo se ordena
Con las tristes reliquias que aquí traigo!
Ya sale el Rey: amigos, dejad esto
Encima de esta mesa, y salid fuera [2].
¡Oh tú, viejo cruel, que estás ahora
Nadando en la *inocente* [3] sangre *hirviente!* [4].
Entiende que las furias de Atamante
Harán triste venganza de este caso [5].

ESCENA XII [6].

NUNCIO.—ACOREO.

ACOREO.

¿Murió ya el alevoso fementido?
¿Cumplióse mi precepto y mandamiento?

1 y—2 *(Vanse.)*—3 recién—4 inocente—5 Deben quedar sobre una mesa los miembros destrozados de Lupercio, y en medio de ellos la cabeza coronada, todo cubierto con un paño. La sangre en una vasija.—6 Escena segunda del acto tercero. El Rey, Nuncio.

NUNCIO.

Tu deseo y sus días se han cumplido.

ACOREO.

Pues tú, porque se aumente mi contento,
Relátame su muerte y mi sentencia,
Que ya de la venganza el gozo siento.
¿Recibió su castigo con paciencia?

NUNCIO.

Mas antes á los dioses inmortales
Por testigos llamó de su inocencia.

ACOREO.

Costumbre es ordinaria de *estos* 1 tales
Hacer exclamaciones mentirosas,
Por dejar con horror á los mortales.
Mas pasando adelante en estas cosas,
Acaba de contarnos el suceso
Que tuvieron sus trazas engañosas.

NUNCIO.

De la torre salió do estaba preso,
Arrastrando, señor, una cadena,
Al parecer de todos de gran peso.
La calle, de tu *guardia* 2 estaba llena,
Armada, porque el pueblo alborotado
No quisiese *librarlo* 3 de la pena;
Y aquél que poco atrás anduvo armado

1 los—2 guarda—3 librarle

BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVO LEÓN

En medio *sus* [1] banderas victoriosas,
Lo vimos al verdugo encomendado.
En esto las trompetas lastimosas
Hicieron asomar á las ventanas
La multitud de vírgenes hermosas.
Allí ví *yo* [2] arrancar las blancas canas,
Y los rubios cabellos á manojos,
Y despedir al cielo voces vanas;
Allí ví humedecer, señor, mil ojos,
Y allí, si la verdad he de contarte,
Decir que eran injustos tus antojos.
Acude gran tropel de cada parte,
Atónitos, *señor, de ver* [3] atadas
Las manos que ensalzaron tu estandarte.

ACOREO.

¡*Ah* [4] flacas voluntades engañadas!
Prosigue tu razón.

NUNCIO.

De esta manera.

. . . . . [5]

Egipcios, vuestro Rey muy alto manda
Que por traidor rebelde este hombre muera,
Porque él y alguna gente de su banda
Formaban rebelión y guerra *inicua* [6]
Con una injusta y bárbara demanda.
También otro delito se le aplica,

1 tus—2 No existe.—3 de ver, señor—4 ¡Ay

5 Las ventanas y plaza están pobladas.
Óyese al fin la voz, y el pregón era:

6 inica

Mayor que no los otros cometidos;
Mas, por honra del Rey, no se publica.
Llegados á la plaza y repartidos
Á [1] cada esquina de ella mil soldados,
Para [2] algún alboroto apercibidos;
Los hombres por las calles apiñados;
Las mujeres en altos techos puestas,
Con los tiernos hijuelos abrazados,
Estaban, no cual suelen en las fiestas
Y juegos, donde salen las doncellas
Hermosas, adrezadas y compuestas,
Mas antes derramando mil querellas.
Un grito de diversos fué formado,
Bastante á derribar á las estrellas:
Tenía ya el verdugo el brazo alzado,
Cuando el triste Lupercio, ¡oh caso fuerte!

ACOREO.

Prosigue tu razón, no estés turbado.

NUNCIO.

Quejándose el cuitado de su suerte,
Comenzó á decir de esta manera,
Envueltas las palabras en la muerte:
Ya sabes, pueblo amado, yo quién era,
Aunque el Rey riguroso se *ha olvidado* [3]
Y manda que sin culpa ahora muera.
. . . . . [4]
¡Cuántas veces por mí fué destruída

1 En—2 Por—3 le olvida—4 No existen los suspensivos.

La enemiga nación! ¡Y cuántas veces
Pospuse por el Rey la *triste* 1 vida!

ACOREO.

Parece que te turbas y entristeces:
¿De qué lloras, cobarde?

NUNCIO.

Al fin llamaba
Á los dioses supremos por jueces,
Y viendo *que ya* 2 el vulgo comenzaba
Á decir viva, viva el varón fuerte
Que no lo libertasen *los* 3 rogaba,
Diciendo: Pues el Rey me da la muerte,
¿Quién piensa revocarle la sentencia,
Y á mí el fin más precioso 4 de mi suerte?

ACOREO.

¡Oh qué manso cordero en la apariencia!
Y en secreto el rebelde procuraba
Usurparme mi cetro y mi potencia.

NUNCIO.

Y en tanto que la gente lo miraba,
Poniendo sin turbarse el brazo drecho,
Encima de un madero que allí estaba,
Egipcios, dijo, el brazo que os ha hecho
De tantos enemigos ir triunfando,
Mediante el valeroso y fuerte pecho,
Mirad con qué obediencia está aguardando

1 amada—2 ya que—3 les—4 El camino preciso

El golpe; y en diciendo, señor, esto,
Se le andaba la voz adelgazando:
Los ojos le cerraron, y de presto
Le fué el valiente brazo *destrozado* 1
Allí donde lo *tuvo* 2 el triste puesto;
Y luego en su lugar con pecho osado
El otro brazo puso (¡oh caso extraño!),
Y así también, señor, le fué cortado;
Y al momento despide un rojo caño,
Y 3 tal que de las dos heridas fieras
Baña toda la tierra de su daño.
Señor, si en este punto tú le vieras,
Yo sé que te doblaras á clemencia,
Aunque fiero león ó tigre fueras.

ACOREO.

Prosigue, no exageres su paciencia,
Que no soy yo piadosa mujercilla
Que llora de cualquiera impertinencia.

NUNCIO.

En esto ante el madero se arrodilla,
Tendiendo el triste cuello (¡ay me!) 4 desnudo,
Que á compasión movió y á maravilla.
El 5 cuchillo de presto el filo agudo
Segó las tristes venas y garganta;
Pero no de una vez cortallo pudo.
Un grito lamentable se levanta:
Turbábase 6 el sangriento carnicero,
Y así estuvo el cuitado en pena tanta.

1 destroncado—2 hubo—3 No se lee la conjunción.—4 Sin paréntesis.—5 Del—6 Túrbase

Dos golpes volvió á dar, y del postrero
La cabeza saltó del varón fuerte,
Y dos veces gritó: Sin culpa muero.

ACOREO.

¡Oh traidor mentiroso hasta la muerte!
Prosigue.

NUNCIO.

¿No te cansan mis razones?

ACOREO.

Harto más me amohina el detenerte.

NUNCIO.

La sangre, que brotaba á borbollones,
Y lo demás, señor, se guardó al punto,
Para ver lo que mandas y dispones.

ACOREO.

¿Y el crudo corazón?

NUNCIO.

También va junto.
¡Ay! que eso me olvidaba: palpitando
Lo [1] arrancaron del pecho ya difunto.

ACOREO.

Á la Reina llamad: ¿qué *estáis* [2] llorando?
Decid que salga aquí sin compañía;
Decidla [3] que sea presto, que lo mando [4]:

1 Le—2 estás—3 Decidle—4 *(Va el Nuncio.)*

Verá *cesado* [1] el fin que pretendía,
Su intención derribada por el suelo
Y firme en su lugar también la mía.
¡Oh sumo Plasmador y Rey del cielo,
Cuyo reino los hijos de la tierra
Quisieron usurpar con el del suelo!
¡Qué gracias te daré por esta guerra
Y fiera rebelión que has estorbado!
Mas tuyo es castigar aquél que yerra.

ESCENA XIII [2].

ALEJANDRA.—ACOREO.—NUNCIO.—ORILO.

ALEJANDRA.

De nuevo va creciendo mi cuidado;
Parece que los pies me están trabando;
El corazón me salta alborotado;
Algún dolor me va pronosticando.

ORILO.

¡Qué tal, si lo supieses, desdichada!
¿No ves que el Rey, señora, está esperando?

ACOREO.

¡Oh Alejandra!

ALEJANDRA.

Señor.

ACOREO.

Mujer amada.

1 cumplido—2 Escena tercera del acto tercero. Alejandra, Nuncio, Orilo.

ALEJANDRA.

. . . . , ... [1]
Temblando estoy, atónita y turbada.

ACOREO.

Sabrás que habrá dos horas ó más que hice
Á los dioses del sueño un sacrificio,
Y quiero que de hoy más se solemnice;
Porque anoche soñé que en mi servicio
Estaban un león y una leona
Regalados y puestos en el vicio,
Y que asiendo los dos de mi persona,
Con las uñas y *boca* [2] me mataban,
Gozándose después *con* [3] mi corona.
Yo viendo que los dioses me avisaban
Con el sueño cruel, procuré luego
Aplacar el furor que me mostraban.
Mandé sobre un altar encender fuego,
Y un toro blanco y negro he degollado,
Pidiendo por su medio mi sosiego,
Cuya sangre guardar aquí he mandado
Para más aplacar los soberanos,
Si en algo les habemos enojado.
Lavémonos en ella, pues, las manos,
Y suplica, Alejandra, por tu parte,
Que los sueños horrendos salgan vanos.
¿Rehusas, Alejandra, dí, el lavarte?

ALEJANDRA.

¡Qué nuevos sacrificios!

1 No existen los suspensivos en el Ms.—2 bocas—3 de

ACOREO.

Lava presto.

ALEJANDRA.

Por fuerza he, sacro Rey, de contentarte [1].

ACOREO.

Encima aquella mesa tengo puesto
Lo que resta del toro: quita el paño.

ALEJANDRA.

La mano está temblando en tocar esto;
En un sudor helado el cuerpo baño.

ACOREO.

Acaba de quitarlo.

ALEJANDRA.

¡Oh Soberano!

ACOREO.

Con esto, pues, se remedia el daño.

ALEJANDRA.

¡Ay me, tirano crudo! ¡Ay me, tirano!
¿Cómo, lobo sangriento, cómo pudo
Verter tan noble sangre tu cruel mano?
¡Ay me, que á la garganta tengo un nudo!
¡Oh dioses, que miráis lo que aquí veo!
Mas, pues no dais castigo, no lo dudo.

1 *(Lávanse ambos.)*

ACOREO.

Cumplido se ha, Alejandra, tu deseo.
Aquí ves á Lupercio coronado
Con la rica corona de Acoreo.

ALEJANDRA.

¿Por qué tan triste cosa me has mostrado?

ACOREO.

Ingrata esclava, ¿miras el contento
Que tú y ese rebelde me habéis dado?

ALEJANDRA.

¿No es éste (¡ay me, cuitada, que ya siento
Acabarse la vida poco á poco!) [1]
No es Lupercio?

ORTILO.

Faltado le ha el aliento.
¡En qué pones las gentes, amor loco! (*Aparte.*)
Mira la triste Reina.

ALEJANDRA.

¡Que es posible
Que es éste aquel Lupercio, y que lo toco!

ORILO.

¡[2] Espectáculo fiero, caso horrible!

ACOREO.

¿Cómo, Alejandra, no miras

1 No existe el paréntesis en el Ms.—2 ¡Oh! ¡oh!

Este noble corazón,
Do se forjó la traición,
Cubierto de mil mentiras?
Y pues el tuyo, cruel,
Te volvió conmigo dura,
Míralo, que por ventura
Está tu retrato en él.
Esos son aquellos brazos,
Por los cuales me aborreces,
Que ciñeron tantas veces
Tu cuello con torpes lazos.
Estos son contra mi honra
Aquellos brazos valientes,
Y éstos los pies diligentes
En procurar mi deshonra.
Mira también la cabeza,
La boca, los claros ojos:
Huelga con tales despojos;
Míralos pieza por pieza,
Que por quererlos tú tanto
Los he mandado guardar.
¿*Piénsasle* 1 resucitar
Ahora con ese llanto?

ALEJANDRA.

¿Qué culpa tiene (¡ay, que muero!)
Lupercio de mi *afición?* 2.
Yo le quise, y con razón;
Yo le quise bien, y quiero.
Alma, que dejaste aquí

1 ruébalo á—2 afliccióa

Tu cuerpo despedazado,
Si tu enojo se ha pasado,
Digo, el que fué contra mí,
No estés pidiendo venganza
Á los dioses soberanos,
Que yo con mis propias manos
Pienso hacerla sin tardanza.
Vosotras, fieras, ¿qué hacéis
Que no os entráis por mis venas?
Entrad y dejadlas llenas
Del veneno que tenéis.
Lobo sangriento, ¿qué miras?
Cielos, rasgaos con mi llanto.
¿Dioses, por qué tardáis tanto?
Lloved aquí vuestras iras.

ORILO.

¡Con qué gritos la venganza
Le pide el fiero dolor!
¡Y cómo crece el amor
Cuando falta la esperanza! 1.

ACOREO.

Rabiosa fiera, *¿qué* 2 piensas
Que ha cesado mi castigo?
Verás, pues, cómo prosigo:
Prosigue en hacerme ofensas.
Quédate, esclava, rabiando,
Pues ya tu daño conoces,
Y mira que de tus voces
Se están los dioses burlando 3.

1 *(Vase Orilo.)*—2 ¿qué?—3 *(Vase el Rey.)*

ESCENA XIV [1].

ALEJANDRA.

No puedo, triste, vengarme.
¡Oh vosotros, soberanos!
Ya que me faltan las manos,
Dadme voz para quejarme.
¡Cielos! Justicia, venganza;
No os atapéis los oídos,
Dioses sordos adormidos,
Si algo con ruegos se alcanza.
Y pues que los celestiales
Niegan también su favor,
Salid del eterno horror,
Negros dioses infernales.
¿Por qué no *temblaste* [2], suelo?
¿Por qué las piedras no saltan?
¿Qué es esto que todos faltan,
Y no llueve sangre el cielo?

ESCENA XV [3].

ALEJANDRA.—ORILO.

ORILO.

¡Oh casa llena de llanto,
Sepultura de las vidas,
Llena de muertes y heridas,

1 Sigue la escena tercera del acto tercero.—2 tiembla este—
3 Escena cuarta. Orilo sale con una daga, un vaso y un lazo.

¡De fiera crueldad y espanto!
El cielo sabe, señora,
Que más quisiera la muerte
Que presentarte y traerte
Esto que verás ahora.
Este Rey, á quien destruya
El cielo con brazo fuerte,
En esta reciente muerte
Quiere que mires la tuya;
Que para fin de tu mal
Dice que más no te aflijas,
Sino que tú propia elijas
Soga, veneno ó puñal;
Mira cuál de éstos más quieres,
Que aquí te lo traigo todo:
Toma la muerte á tu modo,
Muere aquí como quisieres.
Y *mandóme* [1] el Rey tirano,
¡Ay, que tiemblo de avisarte! [2]
Que si no quieres matarte,
Que te mate con [3] mi mano.
¡Mira qué triste embajada!
¡Mira qué horrendo presente!
¿Velo el cielo y lo consiente?
Themis está desterrada [4].
¡Qué desmayo le ha tomado!
¡Ay que en hielo se convierte!
La embajada de su muerte
Puede [5] ser se lo haya dado.

1 mándame—2 Va el verso entre paréntesis.—3 Te mato yo por —4 Y tú, Memfis endiablada—5 Pudo

ALEJANDRA.

Orilo.

ORILO.

Señora.

ALEJANDRA.

Muestra
Esa rigurosa daga,
Que quiero que ahora haga
Lo que pidiere mi diestra [1].
Dura punta, que has de entrar
Al centro del triste pecho,
Y tú también, brazo derecho,
Daos priesa de acabar.
¿De qué tiemblas, brazo flojo?
Rompe ya sin ningún duelo,
Y deja este triste suelo
También con mi sangre rojo.
Al fin, muerte, eres amarga:
Ora vengas brevemente,
Ora cojas al doliente
Al cabo de vida larga.
No tiene valor mi brazo:
Mejor es tomar veneno;
¿Mas qué medio en muerte hay bueno?
Más breve es el duro lazo:
Venid acá, pues, cordel,
Ceñid este triste cuello:
No le estorbéis, vos, cabello,

1 (*Daia Orilo á Alejandra.*)

Que un tiempo os amó el cruel.
Pero ya es tiempo que muera:
Amigo, toma este cabo,
Sube, y ponlo en aquel clavo;
Mas detente.

ORILO.

¿Qué hay?

ALEJANDRA.

Espera.

ORILO.

¿Verdad es esto, ó lo sueña?
¿Qué tengo, dioses, delante?
¿Este pecho es de diamante?
¿Soy hijo de alguna peña?
¿Qué ojos pueden mirar
Una dama en tal estado,
Al cuello el cordel echado,
Y no *le* [1] vaya á quitar?
Mas ¡ay! que el pasar la pena
Por ella es negocio fuerte;
¡Ay, que el temor de mi muerte
Hace no estorbar la ajena!

ALEJANDRA.

¡Ay cuitada, que más peno [2]
Con detenerme en tal paso!
Venid acá, pues, vos, vaso,
Beberé vuestro veneno.

1 lo—2 *(Quítase el dogal.)*

Dioses, en esta partida
Hacedme constante y fuerte
Para recibir la muerte,
Pues es el fin de la vida.
¡Mas ay, que poco aprovecha
Disfrazarla con tal nombre!
Al fin no hay quien no se asombre,
Triste muerte, de tu flecha.
Muchos te llaman reposo
Y dicen que te desean;
Mas cuando tus puertas vean,
Ninguno será animoso.
Esa tu sangrienta toga,
Vencedora de la vida,
Tienes ahora escondida
En este veneno y soga.
¡Qué fácil es el decir
Á los mortales: ven, muerte!
¡Mas ay, que es un trago fuerte
El decir has de morir!
¡Mas ay, Alejandra floja,
Mira que esta sangre llora!
Poco sientes, pues ahora
No te acaba la congoja.
Y tú, triste mensajero,
Testigo de mi dolor,
Dirás al Rey, tu señor,
Cómo muy contenta muero.
Contenta voy de que sé
Que aunque me da muerte así,
No me dará cosa á mí
Que el tiempo no se la dé.

ORILO.

Aunque yo fuera de roca,
Á llorar me provocara.
¿No *veis* [1] con qué triste cara
El vaso llega á la boca?
Cuanto menos la tardanza
Admitas, y el beber oses,
Es dar más causa á los dioses
Para la justa venganza.
Esfuerza, señora, esfuerza
En tan grande adversidad,
Y toma [2] con voluntad
Lo que se ha de hacer por fuerza;
Que cuando la muerte fiera
No diera más con su mano
Que apartarte del tirano,
Muy bastante ocasión fuera:
Cuanto más que quien derrama
Su sangre con brazo fuerte,
Con la sombra de *su* [3] muerte
Hace perpetua su fama.
Mira que este triste trago,
Que aquí te amedrenta ahora,
Lo eligió la fundadora
De la ciudad de Cartago;
Y muchas otras ha habido,
Que sin ser, cual tú, forzadas,
Con rigurosas espadas
Se han á la muerte ofrecido.

1 ves—2 Que tomes—3 la

ALEJANDRA.

¿Al fin tengo de beberte?
¡Ay triste y horrendo paso!
¡Ay dioses, que en este vaso
Esté cifrada mi muerte!
¿Que en efecto he de morir?

ORILO.

Á las tuyas, ó á mis manos.

ALEJANDRA.

¡*Altos dioses* [1] soberanos,
Que podáis esto sufrir! (*Aquí bebe el vaso.*)

ORILO.

Al fin esto está ya hecho:
Ella morirá bien presto.

ALEJANDRA.

Inmensos dioses, ¿qué es esto?
¡Ay, que se me abrasa el pecho!

ORILO.

Yo se lo voy á decir
Al Rey, que así lo ha mandado,
Porque está tan obstinado
Que la quiere ver morir [2].

1 Que es posible—2 *(Vase Orilo.)*

ESCENA XVI [1].

ALEJANDRA.

¡Ay, que no reposo un punto!
¡Dónde me llevas, furor!
¡Ay, que me *ponen* [2] horror
Los miembros de este difunto!
¡Qué sed es ésta tan fiera
Que me *exhalo* [3] por la boca!
El dolor me tiene loca
Y lleva de esta manera.
Corona dura y pesada,
Lazo de mi perdición,
Dejadme, que no es razón
Que muera yo coronada.
¡En *esta* [4] mi triste suerte
Muy gloriosa estoy por cierto,
Acompañada de un muerto
Y luchando con la muerte!

ESCENA XVII [5].

ALEJANDRA.—ACOREO.—ORILO.

ALEJANDRA.

¿Dónde *salís* [6], Rey tirano?

ACOREO.

Á verte por mi contento.

1 Sigue la escena cuarta del acto tercero.—2 causan—3 exhala —4 que está—5 Escena quinta del acto tercero.—6 sales

ALEJANDRA.

¡Oh fiero monstruo sediento,
Monstruo del género humano!
Dulce *el* [1] veneno me fuera,
Si después de su bebida
Esa sangre endurecida
Para remedio bebiera.
Mas porque sepan las gentes
Que ya que la fuerza mengua... [2]

ORILO.

Arrojado le ha la lengua,
Y cortado con los dientes.

ALEJANDRA.

¡Ah, ah, ah!

ACOREO.

¿Qué estás llamando?
Yo estoy muy contento ahora
De verte sin lengua: llora
Y muere, perra, rabiando [3].
¡Qué lleno estoy de trofeos
De ver esta sangre aquí,
Pues les he atajado así
Los ambiciosos deseos!
Llevad estos cuerpos luego:
El de Lupercio pondréis
En la torre do sabéis,

1 No se lee el artículo.—2 *(Arrójale la lengua.)*—3 *(Cae Alejandra muerta.)*

Y el de la Reina en un fuego.
Vayan luego pregonando
Que muera aquél que quitare
Esta cabeza, y osare
Contravenir á mi *mando* 1.
Quede clavado el traidor
Donde la gente lo vea:
Veremos quién lo desea.
¿Entendeisme?

ORILO.

Sí, señor.

ESCENA XVIII 2.

ACOREO.

Ahora estoy contento, que he quitado
De mi honra la mancha que tenía,
Y que en sangre traidora estoy bañado
De quien pensó bañarse con la mía.
Ese *furor* 3 rebelde alborotado,
Que quitarme mi cetro pretendía,
Entre *ahora á mirar á* 4 su caudillo,
Que le dió la corona mi cuchillo.
Engáñase por cierto quien afirma
Que es columna del cielo la clemencia,
Y que el peso real sobre ella afirma
El cetro, la corona *y* 5 la potencia:

1 bando—2 Sigue la escena cuarta del acto tercero.—3 pueblo —4 á mirar ahora—5 No se lee la conjunción.

Antes ella los ánimos confirma
En negar el tributo y obediencia,
Y mueve las plebeyas voluntades,
Amigas de discordia y novedades.
La mano de los Reyes poderosa
Siempre debe mostrar rigor terrible:
Jamás mostrarse afable ni amorosa,
Mas siempre justiciera é invencible.
El ser temido un Rey, es fácil cosa:
1 El ser amado *sí que* 2 es imposible;
Y así por estas cosas le conviene
Mostrar que más furor que piedad tiene.
El Rey de lo divino y de lo humano,
En su sacra figura nos lo muestra,
Pues cuando está en el trono soberano,
Tiene rayos ardientes en la diestra;
Y si acaso los deja de la mano,
Y se viste figura y forma nuestra,
Ahora en blanco cisne, ahora en toro,
Le pierden la obediencia y el decoro.
Mas ¡ay! *que* 3 allá en las calles me parece
Que siento gran estruendo de atambores:
La grita y alboroto ronco crece;
Ya suenan en palacio los clamores;
Algún nuevo trabajo se me ofrece;
Sin duda es rebelión de los traidores,
Que viendo su caudillo derribado
Alguna empresa vana han intentado 4.

1 Y—2 y quisto—3 No existe.—4 *(Sale Orilo alborotado.)*

ESCENA XIX [1].

ACOREO.—ORILO.

ORILO.

¿A dónde estás, señor? ¡Ay cielo, ayuda!

ACOREO.

Orilo.

ORILO.

Oye [2].

ACOREO.

¿Qué dices?

ORILO.

¡Ay me triste!
¡Oh bárbaro furor! [3]. ¡Oh gente cruda!
¡Ay tu vida, señor, en qué consiste!

ACOREO.

Acaba de sacarme de esta duda.

ORILO.

Resiste ¡oh grande Júpiter! resiste
El furioso escuadrón [4] que ya se acerca,
Y la casa real en torno cerca.

ACOREO.

¿Quién es la causa de esto? ¿No respondes?

1 Sigue la escena cuarta del acto tercero.—2 ¡Ay me!—3 ¡Oh gente popular!—4 Al rebelde motín

ORILO.

Señor, que si tu mano no socorre,
Y á nuestras peticiones no respondes,
Tras la dura venganza el pueblo corre.
¿Qué haces tú, señor, que no te escondes,
Ó subes á encerrarte en una torre?

ACOREO.

Acaba de contar lo que dilatas.

ORILO.

¡Ay, cielos!

ACOREO.

¿No prosigues? Que me matas.

ORILO.

Las calles van, señor, de gente hirviendo,
Plebeyos y del bando ciudadano,
Y á todas partes andan reluciendo
Los templados aceros de Vulcano:
Libertad, libertad, vienen diciendo;
Vuelva el Rey natural, muera el tirano;
Y aun las flacas mujeres con sus voces
Les encienden los ánimos feroces.
Tu cabeza real, señor, pretenden
Por premio solamente de la guerra;
Que ni casas ni templos *nos* [1] ofenden,
Ni procuran despojos de la tierra.
Los tuyos son, señor, los que te venden:
En éstos el preciso mal se encierra.

[1] les

ACOREO.

¿Y quién son los caudillos?

ORILO.

¡Ay me!

ACOREO.

Dilo.

ORILO.

Esos traidores, Rémulo y Ostilo.
En medio de la plaza ví que estaban
Las rebeldes escuadras animando,
Y á todos al asalto despertaban,
Prometiendo riquezas y mandando:
Las banderas secretas desplegaban,
Y un *sangriento* [1] pendón enarbolando;
Y viene por caudillo y Rey delante
Aquel rapaz.

ACOREO.

¿Quién dices?

ORILO.

Orodante.

ACOREO.

¡Ay dioses, que ya entiendo su maraña:
Por eso los traidores me decían
Que Lupercio formaba una cizaña,
Y á que le *diera* [2] muerte me inducían!
¡El copero también con falsa maña,

1 secreto—2 diese

Y los dos alevosos me fingían
Que la Reina forjaba tal engaño!
¡Ay dioses, tarde llega el desengaño!
¡Ay Lupercio, mi amparo, que solías
Tener el pueblo en paz y sosegado,
Y en casos semejantes resistías
Con prudente consejo y brazo osado!
Tú mi cetro y corona mantenías,
Y yo de los traidores incitado,
Pagué tu voluntad con fin sangriento
(¡Ay triste, cuán en vano me arrepiento!) 1.
¿Mas qué sirve llorar? Orilo, corre:
Dí que toda la gente de mi guarda
Se ponga repartida en cada torre;
Derriben las canteras, la pez arda,
Que si el cielo cruel no nos socorre,
Y en darnos su favor inmenso tarda,
Rendiremos las vidas torpemente
Al *bárbaro furor* 2 y loca gente.
Mas no tengo la sangre yo tan fría
Que no venda primero bien la vida.
Venid *acá*, *pues* 3, vos, espada mía,
Que de estar en la vaina estáis *asida* 4,
¿No sois aquella misma que solía
De tantos enemigos ser temida?
Volved ahora, pues, en mi defensa
El usado rigor y fiera ofensa 5.

1 Sin paréntesis en el Ms.—2 plebeyo motín —3 pues, acá —4 corrida—5 Va á entrar el Rey y aparece una visión de Tolomeo con unas barbas vestida de una camisa sangrienta y con un hacha, saliendo en torno fuegos artificiales.

PUBLICA LEON

ESCENA XX [1].

ACOREO.—UNA VISIÓN.

VISIÓN.

¿Á dónde vas, tirano endurecido?

ACOREO.

¡Oh cielos, qué visión es la que veo!

VISIÓN.

¿De qué te turbas? ¿Hasme conocido?
Yo soy el Rey difunto Tolomeo.
¿Pensabas que los dioses en olvido
Han puesto tu delito? Dí, Acoreo:
¿No ves que estas heridas y señales
Dan voces á los dioses inmortales?
¿No ves que esa corona no consiente
Estar en la cabeza de tiranos?
Pues hoy la perderás infamemente,
Y dejarás el cetro de las manos [2].

ACOREO.

Seguidme, valerosa y fuerte gente,
Que aunque pese á los dioses soberanos,
Sacaré mentirosos sus agüeros:
Seguidme, que es deshonra el ser postreros [3].

1 Sigue la escena cuarta del acto tercero.—2 Atropella el Rey la visión acometiendo con la espada.—3 *(Vase.)*

ACTO TERCERO [1].

ESCENA I.

ACOREO, y unos niños.—ORODANTE.—RÉMULO.—OSTILO, y soldados, que salen marchando con banderas y cajas.

RÉMULO.

AUNQUE muestre la gente de esta parte
Tener en gran defensa su castillo,
En él has esta noche de albergarte
Y pasar sus soldados á cuchillo [2].

ACOREO.

¿Eres tú, dí, mancebo, el bravo Marte
A quien éstos eligen por caudillo?

ORODANTE.

Yo soy, viejo cruel, el que procura
Tu muerte, si me ayuda la ventura.

1 Acto cuarto, escena primera. Orodante, Rémulo y Ostilo salen marchando con gente de armas, cajas y banderas, y cercan el palacio.—2 El Rey debe estar en lo alto del palacio, puesto en defensa con dos niños y Orilo.

ACOREO.

Mancebo temerario, envanecido
Por 1 vanas persuasiones jactanciosas,
¿Qué fuerzas infernales te han movido
Á sacar esas armas rigurosas?

ORODANTE.

¡Oh lobo en piel de oveja revestido!
¿Hablar en mi presencia, traidor, osas?
Muy presto se verán esas almenas
De tus miembros infames estar llenas.

ACOREO.

Y vosotros, traidores consejeros,
Á quien mueve, no amor, sino codicia,
¿Pensáis, ingratos, falsos, *jamás veros* 2
Llegar á donde os lleva la malicia?
No *permiten* 3 los dioses justicieros
Que así se pierda y tuerza su justicia,
Ni *este* 4 tan flaco y débil Acoreo
Quede 5 la puerta abierta á tal deseo.
¿No tiene cada cual un hijo amado
En 6 la casa real *á* 7 mi servicio?
Con éstos pienso, pues, salvar mi estado,
Haciendo de ellos al cielo sacrificio 8.
¡Ay niños! Vuestros padres han dejado
Estas tiernas gargantas al suplicio
De este duro cuchillo: mi esperanza

1 Con—2 embusteros—3 permitan—4 está—5 Que dé—6 Con—y—8 *(Aparecen los niños con el Rey.)*

En vosotros consiste, ó la venganza.
Pedid á vuestros padres ya clemencia:
Juntad las tiernas manos; y llorando,
Por escudo poned vuestra inocencia,
Las vidas á los vuestros demandando.

NIÑOS.

¡Ay padres, que morimos!

ORILO.

¡Qué paciencia
Podrá ver á los hijos suplicando
Que 1 los *libren* 2 de muerte, y que lo nieguen,
Por más que con el llanto se *les* 3 rueguen!

NIÑOS.

Amados padres, padres rigurosos,
¿En qué, decid, os *hemos* 4 ofendido?

RÉMULO.

¡Ay hijos!

NIÑOS.

Dulces padres amorosos.

ACOREO.

¿*Pensáis* 5 hacer vosotros lo que os pido? 6.
Que si no, por los dioses poderosos,
Que este fiero cuchillo embravecido
Divida vuestros cuerpos en mil piezas,
Y este brazo os arroje sus cabezas.

1 No—2 libre—3 lo—4 habemos—5 Pensad—6 Sin interrogación.

ORILO 1.

Vosotros, dulces padres (que por tales
Os tengo de tener), tened clemencia
De los tiernos hijuelos naturales:
Mirad que á mí me mueve su presencia;
No sufráis por un bien tan graves males,
Que desde aquí desisto de la herencia;
Librad los que engendrásteis de la muerte;
Rendid las voluntades á la suerte.

OSTILO.

Por la Estigia laguna, juramento
Á los hombres y dioses espantoso,
Que no me mude un punto de mi intento
El llanto de estos niños lastimoso.
Cruel viejo, cruel, si estás sediento
(¡Oh tigre, oh *lobo fiero y* 2 riguroso!)
De beber nuestra sangre, bebe presto,
Pues no puede ablandarnos *algo* 3 de esto.

RÉMULO.

¿Pensábais 4, duro viejo, por tal medio
Escapar de las manos de la muerte?
Imposible es, tirano, tu remedio;
No puedes detenernos, ni *absconderte* 5:
Porque pongas un niño de por medio,
¿Imaginas torcer mi pecho fuerte?
Pues haz lo que *pudieres* 6, que no piensa
Desistir este brazo de tu ofensa.

1 Orodante—2 fiero lobo—3 nada—4 ¿Pensabas—5 esconderte—6 pretendes

ACOREO.

Crueles con la sangre propia vuestra,
(*Aquí les corta las cabezas á los niños.*)
Tomad esas cabezas inocentes [1]
Que os arroja, traidores, esta diestra,
Y *arrojara* [2] los miembros remanentes:
En vano habéis, rebeldes, hecho muestra,
Con bárbara jactancia, de valientes,
Pues ya quedáis sin hijos regalados,
Y en los mismos peligros engolfados.

ORODANTE.

Cabezas inocentes, que este suelo
Dejáis con vuestra sangre matizado,
Yo juro por los dioses (si en el cielo
Hay quien tenga del mundo algún cuidado) [3]
De no tomar reposo ni consuelo
Hasta ver *por* [4] mi brazo degollado
Al tirano cruel vuestro homicida,
Pagando vuestras muertes con su vida.

OSTILO.

Prosígase el asalto fieramente:
Escalas arrimad á todas partes;
Poned en esas puertas fuego ardiente;
Mostraos hoy, soldados, bravos Martes;
Proseguid *la venganza virilmente* [5];

1 (*Arrójalas de lo alto.*)—2 arrojados—3 Sin paréntesis.—4 con —5 proseguid varonilmente

Alzad esos sangrientos estandartes;
Subid, que yo también me determino
Á allanar con la espada tal camino 1.

ESCENA II.

Aquí se ha de hacer una escaramuza, saliendo por todas partes la gente: el Príncipe, Rémulo y Ostilo han de entrar corriendo dentro; después ha de salir el Príncipe solo 2.

ORODANTE.

¡Ay promesas inciertas de fortuna!
¡Oh felices principios lisonjeros,
En quien no suele haber firmeza alguna!
¡Ay padres! ¡Ay amigos! ¡Ay guerreros!
¡Ay Rémulo y Ostilo, mis amigos!
Á un tiempo fué el ganaros y perderos.
Los dioses y los hombres *sean* 3 testigos
Que prometo vengaros de manera
Que vivan poco más los enemigos.
Ninguno ha de quedar que aquí no muera:
No traten de clemencia ni concierto,
Que no se han de librar de muerte fiera.
¡Ay padres! ¡Ay amigos! ¡Que os han muerto!
¡Ay ojos! Convertíos en turbias fuentes:
Llorad el repentino desconcierto.
Las muertes de los hijos inocentes,

1 Entre tanto, arrimadas escalas, ejecutan el asalto y entran todos por lo alto con grande estruendo, y en una torre aparte queda Sila, Princesa.—2 Orodante, ganado el palacio, sale con gente suya.—3 son

De tan ciego furor *les* [1] encendieron
Los pechos lastimados y valientes,
Que en medio de las armas se ofrecieron,
Bramando por venganza de tal suerte
Que las vidas cansadas los dos dieron.
El centro de las vidas es la muerte:
Allí paran los cetros y coronas,
El pobre, el principal, el flaco *y* [2] fuerte.
¡Oh muerte! Ya que á nadie no perdonas,
Buscaras ocasión menos dañosa,
Ó hicieras diferencia de personas.
Estaba la batalla rigurosa
En el hervor mayor y resistencia,
Cada parte arrogante y animosa,
Cuando Rémulo, falto de paciencia,
Con un ánimo fuerte, cual tuviera
Con la robusta y fuerte adolescencia,
Allí donde el tumulto mayor era,
Como fiero león así se arroja,
Que el más fuerte mancebo lo temiera.
De arriba cada cual con furia arroja
Aquello que la mano alcanzar pudo,
Procurando teñirlo en sangre roja:
Mas todo lo resiste el viejo crudo.
Trepando por la escala más inhiesta,
Cubierto y amparado de su escudo,
Fortuna revolvió su rueda presta
Guiando una saeta al pecho duro
Por quien la gente estaba en temor *presta* [3].
Estaba ya el cuitado sobre el muro,

1 los —2 el—3 puesta

Y cargando los golpes más espesos;
Batió con la cabeza el suelo duro;
Dejólo rociado con sus sesos.
Ostilo de otro golpe dió la vida:
Mirad qué miserables dos sucesos [1].
¿No está de la gente endurecida
Que defienden su Rey? Prendedles luego,
Prendedlos, sin que excusa les sea oída.

ESCENA III.

ORODANTE, ORILO, FABIO y otros [2].

ORILO.

Señor, si no te mueve un blando ruego,
Ablándete mirar que procuramos
Tu reino, tu quietud y tu sosiego:
De nuestra voluntad nos entregamos
Y venimos á darte cierta cosa,
Por medio de la cual te suplicamos...

ORODANTE.

¡Oh gente fementida y mentirosa!
Acabad ya, soldados, de llevarlos.

ORILO.

Señor, oye á tu gente dolorosa:
¿Qué se puede perder en escucharlos?

1 Aquí termina la escena segunda, y los tres versos que siguen los pronuncia Orodante, comenzando con ellos la escena tercera. —2 Sale Orilo, Fabio y otra gente de Acoreo.

ORODANTE.

Decid con brevedad, mas mi deseo
Sólo se paga con hacer matarlos.

FABIO.

Por verte en tal peligro, Tolomeo,
Sin esos dos caudillos que has perdido,
Y tan contento el bárbaro Acoreo,
Cualquiera de nosotros atrevido
Estaba procurando tu venganza,
Y el cetro tan en vano defendido.
Este brazo, señor, con su pujanza
Cortó la *triste* 1 vida al Rey tirano,
Sus *bajos* 2 pensamientos y esperanza.

ORILO.

Andaban 3 con orgullo y furor vano
Jactándose, señor, de ser vencidos
Á muchos de los tuyos por su mano.
Nosotros dos entonces, encendidos
En verdadero amor de tu obediencia,
Y por ella incitados y movidos,
Dejando la tirana resistencia
En que estábamos ciegos ocupados,
Volvimos contra el Rey nuestra violencia.
Quisieran 4 defendello sus soldados,
A quien con grandes voces él llamaba,
Y á nosotros, traidores sobornados.
Cualquiera 5 de nosotros procuraba
Con manos diligentes y razones

1 amada—2 vanos—3 Andaba—4 Quisieron—5 Mas cualquier

Á la gente ablandar, que dura estaba 1.
Al fin los obstinados corazones
Reducimos, señor, á tu servicio,
Con harta sangre nuestra y persuasiones;
Y yo, para tenerte más propicio,
Al Rey quité la vida y la corona,
Poniendo 2 paz con este sacrificio 3.
Por Rey el pueblo egipcio te corona,
Y el palacio real te está pidiendo
Le elijas por descanso á tu persona.
Á tus pies nos postramos, proponiendo
Amor y 4 lealtad perpetuamente,
Tu sacra voluntad *obedeciendo* 5.

FABIO.

Recibe la corona, Rey clemente,
Que ciñó de tu padre la cabeza,
Después la del tirano injustamente:
En ella hay engastada cierta pieza,
Que aunque es falsa la piedra, por ventura
Te dará gran contento su belleza,
Pues tu reino con ella se asegura 6.

ORODANTE.

Al fin llegaste á mis manos,
Cabeza de aquel traidor,
Aunque envuelta en mi dolor
Ejemplo de los tiranos.

1 Dice Fabio los versos siguientes.—2 Pidiendo—3 *(Entrégale la cabeza de Acoreo.)* Orilo pronuncia los versos siguientes.—4 La debida—5 condescendiendo—6 Escena cuarta del acto cuarto. Orodante y los mismos.

¿Pensabas que el cielo eterno
Estaba ya descuidado
De darnos á mí mi estado
Y á tí el merecido infierno?
¡Ah *desventurado* 1 loco,
Miserable y avariento!
¿No ves que lo que es violento
Es cierto que dura poco?
¿No mirabas, Acoreo,
Tu totable 2 perdición?
Pero 3 ciega la traición
Un ambicioso deseo.
¿Eres tú, traidor, aquél
Que dió la muerte á mi padre,
Y á *la* 4 miserable madre
Suspendiste de un cordel?
Y vosotros, inhumanos
(Que al fin, aunque fué traidor,
Fué vuestro propio señor
El que ponéis en mis manos),
¿Cómo os puedo perdonar,
Pues sé que traidores fuísteis
Con el señor, que seguísteis
Mientras que pudo reinar?
Bien sé que no os ha movido
El velle que fué traidor,
Pues *le* 5 amásteis vencedor
Y *le* 6 aborrecéis vencido.
No merece algún reposo

1 desventura de—2 Una entera *(Creemos que no debe atribuirse al autor el adjetivo del texto. Argensola, aun en su mocedad, no pudo crear tan disparatado vocablo.)*—3 Y que—4 mi—5 lo—6 lo

Ni que se le guarden leyes,
Al [1] que quiere de los Reyes
Solamente lo dichoso.
Desamparáis las almenas
Cuando las veis combatir,
Pretendiendo de vivir
Con las fortunas ajenas.
Pues no tuvísteis pie quedo
En el tiempo del furor,
No os ha movido mi amor,
Sino sólo vuestro miedo.
Y pues este torpe espanto
Os dobla las voluntades,
Si estoy en adversidades
También haréis otro tanto.
Cuanto más que yo he jurado
De pasaros á cuchillo,
Y dejar este castillo
De tal gente despoblado.
Y vosotros, pues, que veis [2]
Que lo que piden les niego,
¿Por qué no los prendéis luego?
Prendedlos: ¿qué os detenéis?

ORILO.

¿Señor, por qué nos condenas?
Misericordia, señor.

ORODANTE.

Muy bien parece un traidor
Colgado de unas almenas.

1 El—2 *(Á los suyos.)*

FABIO.

Señor, mira que nosotros
No quisimos ofenderte.

ORODANTE.

Acabad, dadles la muerte,
Si no la queréis vosotros 1.
Padre difunto y amado,
Dime en qué rigor estás;
Declara si falta más,
Para que quedes vengado.
Oid 2 los amargos llantos
Que suben á las estrellas,
Pues huelgas de *esas* 3 querellas
Más que de los dulces cantos.
Mira que la sangre roja
Por todas las calles corre...
¿Mas quién encima la torre
Se queja con tal congoja?

ESCENA IV 4.

ORODANTE, SILA en una torre.

SILA.

¿Mancebo crudo, no estás
De verter sangre cansado?

1 *(Entran los unos á los otros presos.)*—2 Oye—3 estas—4 Escena quinta del acto cuarto. Amanece Sila en su sitio llorosa y habla á Orodante.

Baste la que has derramado,
No quieras derramar más.
Aplica ya los oídos
Á la ciudad dolorosa,
Donde no se oye otra cosa
Sino llantos y gemidos.
¿No eres tú, mancebo, aquél
Que con fingidas razones
Me contabas tus pasiones,
Llamándome á mí cruel?
¿Eres tú, mancebo fiero,
El que con mil juramentos
Mostrabas tus pensamientos
Nacer de amor verdadero?
Pues si es verdad (como creo
Que eres el mismo Orodante),
¿Cómo te tengo delante
Con tan sangriento trofeo?
Traidor, si por no quererte
Has causado tanto daño,
De nuevo te desengaño
Que quiero más triste muerte.
No pienses que porque vienes
Tan sangriento vencedor
Has conquistado mi amor,
Que más perdido le tienes.
Y pues por gloria tuviste
Esas sangrientas hazañas,
Ven, arranca estas entrañas
Y aqueste corazón triste.
Acábame de sacar
De esta vida trabajada,